

HARLEQUIN
Bianca
LA PROMETIDA DEL MAGNATE
HELEN BROOKS



LA PROMETIDA DEL MAGNATE

HELEN BROOKS





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La prometida del magnate, n.º 5515 - febrero 2017
Título original: The Greek Tycoon's Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-9336-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

No hablarás en serio cuando dices que estás pensando en ir a Grecia, ¿verdad, Jill? —dijo Sophy haciendo un esfuerzo para no mostrarse demasiado irritada con la joven menuda sentada frente a ella—. No tienes por qué hacerlo. Sabes perfectamente que no debes nada a la familia de Theodore. Michael tiene siete años y hasta ahora no parecía haberles preocupado mucho su existencia.

—Bueno, los dos primeros años la desconocían —dijo Jill.

—Ya, pero cuando se enteraron tampoco dieron señales de vida. Lo normal hubiera sido que escribieran una carta o llamaran por teléfono.

—Según Christos, la familia escribió, pero nunca recibieron respuesta a sus cartas.

—¿Y tú lo creíste? —preguntó Jill con un tono de voz que mostró casi tanto como sus palabras el desprecio que sentía por la familia política de su hermana.

—Es posible que haya sido así, Sophy —afirmó Jill con tristeza—. Tú sabes muy bien que Theodore era un hombre muy orgulloso. Dijo que no los perdonaría jamás, y podía… podía ser implacable cuando tomaba una decisión.

—Pero, habría hablado contigo —insistió Jill—, te habría dicho al menos que había recibido correspondencia de su familia.

—No necesariamente —respondió Jill mientras doblaba la ropa que había recogido del tendedero para evitar mirar a su hermana—. Había decidido romper por completo con los suyos. Cuando nos casamos, me dijo que a partir de aquel momento yo era su única familia. A decir verdad, ni siquiera volvió a dejarme hablar de ellos.

Sophy se quedó mirando a su hermana, y se preguntó si su matrimonio habría sido feliz. De todos modos, ya no importaba demasiado porque Theodore se había matado en un accidente de coche hacía seis semanas.

—Pero, ¿y el funeral, Jill? Ni siquiera asistieron.

—Christos les dijo que ese había sido el deseo de Theodore —dijo Jill y, al oír el bufido de incredulidad de su hermana, levantó la cabeza y se quedó mirándola—. Es verdad, Sophy. Lo había dejado escrito en unas cartas que guardaba en la caja fuerte de Christos. Al morir Theodore, su socio creyó oportuno dejármelas leer antes de enviarlas a Grecia. Creo que sospechaba lo que decían.

—¿Cartas? —preguntó Sophy—. ¿Y a quién iban dirigidas

exactamente?

—A su familia. En… en caso de enfermedad o muerte. Por supuesto, él no pensaba que iba a ocurrir tan rápido, ni tan de repente… —Jill se detuvo un momento porque la emoción que la embargaba no la dejaba continuar y respiró profundamente—. De todos modos, al día siguiente del accidente, Christos y yo tomamos la decisión de abrir las cartas y leerlas antes de enviarlas. Tras hacerlo las… las destruimos. A pesar de ello, Christos creyó que debía llamar por teléfono a la familia y decirles que Theodore había dejado escrito que no asistieran a su funeral.

Jill dejó de doblar ropa y se echó a llorar. Al verla, Sophy se apresuró a levantarse y abrazar a su hermana.

—Vamos cariño, tranquilízate que todo va a ir bien.

—Eran horribles, Sophy. No te lo puedes ni imaginar —afirmó Jill entre sollozos—. Tan amargas, tan duras. No… no pude enviarlas. Imagina lo que hubiera sentido su madre al leerlas después de lo que le había ocurrido a Theodore. Así que… así que las quemé —dijo tras sonarse la nariz con un pañuelo del cesto de la ropa limpia—. ¿Te parece que hice mal?

Jill miró asustada a su hermana, y Sophy le devolvió una mirada que reflejaba lo preocupada que estaba por su adorada hermana gemela.

—Claro que no —afirmó mientras apartaba del rostro de su hermana uno de sus rizos plateados—. ¿Para qué ibas a permitir que esa familia se sintiera aún más desgraciada?

—Eso fue lo que pensé —dijo Jill mientras se secaba los ojos—. Christos dijo que tenía que ser yo quien tomara la decisión. Después de hacerlo, me dijo que le parecía que había hecho lo mejor, pero no dejo de pensar en ello desde entonces. Al fin y al cabo, Theodore le dio a Chistos esas cartas creyendo que respetaría su voluntad, y yo… yo las quemé. Sé que Theodore nunca me lo perdonaría.

Sophy pensó que el marido de su hermana parecía ser especialista en no perdonar a nadie. Siempre había tenido sus reservas respecto a Theodore, y no se habían llevado demasiado bien. Jill debía de haberse dado cuenta, y por eso había evitado conversar con su hermana sobre su marido. Así, de manera inconsciente, por primera vez las dos jóvenes habían tenido una parcela en su vida en la que no habían sido totalmente francas la una con la otra.

Si no supuso un gran problema en su relación fue porque tres meses después de conocer Jill a Theodore, justo después de que ambas terminaran sus estudios universitarios, a Sophy le ofrecieron un importante trabajo como compradora en prácticas para una de las empresas de moda más importantes de Londres.

Pocos días antes de que Sophy se marchara de Cambridge, su lugar

de residencia, Jill descubrió que estaba embarazada, y Sophy había asistido a su precipitada boda antes de partir para Londres. Desde aquel momento, las vidas de las dos gemelas habían tomado direcciones diferentes: Jill se había dedicado a su familia y a ayudar a su marido en el restaurante que había abierto junto a su socio Christos, y que parecía funcionar muy bien. Ella, por su parte, había tenido mucho éxito en su trabajo, convirtiéndose en jefe de compras de la empresa de moda para la que trabajaba.

Siempre había tenido el convencimiento de que Theodore había dejado embarazada a su hermana a propósito, sabiendo que no podía tomar la píldora porque le sentaba mal, pero se había guardado para ella misma todas sus sospechas. Sin embargo, con el paso de los años había visto transformarse a su hermana de la chica alegre y habladora que era en tan solo una sombra de sí misma: callada, y completamente subyugada a su dominante marido. Pero Jill nunca se quejaba, y siempre que le preguntaba si todo iba bien, cambiaba de tema, así que había decidido respetar la intimidad del matrimonio de su hermana gemela.

—Entonces —empezó a decir Sophy, volviendo al tema de la carta con el que habían empezado la conversación—, crees que tienes que ir a Grecia para conocer a tu familia política.

Sophy la entendía un poco mejor después de lo que le había contado, aunque todavía le parecía que estaba dejándola meterse en la boca del lobo.

—Solo para pasar unas cortas vacaciones, como ellos han sugerido. Así podrían conocer a Michael, y lo más importante, Michael podría conocer a los únicos abuelos que tiene.

El padre de las gemelas se había marchado de casa a los pocos meses de nacer ellas, y su madre había muerto hacía unos años.

—¿Y después? —preguntó Sophy con dulzura.

—Después, regresaremos y seguiremos con nuestras vidas como siempre —dijo Jill—. Yo ayudaré a Chistos con el negocio, y Michael seguirá en el mismo colegio donde tiene a todos sus amigos. No se me ocurriría siquiera pensar en quedarme allí, Sophy, si es eso lo que te preocupa.

A Sophy lo que la preocupaba era que, si la familia política de su hermana se parecía algo a Theodore, serían capaces de hacerle creer a su maleable hermana que lo blanco era negro.

—Mira, si de verdad te preocupa que me vaya sola con Michael, ¿por qué no vienes conmigo? El padre de Theodore me dijo que no le importaba pagar el billete de avión de una tercera persona para que me acompañara, y sugirió que fueras tú. No te había dicho nada porque sé que has viajado mucho últimamente, y no quería causarte más estrés.

—Ahora que ya ha salido la colección, tengo menos trabajo. Además, todavía me quedan días de vacaciones del año pasado, por no hablar de las de este año. ¿Cuándo quieres ir?

—Cuando a ti te venga mejor —se apresuró a decir Jill—. Entonces, ¿crees que podrás venir? ¡Oh, Sophy, me gustaría tanto! —dijo, y volvió a echarse a llorar.

Al verla, Sophy se convenció de que debía acompañarla. Jill la necesitaba, así que su trabajo pasó de inmediato a ocupar un segundo plano.

El aeropuerto griego era ruidoso, como todos los aeropuertos, y estaba abarrotado de gente. Sin embargo, el viaje había sido bastante agradable, y el incesante parloteo de un emocionado Michael había conseguido que las dos mujeres no tuvieran tiempo de pensar en cómo sería la familia que Theodore había repudiado.

Como su hermana parecía un poco aturdida, Sophy se encargó de todo lo referente al equipaje al llegar, así como de que su sobrino no se perdiera, por lo que no se dio cuenta de la presencia de aquel hombre alto y moreno hasta que Jill no lo agarró del brazo y le susurró:

—Sophy, ese debe de ser Andreas, el hermano de Theodore. A juzgar por el modo en que nos mira.

Sophy se volvió a mirar en la dirección que le indicaba su hermana, sin soltar de la mano a su sobrino, que no paraba de saltar, y se quedó paralizada al encontrarse con la mirada dura de aquel hombre fija en ellas. No tuvo tiempo de hacer ningún tipo de comentario, porque en ese instante, aquel hombre de cuerpo atlético empezó a avanzar hacia ellas con rapidez, abriéndose paso entre la muchedumbre.

—¿La señora Karydis? —preguntó mirando a una y a otra. Hablaba inglés correctamente, pero con un marcado acento griego.

Como Jill parecía estar en el limbo, después de unos minutos, Sophy se vio obligada a responder.

—Jill es ella —dijo señalando a la pálida y silenciosa mujer que se encontraba a su lado—. Y este es Michael, por supuesto —añadió, poniendo a su sobrino delante de ella—. ¿Qué tal está, señor…?

—Por favor, llámeme Andreas.

Andreas ya había fijado su atención en Jill, que se aferraba al brazo de Sophy como si su vida dependiera de ello, y todavía no parecía capaz de hablar. Cuando su cuñado le tendió la mano, pareció rehacerse para alivio de Sophy.

—Hola, Andreas —le saludó Jill tras soltar el brazo de su hermana —. Gracias por venir a buscarnos.

—Ha sido un placer —dijo el hermano de Theodore con frialdad.

Sophy comprendía perfectamente que su hermana estuviera atónita, porque ella se sentía en cierto modo igual. El hombre que tenía delante no se parecía en nada a Theodore, lo que por otra parte era un alivio. Theodore había sido solo un poco más alto que Jill, de constitución fuerte, pelo castaño claro y unos también castaños que no llamaban en absoluto la atención.

Su hermano era de una belleza agresiva. De uno ochenta y cinco de estatura, cuerpo musculoso y de una virilidad que afectaba a los sentidos.

No tenía los ojos castaños, como Sophy había pensado en un principio, sino de un gris profundo y el pelo negro. Estaba pensando que en lo único en lo que se parecían los dos hermanos era en la frialdad, cuando lo vio agacharse delante de Michael y decir con dulzura:

—Eres del Manchester, ¿verdad? —le dijo señalando la camiseta que llevaba puesta el niño. Se la había regalado Sophy para su cumpleaños porque le había dicho que era su club de fútbol favorito —. A mí también me gusta el fútbol. Tendremos ocasión de jugar un poco juntos. ¿Te gustaría, Michael?

—Sí —respondió el niño muy contento—. Eres el hermano de mi padre, ¿verdad? —dijo más bajito.

—Sí, Michael —respondió Andreas sin moverse ni cambiar de expresión—, así que soy tu tío. Es genial, ¿verdad? ¿Significa eso que ya somos amigos?

Michael miró largamente a su nuevo tío. Después le sonrió y asintió.

Andreas acarició los cabellos del niño antes de levantarse y dirigir la mirada a Sophy.

—Y tú debes de ser Sophy, ¿verdad? —dijo con voz neutra—. En su carta, Jill no mencionaba que fuerais como dos gotas de agua.

A Sophy no le gustó el comentario. Las dos muchachas habían sido inseparables desde pequeñas, pero habían luchado siempre por dejar patente su individualidad, ya que mucha gente había pensado que, porque eran idénticas, pensaban del mismo modo. Sin embargo, su carácter era completamente distinto.

—¿Qué tal estás, Andreas? —lo saludó Sophy con amabilidad, pero con una cierta ironía en la voz que al griego no le pasó desapercibida, y se quedó mirándola fijamente—. Soy Sophy, la hermana gemela de Jill, como ya habrás podido adivinar.

Andreas asintió y la miró con curiosidad, como si estuviera tratando de averiguar lo que estaba pensando.

—Encantado de conocerte —dijo Andreas con frialdad, y acto seguido se dirigió a Jill con una brusquedad que hizo sentir a Sophy que prescindía de su presencia—. El coche nos está esperando fuera — le oyó decir mientras miraba su duro perfil con desagrado—. Sé que

mis padres están deseando conoceros y daros la bienvenida a su hogar. ¿Nos vamos?

—Sí, por supuesto. Muchas gracias —se apresuró a decir Jill, aunque apenas se la oyó porque Andreas, que había llamado a un mozo con una inclinación de cabeza mientras hablaba con ella, estaba ya dándole órdenes rápidamente en griego.

Jill parecía nerviosa, y mientras la veía colocarse el flequillo con dedos temblorosos, Sophy se sintió indignada. Se suponía que había ido a Grecia para relajarse y conocer a la familia de su difunto marido con espíritu conciliador y, en su opinión, los Karydis podían considerarse afortunados de que su hermana hubiera hecho el esfuerzo, teniendo en cuenta lo que había pasado. Aquel hermano no tenía, desde luego, ningún derecho a comportarse como si fuese su familia la que estaba haciendo un favor a Jill. Sophy se echó el cabello, más corto que el de su hermana, hacia atrás y apretó sus labios voluptuosos en un gesto de desagrado hacia aquel hombre que parecía creerse de la realeza.

Sin embargo, enseguida se apresuró a reprimir aquel rasgo de su carácter que según su madre había heredado de su padre. Jill, desde luego, no lo había hecho. No sabía lo que estaba pensando Andreas. A lo mejor lo estaba malinterpretando y era así de altanero con todo el mundo. Jill le había dicho que Theodore nunca se había llevado demasiado bien con su familia, pero que su matrimonio con una joven inglesa había sido la gota que había colmado el vaso. Se lo había contado en los primeros tiempos de su matrimonio, y cuando Sophy había querido saber por qué había discutido Theodore con su familia, Jill se había apresurado a cambiar de tema. Hasta dos o tres años más tarde no había reconocido que su marido se había negado siempre a hablar de su pasado y desconocía por completo el motivo de la riña. Según Jill, ni siquiera Christos, su socio, griego como él y con el que tenía una estrecha relación, lo sabía.

Todo era muy misterioso, y a Sophy nunca le habían gustado los misterios. A ella le gustaban las cosas muy claras. No se habría casado con Theodore ni por todo el oro del mundo. Con una sonrisa en los labios recordó que la antipatía había sido mutua. A ella no le gustaban los machos. En las novelas ese arquetipo de hombre podría resultar muy atractivo, pero a ella le resultaría insoportable vivir con alguien siempre tan silencioso, pensativo y de un humor tan cambiante.

—¿Nos vamos? —dijo Andreas tomando a Jill por el brazo.

La voz de Andreas sacó a Sophy de sus pensamientos. Entonces, vio que el mozo había colocado ya el equipaje en un carrito, y que el griego instaba a Michael y a ella a seguirlo.

Sophy esbozó una sonrisa forzada, y deseó con todas sus fuerzas que Andreas no se hubiera dado cuenta de la impresión que le había

causado notar su penetrante mirada.

Aquel hombre parecía irradiar fuerza y autoridad. Resultaba demasiado abrumador para sentirse a gusto con él. Hasta la ropa que llevaba puesta, una camisa blanca y unos pantalones negros, reforzaba la severidad que mostraba en cada gesto, en cada mirada, contrastando con el colorido de las prendas que vestía la gente a su alrededor.

—¡Vaya, qué calor! —exclamó Michael cuando salieron del aeropuerto al sentir el implacable sol de junio sobre él.

Al oírlo, su tío esbozó una sonrisa.

—No hace tanto calor en Inglaterra, ¿verdad? —le dijo con dulzura, y Sophy se sorprendió una vez más de cómo cambiaba el tono de voz y la mirada de aquel hombre cuando se dirigía a su sobrino—. Pues hace todavía más calor en julio y agosto. Ya verás. Te vas a pasar casi todo el tiempo metido en la piscina de tus abuelos como un pececito.

—¿Una piscina? —preguntó Michael, encantado, con los ojos muy abiertos—. ¿Tienen una solo para ellos? —preguntó sorprendido. No hacía mucho que había aprendido a nadar en la piscina de su barrio y disfrutaba mucho en el agua.

Andreas asintió.

—Pero uno de los extremos cubre mucho —le advirtió con una sonrisa—. No te debes meter nunca en el agua si no estás con un adulto, Michael. Esa es una norma para todos los niños que visitan la piscina de mis padres. ¿De acuerdo?

—¿Quién son los otros niños? —se apresuró a preguntar Michael.

—Familiares, e hijos de amigos. No te preocupes, pequeño, que ya tendrás tiempo de conocerlos a todos —le dijo su tío con cariño.

Andreas les había estado llevando por el aparcamiento del aeropuerto mientras hablaba con Michael, y cuando se pararon delante de una limusina negra de aspecto impecable con su propio chófer, el niño no podía dar crédito a lo que veía.

—¿Es este tu coche? —preguntó Michael, que adoraba los coches—. ¿Solo tuyo?

—Sí. ¿Te gusta? —preguntó Andreas, sonriendo al ver el entusiasmo del niño.

Sophy observó con asombro la relación tan buena que se había establecido entre aquellos dos. Miró a su hermana, y vio que también ella se había dado cuenta porque parecía emocionada. Desde luego el miembro más joven del grupo no parecía en absoluto intimidado por su nuevo tío.

—¡Es precioso! —susurró Michael con admiración mientras acariciaba el metal plateado con sumo cuidado—. Y este es mi color favorito —añadió al tiempo que daba la vuelta al coche contemplándolo con arrobo.

—Y el mío también —respondió Andreas con una sonrisa.

Sophy y Jill intercambiaron una mirada enigmática en la que se leyeron el pensamiento como solían hacer siempre. Al parecer, Andreas y Michael ya se habían hecho amigos.

Cuando el chófer acabó de meter el equipaje en el enorme maletero del coche, Andreas lo llamó para presentárselo a los recién llegados.

—Este es Paúl, mi chófer y amigo —dijo Andreas, y el hombre sonrió mostrando unos dientes muy blancos—. Esta es la señora Karydis, Paul, y mi sobrino Michael. Y esta es ¿la señorita…?

—Sophy Fearn. La señora Sophy Fearn —se presentó Sophy, contenta de haber desconcertado a Andreas con lo de «señora».

Sin embargo, el griego se recuperó enseguida de su sorpresa y le tendió la mano sin que su hermoso rostro reflejara lo que estaba pensando.

—Lamento el error. No sabía que estabas casada. Pero no debería haber supuesto que estabas soltera.

Sophy sonrió con frialdad pensando que, en efecto, no debería haberlo hecho, y dejó que su rostro expresara lo que no podía decir con palabras.

—No tiene importancia, Andreas —dijo, sin embargo, tratando de que su voz sonara relajada—. En realidad, soy viuda —añadió como quien no quería la cosa.

Cuando vio de qué modo abría Andreas sus ojos grises, se dio cuenta de que lo había vuelto a sorprender.

—Lo siento —se disculpó él.

Al ver lo impaciente que parecía Michael por montar en el coche, Sophy decidió no extenderse en explicaciones.

—Hace ya tres años que falleció mi marido y el tiempo todo lo cura.

Sophy deseó con todas sus fuerzas que aquel hombre no fuera tan estúpido como para empezar a hacer comentarios del tipo «¡Qué mala suerte habéis tenido las dos de perder a vuestros maridos!» como habían hecho algunos de sus amigos tras la muerte de Theodore. Pero Andreas se limitó a asentir mientras, sin dejar de mirarla con aquellos ojos irresistibles, les abría la puerta del coche y las ayudaba a entrar con caballerosidad.

Era la primera vez que la tocaba, y Sophy se sorprendió al notar con qué intensidad reaccionaba su cuerpo al contacto masculino.

—¿Habíais estado alguna vez en el norte de Grecia? —preguntó Andreas unos minutos después a las dos mujeres.

—Yo no he estado en ningún sitio, aparte de un viaje de estudios que hice a Francia cuando estaba en la universidad, pero Sophy está siempre viajando por motivos de trabajo.

—¿Ah, sí? —preguntó dirigiendo su atención a Sophy.

—Es una exagerada. Como soy jefa de compras de una empresa

dedicada a la moda, tengo que viajar a veces a Milán y Nueva York, pero la mayoría del tiempo lo paso en mi despacho entre papeles.

—¿Jefa de compras? —dijo con un tono de voz que no gustó a Sophy—. Entonces eres una mujer dedicada a tu trabajo. ¿Eres ambiciosa, Sophy?

De haber sido formulada por otra persona, Sophy no habría dado la menor importancia a aquella pregunta, pero procediendo de Andreas Karydis la molestó.

—Soy una mujer que tiene un puesto de trabajo muy interesante que le ha costado mucho conseguir, y disfruta sobremanera haciéndolo —dijo Sophy con frialdad—. Me dan igual las etiquetas —añadió, educada, pero firmemente.

Se dio cuenta de que su hermana se movía incómoda a su lado. Andreas, sin embargo, la miró largamente y, sin inmutarse aparentemente, volvió a dirigirse a Jill.

—Ya sé que puedo parecer poco objetivo, pero creo que esta parte de Grecia es una de las más hermosas. Halkidiki es principalmente agrícola y está llena de pinos y olivos. Estoy segura de que os parecerá pintoresca. En muchas zonas la gente parece no haberse enterado de la llegada del siglo XXI. Hay pocos terrenos urbanizados y es frecuente encontrar hermosas playas de arena dorada. La estación del año más hermosa es la primavera, en que los campos se cubren de un manto de flores, pero en verano también está todo muy bonito.

—¿Has vivido aquí toda la vida? —preguntó Jill tras un embarazoso silencio.

Andreas asintió y, después, miró a Sophy.

—Pero, al igual que tu hermana —dijo con cierto sarcasmo—, también viajo un poco. Aunque mi familia tiene limoneros, naranjos y olivos en sus tierras, su principal fuente de ingresos han sido desde siempre los astilleros. Hace ya unos años que mi padre delegó en mí la dirección de sus negocios.

Jill asintió y no dijo nada más, pero la mente de Sophy estaba llena de miles de preguntas que sabía que no podía preguntar. ¿Tenían tanto dinero como parecía, a juzgar por lo que Andreas acababa de decir y por el coche en el que iban? ¿Sería Andreas el hermano mayor o lo había sido Theodore? ¿Tendrían más hermanos o hermanas? ¿Por qué se había marchado Theodore a Inglaterra para empezar una nueva vida dejando todo aquello? Montones de preguntas se agolpaban en su mente, pero se obligó a sí misma a mirar por la ventanilla como si la presencia de aquel hombre tan misterioso, sentado frente a ella, no la perturbara en absoluto. Michael, a su lado, no paraba de hablar un momento.

Habían viajado todo el tiempo por una carretera polvorienta flanqueada por cipreses, y en aquel momento estaban atravesando un

pueblecito de casas muy blancas, cuya nota de color la ponían las buganvillas y los hibiscos que las adornaban. Solo se veían unas cuantas gallinas por las calles campando a sus anchas.

—¡Mira allí! —dijo Jill señalando una fuente que había a un lado de la carretera, donde varias mujeres llenaban de agua cristalina unos recipientes de barro con forma de ánfora mientras que un burro bebía del pilón—. ¿No te parece una estampa preciosa? —preguntó entusiasmada a su hermana.

—Es una agua muy pura —dijo Andreas—. La mayoría de las casas tienen ya agua corriente, pero las mujeres prefieren a veces venir a la fuente, como en otros tiempos, para charlar con sus amigas. Aquí poca gente va al médico para tratarse de estrés.

—¿Nosotros también podremos beber de una fuente como esa en casa de mis abuelos? —preguntó Michael.

—Me temo que no —le respondió Andreas con cierto pesar—. La casa de tus abuelos goza de todas las comodidades del siglo XXI, incluyendo el agua corriente. De todos modos, si no fuera así, no podría haber tu propia piscina.

—¿Por qué llevan esas botas tan grandes? —preguntó Michael más tarde al ver a unas robustas mujeres trabajando en el campo con unas enormes botas que les llegaban hasta las rodillas y sombreros de paja en la cabeza—. ¿No les dan mucho calor?

—Son para protegerse de las serpientes —dijo Andreas—. Ya ves lo diferente que es Grecia de Inglaterra, pequeño.

Sophy aprovechó para observarlo mientras hablaba con Michael. También él era muy diferente, y apostaba a que tan peligroso como una serpiente. Se preguntó cuántos años tendría. Su hermoso rostro de facciones perfectas no permitía adivinar su edad y era del tipo que cambiaba poco con el paso del tiempo. Podría tener entre treinta y cuarenta años.

Theodore tenía treinta y seis años al morir, ocho más que Jill y ella, y en los últimos dos años había engordado mucho y perdido parte de su pelo. No se parecía nada a su hermano, pero eso pasaba en algunas familias.

La penetrante mirada de Andreas la sacó de sus pensamientos. Había dejado de hablar con Michael, y estaba concentrando toda su atención en ella, con las cejas levantadas como si le estuviera preguntando por qué lo miraba, y una sonrisa burlona en sus labios perfectos.

Sobresaltada, Sophy se ruborizó al verse sorprendida, y volvió a mirar por la ventanilla pensando que a lo mejor no se parecían físicamente, pero que ambos hermanos eran igual de arrogantes, fríos y dominantes.

Nunca había entendido por qué se había sentido atraída su hermana

por Theodore, y cómo había durado el matrimonio tantos años. Aunque una vez que Michael estuvo en camino, Jill ya había tenido poca elección. Sophy pensó que ella no podría haber durado ni una hora al lado de aquel hombre y que, aunque su hermana no fuera consciente de ello, estaba volviendo a ser la Jill alegre y vivaracha que había quedado ensombrecida durante todos aquellos años por el carácter autoritario de su marido.

En teoría, aquel era un viaje de placer; unas vacaciones agradables para que Jill y Michael conocieran a su familia griega, pero Sophy no estaba tan segura de que ese fuera únicamente el motivo del viaje para los Karydis, y no estaba dispuesta a permitir que Jill sufriera la dictadura de la familia de Theodore.

Se irguió en el asiento y levantó la cabeza como si estuviera ya peleando por su hermana. Se alegró mucho de haberla acompañado, porque siempre había sido mucho más perspicaz que ella, y se daba cuenta con más rapidez de lo que sucedía a su alrededor.

Si los Karydis querían jugarle una mala pasada a su ingenua hermana, se las verían con ella.

Capítulo 2

Durante la media hora que tardaron todavía en llegar a casa de los Karydis, Sophy siguió contemplando, encantada, el paisaje de hermosas casas blancas con tejados rojos y campos de olivos que pasaban ante sus ojos bajo un cielo azul en el que el sol brillaba con intensidad. Lo único que había perturbado su felicidad había sido la inquietante proximidad de Andreas.

Desde que la había sorprendido observándolo, procuraba no mirar en su dirección pero, aun sin hacerlo, estaba segura de que no le quitaba ojo. Aquel hombre la desconcertaba.

Nunca había conocido a ningún hombre tan viril. Los botones que llevaba desabrochados de la camisa le permitían ver parte de su torso varonil, muy bronceado y cubierto de un oscuro vello y, muy a su pesar, había sentido un cosquilleo en la boca del estómago. A Sophy esa reacción le había gustado todavía menos que la irritación y desagrado que Andreas la había hecho sentir previamente, porque denotaba cierta debilidad por su parte.

Enfadada, se dijo a sí misma que no le gustaba el hombre tipo cavernícola. A ella la atraían los hombres de rasgos delicados, delgados, de pelo rubio y ojos azules. Matthew, su pobre marido, había sido así, una persona dulce y cariñosa. Nada amenazadora. Mientras el coche dejaba la carretera principal y se adentraba por un camino, los pensamientos de Sophy viajaron muy lejos. Había conocido a Matthew en la universidad y se habían caído bien enseguida. Era un hombre divertido, cálido y de trato fácil con el que era muy sencillo sentirse a gusto. Durante los años de la universidad habían sido solo amigos, pero al instalarse ella en Londres, la ciudad de Matthew, su relación había progresado hacia algo más profundo que la amistad.

Solo llevaban casados ocho felices meses cuando Matthew enfermó. Había sido su primer amante y su vida sexual, como su matrimonio en general, había sido tierna y agradable. Pero solo dos meses después de que le diagnosticaran un cáncer de hígado, Matthew moría, dejándola sola y destrozada.

A pesar de que los amigos no la habían abandonado en ningún momento y de haber buscado refugio en el trabajo, había tardado por lo menos un año en volver a empezar a disfrutar de la vida. Desde entonces, no había tenido ninguna cita amorosa. Aunque no le habían faltado oportunidades, las relaciones superficiales no le gustaban y,

por desgracia, la única intención de los hombres que había conocido hasta entonces había sido la de acostarse con ella. Los peores, sin duda, habían sido los hombres casados.

—¿…Tía Sophy?

La voz de su sobrino la devolvió a la realidad. Se dio cuenta de que habían parado ante una enorme puerta de hierro forjado, y supuso que, aunque no se había enterado de nada, la incesante charla de su sobrino había estado dirigida a ella durante los últimos minutos.

—Perdona, cariño —se apresuró a decir—. Estaba despistada. ¿Qué decías?

Pero Michael ya estaba hablando con su madre, y fue Andreas quien contestó.

—Simplemente estaba apuntando que las puertas se abrían solas. Cortesía, por supuesto, del control remoto de Paul.

Sophy asintió, obligándose a sí misma a mirarlo sin turbarse. Se dio cuenta entonces de que sus ojos grises se habían convertido en plateados por efecto de la intensa luz del sol que incidía sobre ellos y los hacía destacar bajo sus pestañas negras. Le resultó curioso, porque en el aeropuerto hubo un momento en que sus ojos le habían parecido negros. Era como un camaleón humano. No le cupo duda de que su carácter era tan enigmático como su apariencia. A algunos hombres les gustaba proyectar un aura de misterio.

—Debe de ser estupendo vivir en un lugar como este —dijo con cortesía en cuanto el coche entró en la finca y empezó a recorrer los hermosos jardines, más para mostrar que no estaba intimidada que por otra cosa—. ¿Tus padres han vivido siempre aquí?

—Durante los últimos treinta y dos años —dijo Andreas con suavidad—. De hecho nací aquí un año después de que se instalaran.

Sophy estaba pensando que entonces tenía solo treinta y un años, aunque parecía más mayor, cuando su hermana Jill le tocó el brazo y le dijo con asombro:

—Mira, Sophy, son platanares.

Iban muy despacio por un camino de guijarros que hacían ruido al paso de las ruedas del coche sobre ellos, y a cada lado se veía una cascada de color. Flores exóticas de todas las tonalidades y pequeños arbustos estaban estratégicamente situados entre olivos cubiertos de rocío, jacarandas y platanares.

De repente, el coche dobló una curva y una casa grande y hermosa apareció ante ellos. Era muy blanca, con un tejado de intenso color rojo. Tenía muchos balcones llenos de flores y un mirador, que recorría toda la parte frontal de la casa, del mismo hierro forjado de la puerta que acababan de atravesar, también adornado por buganvillas, anémonas y otras flores de intensos colores.

—¡Vaya! —dijo Michael, verbalizando lo que las dos mujeres

estaban pensando—. Tío Andreas, ¿Son muy ricos mis abuelos?

—¡Michael! —exclamó Jill poniéndose muy roja—. No debes preguntar cosas como esas, cariño.

—¿Por qué? —le preguntó Michael, sorprendido.

—Porque es de mala educación.

Sophy pensó que su sobrino tenía razón. A la derecha de la casa, veía unas pistas de tenis y ya había mencionado Andreas la piscina. Aquella gente debía de tener mucho dinero. Siempre había pensado que Theodore gozaba de una buena situación económica, a juzgar por el restaurante y por la bonita casa en la que había vivido con Jill, pero aquello era otra cosa. Se preguntó por qué no les habría dicho que venía de una familia tan acomodada.

Jill debía de estar pensando lo mismo, porque se volvió a Andreas y le dijo:

—Theodore nunca nos había hablado de su familia, Andreas. Por eso debes disculpar que estemos tan sorprendidas.

Andreas pareció dudar un momento, pero después sorprendió a ambas mujeres inclinándose hacia ellas para susurrar:

—Lo entiendo, Jill, pero os pido por favor que no se lo digáis a mi madre. Mi padre y yo no nos esperábamos otra cosa, pero ella se llevaría un disgusto si supiera que Theodore no le ha hablado de ella a su mujer y a su hijo. ¿Lo comprendéis? —les insistió.

—Sí, sí claro —dijo Jill mientras Andreas se volvía a echar hacia atrás en su asiento y después miraba furtivamente a Sophy.

Sophy pensó que ella, desde luego, no había comprendido nada, pero se alegraba mucho de haber ido a Grecia con su hermana. Si los padres eran como su retoño, no le cabía duda de que se marcharían al día siguiente, en vez de quedarse a disfrutar de dos semanas de vacaciones bajo el sol.

No pudo seguir pensando porque el coche ya se había detenido a la puerta de la mansión y Andreas, que ya había salido de él, estaba esperándolas fuera con la mano tendida para ayudarlas a bajarse.

El intenso calor volvió a golpearlos con toda su intensidad, después de haber disfrutado del frescor del aire acondicionado de la limusina. Pero no fue el calor lo que hizo enrojecer a Sophy, sino la proximidad de Andreas. Al ayudarla a salir, había estado lo bastante cerca de él como para que no le pasara desapercibido su cuerpo musculoso, ni el embriagador aroma de su loción para después del afeitado, y no podía dar crédito al modo en que su cuerpo había reaccionado.

Por suerte la puerta principal se abrió, y la atención de todos se dirigió hacia la pareja que apareció en ella.

—Ahí están tus abuelos, Michael —dijo Andreas al niño—. ¿Te gustaría ir a saludarlos con tu madre?

—¿Sophy? —dijo Jill, y tendió la mano a su hermana.

—Vete con Michael a saludarlos —se apresuró a decir Sophy—. Estaré aquí, no te preocupes.

Tras dudar un momento, Jill hizo lo que le había dicho su hermana, dejandola con Andreas al pie de las escaleras de la entrada.

Lo que había ocurrido entre las hermanas no había pasado desapercibido a Andreas quien, cuando ya Jill y Michael no podían oírlas, susurró sin mirar a Sophy:

—Vaya, parece que es verdad lo que he leído. Siempre me pregunté si los libros tenían razón.

—¿Cómo? —preguntó Sophy, sin quitar ojo a su hermana y sobrino, aliviada al ver la calurosa acogida que les dispensaban.

—Que siempre hay una gemela sumisa y otra dominante —susurró Andreas con frialdad.

Sophy se dio cuenta enseguida de que su comentario había sido más una crítica dirigida hacia ella que una mera observación y, fiel a su carácter temperamental, se apresuró a rebatirlo.

—Es tan peligroso como infantil creerse todo lo que se lee, señor Karydis —le dijo dejando de mirar al grupo un momento para dirigirle una mirada fría—. Suponía que ya lo sabía.

—Entonces, ¿no es verdad? —le preguntó medio esbozando una sonrisa. No cabía duda de que la actitud de Sophy lo divertía en vez de irritarlo.

Sophy abrió la boca para replicarle, pero vio que su hermana la estaba llamando para que se uniera a ella y conociera a los padres de Theodore. Esbozó una sonrisa, y la mantuvo durante todo el tiempo en que tuvo que oír cuánto se parecían las dos hermanas y lo curioso que tenía que resultar ver reflejada tu imagen en otra persona. Pero los padres de Theodore no parecían tener dobleces como su hijo pequeño, y Sophy no tardó en sentirse relajada con ellos. Poco tiempo después, los dos adultos entraron en el enorme vestíbulo de mármol que daba acceso a la casa.

Evangelos, el padre de Theodore, era el retrato de Andreas en la ancianidad, sin embargo no se parecía en nada a Theodore. Y Dimitra, la madre, no era en absoluto lo que Sophy se había esperado. Aquella elegante mujer, todavía hermosa, estaba encantada de ver a su nieto y a su nuera, y no apartaba los ojos de Michael.

—Se parece tanto a Theodore a su edad —dijo más de una vez con la voz quebrada por la emoción y agarrándose al brazo de su esposo como buscando apoyo—. Tiene sus mismos rizos. ¿Te acuerdas, Evangelos?

Sophy vio la mirada que intercambiaron Andreas y su padre por encima de los cabellos ya ligeramente plateados de Dimitra, y fue Andreas quien la llevó de su brazo al salón, seguidos del resto del grupo.

—Lo siento —dijo Dimitra, dirigiéndose a Sophy, una vez que se hubieron sentado en el salón y ella se hubo tranquilizado un poco—. No esperaba que Michael se pareciera tanto a su padre. Es… maravilloso, claro, pero…

La anciana no pudo seguir, y Sophy intervino con dulzura.

—La comprendemos perfectamente. En el avión, Jill me venía diciendo que al ser madre entendía un poco cómo debía sentirse usted.

Jill miró agradecida a su hermana por el camino que le había abierto, se levantó para arrodillarse ante su suegra y le tomó las manos entre las suyas.

—Me gustaría que fuéramos amigos —le dijo con dulzura—, y que llegarais a conocer a Michael, Dimitra. Ya sé que no dejarás de sentir dolor por la muerte de tu hijo, pero tal vez con el tiempo ese dolor se atenúe al ver que una pequeña parte de él está contigo encarnada en tu nieto.

—¡Oh, querida…! —dijo Dimitra y las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas mientras tendía los brazos a su nuera, que se apresuró a refugiarse en ellos.

Andreas se aclaró la garganta, y dijo a Michael:

—¿Qué te parece si vamos a ver la piscina? Además, tu abuelo tiene algo en el garaje que estoy seguro de que te va a encantar. ¿Te has montado alguna vez en un Lamborghini, Michael?

—¿Un Lamborghini auténtico? —preguntó Michael encantado.

—Sí, y también un Mercedes de tu color favorito. ¿Qué te parece si tu tía y tú venís a verlo conmigo y luego nos tomamos un refresco al lado de la piscina? —dijo, pero en realidad era una pregunta retórica.

Sophy se puso muy rígida. Le parecía bien que se llevara a Michael porque había demasiadas emociones concentradas en aquel lugar, pero a juzgar por la mirada que le había dirigido su hermana al oír a Andreas, no le parecía buena idea dejarla sola con sus suegros a pesar de lo acogedores que parecían ser.

—No creo… —empezó a decir, pero no pudo terminar, porque una mano la agarró con fuerza por el codo y la levantó del sofá.

—Vamos, Sophy —dijo Andreas con suavidad. Sonreía, pero su mirada era fría como el granito—. Ainka va a servir unos refrescos, así que es mejor que le digamos que queremos tomar los nuestros en la piscina, ahora que todavía hace sol. Se está de maravilla a esta hora del día.

—Escucha… —empezó a decir, irritada por la manera en que la sujetaba.

Pero no pudo seguir, porque se vio literalmente arrastrada fuera del salón con Michael trotando alegremente tras ellos. Hasta que Andreas no cerró la puerta e indicó a su sobrino la dirección en que tenía que ir para que se fuera adelantando, Sophy no pudo reaccionar y, cuando

lo hizo, se dio cuenta de que estaba furiosa.

—¡Suéltame ahora mismo! —susurró para que no la oyera su sobrino.

—Tu hermana y mis padres necesitan estar solos —le respondió Andreas en el mismo tono—. Estoy seguro de que te das cuenta, Sophy.

—De lo que me doy cuenta es de que me has obligado a hacer algo que no deseaba, y de que Jill se ha quedado sola en un momento difícil de su vida —le dijo con acaloramiento—. ¿Quién te crees que eres para ir diciéndole a todo el mundo lo que tiene que hacer?

—El hijo de mis padres.

—Bueno, pues Jill es mi hermana.

—¿Qué te crees que van a hacerla ahí dentro? —le preguntó Andreas al tiempo que levantaba una mano a Michael, que ya había llegado al final del pasillo y estaba esperándolos.

—¿Y cómo voy a saberlo? Jill y yo acabamos de conoceros a tus padres y a ti. Lo único que sabemos es que, por una razón que ignoramos, no teníais ningún tipo de relación con Theodore desde hacía muchos años.

—Mira, mi madre lo pasó muy mal cuando Theodore se marchó. Habría dado cualquier cosa por volverse a reconciliar con él. Nadie echó a mi hermano. Dejó Grecia porque quiso, y fue él quien no volvió a querer saber nada de su familia.

—Jill y Michael eran su familia y, por lo que tengo entendido, el hecho de que se casara con mi hermana fue la gota que colmó el vaso para vosotros. ¡Bueno, pues déjame decirte que tuvo mucha suerte de casarse con ella! Jill vale cien veces más que cualquier chica de la alta sociedad que le hubieran podido tener destinada tus padres.

—Escucha…

—No tengo nada que escuchar, señor Karydis. Las únicas personas que realmente me importan son mi hermana y mi sobrino. No tengo por qué obligarme a que tu familia o tú me caigáis bien, y si tratáis de aprovecharos de la naturaleza bondadosa de mi hermana, os las veréis conmigo. Ahora, ya que prometiste a Michael que le enseñarías la piscina y los coches, será mejor que lo hagas —le dijo con el rostro encendido de rabia.

Cuando trató de seguir adelante, volvió a sentir la mano de Andreas sujetándole la muñeca, y se volvió hacia él con los dientes apretados.

—Si vuelves a tocarme otra vez, te juro que me olvidaré de que Michael está ahí, y te daré lo que te mereces.

La cara de asombro que puso Andreas estuvo a punto de hacerla reír. Estaba demasiado enfadada como para darse cuenta pero, posiblemente, fuera la primera vez en su vida que alguien se atrevía a hacer frente a Andreas Karydis.

Cuando la hubo soltado, Sophy se dirigió hacia Michael, que los esperaba impaciente, consciente de la presencia de Andreas a su espalda, y todos avanzaron por un largo pasillo hasta llegar a la cocina, donde Andreas se detuvo para pedir que les sirvieran unos refrescos en la piscina.

Una vez en el exterior, Sophy dejó que Andreas y Michael fueran juntos delante de ella. Pensativa, se mordió el labio mientras los contemplaba pensando con qué mal pie había empezado su estancia en aquel país. No llevaba ni un día allí y ya se había peleado con su anfitrión. No lo lamentaba por ella, ya que aquel hombre le parecía un ser odioso y presuntuoso, el problema era que se trataba del cuñado de Jill y tío de Michael con el que, por otra parte, el niño parecía llevarse de maravilla.

—¿Por qué no te sientas en la sombra? —le dijo Andreas al llegar a la zona de la piscina con voz inexpresiva mientras señalaba en dirección a un frondoso árbol—. El sol puede ser peligroso para quienes no están acostumbrados a tomarlo.

—Gracias —le respondió Sophy con frialdad—. Este es un sitio muy agradable —se obligó a sí misma a añadir, al ver que alrededor de la piscina había mesas, tumbonas y hasta una enorme barbacoa.

Andreas se limitó a asentir y le indicó que se sentara a una de las mesas. Enseguida llegó Christina, la regordeta gobernanta, empujando un carrito. En él llevaba limonada, dulces, fruta y frutos secos. Los dejó sobre la mesa y, tras acariciarle la cabeza a Michael, se marchó.

—Me gusta —dijo Michael, que no parecía darse cuenta de la tensión que reinaba en el ambiente, refiriéndose a Christina mientras tomaba un dulce—. La verdad es que me gusta todo lo que hay aquí —dio un bocado a su pastel y se dirigió a su tía—: ¿A ti no, tía Sophy?

Sophy dio un trago a su limonada, y trató de que su voz sonara lo más neutra posible.

—Sí, todo es precioso, Michael.

Andreas la estaba mirando provocativo con una ceja levantada, y Sophy pensó que era increíble que pudiera decirse tanto sin pronunciar palabra.

—Estupendo —dijo Andreas—, porque tenéis dos semanas para disfrutarlo.

Al oírlo Sophy pensó cuánto detestaba a la gente sarcástica, y no pudo evitar mirarlo con desagrado.

En cuanto Michael terminó su pastel, se dirigió al borde de la piscina. Allí, tras quitarse los zapatos y los calcetines, metió los pies en el agua canturreando, completamente feliz como solo los niños pueden serlo.

—Parece que Michael ya ha superado la muerte de su padre —dijo Andreas tras un momento de tenso silencio, volviéndose hacia ella.

Sophy cometió el error de mirar aquellos penetrantes ojos grises, y lo que sintió la dejó temblando de pies a cabeza.

—No… no estaban muy unidos —dijo muy rígida haciendo un esfuerzo para apartar la mirada—. Theodore se pasaba la mayor parte del tiempo trabajando.

La verdad era que Sophy siempre había pensado que Theodore era un padre demasiado severo, y que Michael lo temía más que lo quería, pero no se lo pensaba decir a Andreas.

—No te caía bien mi hermano —afirmó Andreas con frialdad.

No parecía haber hostilidad en su mirada al decirlo, pero Sophy pensó que sería mejor que no se fiara de él.

—¿Qué te hace pensar semejante cosa? —le preguntó.

—¿Me equivoco?

—Era el marido de Jill, y ella lo amaba.

—Eso no es una respuesta —le dijo Andreas con suavidad.

—Para mí sí lo es —le dijo con la cabeza muy alta mientras Andreas la observaba con demasiada intensidad para su gusto—. Es la única que voy a darte.

—Siempre que hablas del matrimonio de tu hermana te pones a la defensiva —le dijo Andreas, inclinándose hacia ella.

—Te equivocas. Lo que ocurre es que siempre fui de la opinión de que su relación solo les incumbía a ellos —afirmó cortante.

—Estoy de acuerdo contigo pero, si no recuerdo mal, a lo que yo me estaba refiriendo era a tu actitud hacia Theodore —le dijo con una sonrisa arrogante.

—Pues como acabas de conocerme, y a tu difunto hermano hacía ya muchos años que no lo veías, me parece muy presuntuoso por tu parte hacer comentarios de ese tipo —se apresuró a responderle Sophy pensando que, aquella vez, le había ganado la partida.

Andreas se echó hacia atrás en su asiento, y aunque Sophy fingió la más absoluta indiferencia, sus sentidos no perdieron ni uno de los movimientos masculinos.

Era cínico, duro, cruel, pero también muy atractivo. Estaba segura de que debía de ser pura dinamita en la cama. Sus propios pensamientos la dejaron atónita. No podía creerse que hubiera podido pensar una cosa así sobre él.

—¿Qué pasa? —le preguntó Andreas, a quien no le había pasado desapercibida su turbación.

—Nada —le respondió Sophy, tratando de que su voz sonara tranquila—, pero preferiría regresar al interior de la casa si no te importa.

—Sí me importa. Te recuerdo que todavía tenemos que ver los coches.

—Es Michael quien está interesado en los coches —le recordó Sophy

cortante—, como sabes muy bien. Yo no quiero verlos.

Andreas la miró con una sonrisa enigmática.

—Es una pena, porque los vas a ver.

—Me doy cuenta —le dijo irritada—, de que la hospitalidad no es tu fuerte, ¿verdad?

En un primer momento, Andreas se puso rígido al oír las palabras de Sophy, pero no tardó en soltar una carcajada.

—Espero que no te ofendas si te digo que depende del invitado. La verdad es que las mujeres como tú me hacen pensar que hicieron bien en no dejaros votar hasta 1952 en mi país.

—Vaya, ya veo que eres del tipo de hombres machistas que piensan que el destino de las mujeres es estar siempre embarazadas y descalzas. Se supone que debemos estar deseando caer en los brazos de un macho fuerte y suplicarle que nos haga el amor.

—Si eso es una invitación sutil, Sophy, deberías esperar a que te lo pidiera.

—Eres… Eres un… —balbuceó furiosa, incluso cuando se daba cuenta de que la estaba provocando.

—«Machista» podría ajustarse a tu descripción, pero ya has usado esas palabras —le dijo Andreas con calma— aunque, siendo una mujer de mundo, estoy seguro de que podrás encontrar otra más original si lo intentas.

Sophy se daba cuenta de que estaba riéndose de ella, y se moría de ganas de abofetearlo, pero no podía porque Michael estaba a solo unos metros de ellos.

—Por favor, Sophy, espero que no me obligues a llevarte al garaje gritando y pataleando —le dijo como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Claro, la familia ante todo —ironizó Sophy acalorada.

—Por supuesto. A mí me importan mucho mis padres y a ti tu hermana, así que tratemos de comportarnos como seres civilizados durante un par de semanas.

Sophy lo miró con rabia. No soportaba su arrogancia, pero había ido a Grecia para cuidar de su hermana y sobrino, así que sus sentimientos no contaban allí. Pelearse con su cuñado no ayudaría a que la estancia en aquella casa fuera agradable para su hermana.

—Podré conseguirlo durante dos semanas si tú eres capaz de hacerlo —le dijo con la cabeza muy erguida y tratando de que su voz sonara tranquila.

—Muy bien —se levantó y tendió la mano a Sophy—. Entonces, llevaremos a Michael a ver los coches y regresaremos con la familia —le dijo con calma.

Sophy no hizo caso de la mano que le tendía y, con los dientes apretados, pensó que era una suerte que Andreas no viviera con sus

padres, porque le resultaría imposible soportar verlo a todas horas durante dos semanas por mucho empeño que pusiera.

Lo observó acercarse a Michael, y vio la seguridad casi animal con que se movía. Al darse cuenta de que estaba temblando, se enfadó consigo misma. Tenía la facultad de sacarla de quicio, y era la primera vez que un hombre conseguía algo así.

De repente, sin saber por qué, le vino a la cabeza la única fotografía que había visto de su padre y su madre juntos. La había encontrado cuando tenía once o doce años escondida en el desván. Era una foto del día de su boda. En ella su madre miraba con adoración a su padre, un hombre moreno y alto que, sin embargo, no la miraba a ella sino a la cámara con una seguridad en sí mismo que rayaba en la arrogancia. De algún modo, su imagen encajaba con la idea que Sophy tenía de él, que se había fugado con una de las bellezas locales pocos meses después de que nacieran su hermana y ella, y nunca más habían sabido de él.

Su padre era muy varonil. Poseía un magnetismo que se percibía en la fotografía y Sophy lo había odiado porque ese misterioso carisma había atrapado a su madre en una existencia de soledad, duro trabajo y amargos recuerdos. Había arruinado su vida sin importarle lo más mínimo.

—Vamos, tía Sophy.

La voz de Michael la hizo regresar del vacío a un espléndido día soleado de junio.

—El tío Andreas nos va a llevar a ver el Lamborghini —le dijo el niño con impaciencia.

—Muy bien, vosotros primero —dijo Sophy con una sonrisa, al ver que el niño no entendía cómo su tía no se daba cuenta de la importancia del evento.

De nuevo, los dejó ir delante para poder observar a Andreas, y mientras caminaba disfrutó de los diferentes aromas que desprendían los arbustos y los arriates que decoraban el jardín. Sophy pensó que los Karydis debían de tener un ejército de jardineros para mantener los terrenos en perfecto estado, porque presentaban un aspecto inmaculado.

En la parte trasera de la casa, donde se encontraban los garajes, podían verse también varias pistas de tenis. Mientras Michael disfrutaba con su tío al volante del deportivo, Sophy miró a su alrededor, y pensó que Jill se había casado con un hombre muy rico sin saberlo. Lo que no entendía era qué había sucedido para que Theodore se apartara de su familia del modo en que lo había hecho. Andreas era tan frío como él, pero Evangelos y Dimitra parecían unas personas muy cariñosas. Enseguida se dijo a sí misma que aquello no era problema suyo, a no ser que afectara en algo a Jill.

Se volvió a mirar a los ocupantes del deportivo y, muy a su pesar, se ruborizó cuando se encontró con la mirada inquietante de Andreas. Desde luego, iba a cerciorarse de que Jill y Michael no se implicaran demasiado con aquella familia. No se fiaba de ellos en general, y menos todavía de aquel hombre inquietante que parecía haber conquistado por completo a su sobrino.

Capítulo 3

Al regresar al salón, Sophy encontró a su hermana charlando animadamente con sus suegros. Por un lado se alegró de verla tan relajada, pero por otro temió por ella. Su naturaleza confiada la había hecho sufrir desde niña al pensar que la gente era tan sincera y sin dobleces como ella.

Michael corrió a contar a su madre todas las maravillas que había visto mientras que Sophy permanecía apoyada en el marco de la puerta. Al verla quedarse allí, Andreas se volvió hacia ella.

—Sonríe, Sophy —le susurró—. Si sigues mirándolos de ese modo, mis padres pensarán que no te caen bien —añadió con suavidad, aunque la amenaza quedaba implícita.

Al oírle, Sophy hizo amago de moverse, pero enseguida se detuvo.

—Nadie me dice lo que tengo que hacer, señor Karydis —le respondió mirándolo fijamente sin mostrarle ningún miedo—, y tú menos que nadie —susurró Sophy—. No se te olvide.

Al verle apretar la boca, se dio cuenta con satisfacción de que había conseguido irritarlo. Pasó a su lado con una sonrisa en los labios y se dirigió hacia los demás.

—Tenéis una casa fantástica, y los terrenos que la rodean son espectaculares —dijo a Evangelos y Dimitra.

—Gracias, querida —respondió Dimitra—. Tengo entendido que has supuesto un gran apoyo para Jill, desde que… —la emoción la impidió seguir hablando y tuvo que tragar saliva para continuar—… la muerte de Theodore.

Sophy abrió la boca para responder cortésmente, pero vio en los ojos de Dimitra lo mismo que había visto su hermana: dolor, angustia y una casi tangible desesperación de ser querida por su nuera. Sintió una imperiosa necesidad de tranquilizar y consolar a aquella mujer que sufría tanto. Se sentó a su lado y se inclinó hacia ella.

—Yo la he ayudado un poco, pero sé lo importante que ha sido para Jill y Michael venir aquí y conoceros a vosotros.

Dimitra miró al niño con tristeza.

—Tanto tiempo perdido —murmuró—, y tanto sufrimiento inútil.

—Pero ahora Jill y Michael están aquí, y podéis comenzar de nuevo —oyó decir Sophy a Andreas detrás de ella.

Estaba tan cerca que sintió el calor de su respiración en el cuello y se estremeció. Había hablado con ternura e indulgencia, en un tono que nunca le había oído al dirigirse a ella. Sophy no entendía nada.

Según Theodore el motivo de su ruptura familiar había sido el que se casara con una chica inglesa y, sin embargo, habían recibido a Jill con los brazos abiertos. Había algo que no encajaba.

Incluso cuando se quedó sola en su suntuosa habitación al lado de la de Jill y Michael, Sophy siguió dándole vueltas al asunto.

La cena iba a ser a las ocho, y les habían sugerido que descansaran un poco hasta entonces. Andreas, por otra parte, se había ofrecido a pasar la tarde con Michael en la piscina hasta la hora de su cena, y el niño había aceptado encantado.

En la casa reinaba el más completo silencio. Sophy se echó en la enorme cama, pero cinco minutos después renunció a echarse la siesta, y se dirigió a la terraza. La habitación gozaba de una temperatura muy agradable, pero al abrir la puerta de la terraza una oleada de calor le golpeó la cara, recordándole que estaba en un país extranjero. La terraza tenía una mesa pequeña y dos sillas. Se sentó en una de ellas, y contempló el derroche de color que se desplegaba a su alrededor en forma de buganvillas e hibiscos morados y blancos enredados entre los barrotes de hierro forjado de la barandilla, así como tiestos con geranios rojos sobre el terrazo de color crema. Como estaba descalza y el suelo quemaba, acomodó los pies sobre la otra silla, y cerró los ojos suspirando de placer. Se subió el vestido, y dejó que el sol la acariciara mientras aspiraba el aroma embriagador que desprendían las flores. Aquello era maravilloso. A Jill le vendría de maravilla relajarse y tomar el sol un par de semanas. En cuanto a Michael, estaba claro que pensaba sacarle todo el partido posible a sus vacaciones. Llena de optimismo, Sophy pensó que, tal vez, las cosas salieran bien después de todo. A ella también le hacían falta unas vacaciones, porque, tras la muerte de Matthew había llevado un ritmo de vida agotador. Trabajar tanto la había compensado porque tenía un empleo fabuloso y debía sentirse afortunada por ello, pero estaba agotada. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de cuánto. Estaba segura de poder dormir durante un mes seguido.

Debió de quedarse adormilada, porque cuando oyó voces procedentes de debajo de la terraza tuvo la sensación de que estaba saliendo de entre densas capas de algodón. Abrió los ojos lentamente, y se incorporó con cuidado en la silla.

—¿Podemos volver a la piscina mañana, tío Andreas? Por favor, ¿podemos?

Oír la voz alegre de Michael hizo que Sophy se asomara a través de la vegetación que cubría la barandilla e impedía que se la viera desde abajo. Vio a Michael con los cabellos empapados y el cuerpo brillante, pero no fue la visión de su sobrino la que la impresionó de tal manera que casi se le paró el corazón al principio para después empezarle a latir a toda velocidad, sino la de Andreas a su lado, mojado como

Michael, con un bañador muy pequeño y la toalla colgada sobre uno de sus hombros musculosos. No había ni un gramo de grasa en aquel cuerpo. Era un hombre magnífico en la flor de la vida, que a pesar de estar casi desnudo, se movía con la seguridad de quien se siente orgulloso de su cuerpo.

De repente, Sophy se sintió avergonzada de estar espiándolo, pero no pudo apartar los ojos de él. Se había criado siempre entre mujeres y el cuerpo delgado, pálido y desprovisto de vello de su marido no la había preparado para lo que estaba viendo en aquel momento. Cuando Michael y Andreas desaparecieron en el interior de la casa, Sophy se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Con el corazón latiéndole a toda prisa, se volvió a echar hacia atrás en la silla. Al llevarse las manos a la cara, se dio cuenta de que le ardían las mejillas, y se enfadó consigo misma porque le parecía ridículo que aquel hombre la hiciera sentir como una adolescente. No estaba dispuesta a seguir pensando en él. Se daría una larga ducha que la librara de todas las tensiones del día y de Andreas Karydis de paso, y después se arreglaría con esmero porque estaba dispuesta a tener un aspecto impecable. Debía demostrar al hermano de Theodore que era una fría mujer de mundo a la que no preocupaban en absoluto sus indirectas ni la evidente antipatía que sentía por ella, y que su presencia no la alteraba en absoluto.

Siguió repitiéndose eso mismo hasta la hora de la cena, y al ir a dar las buenas noches a Michael, se dio cuenta de que todos aquellos pensamientos positivos habían hecho su efecto, ya que se sentía capaz de combatir a cientos de Andreas, sobre todo cuando su hermana le expresó la admiración que le causaba su aspecto.

—Estás guapísima —le dijo Jill cuando salían de la habitación de Michael de puntillas—. ¿Es uno de los vestidos de la colección de París de los que me hablaste?

—Así es —corroboró Sophy con una sonrisa, y se dio la vuelta para que su hermana contemplara mejor el impresionante vestido de color coral bordado con cuentas de cristal Swarovski, que le sentaba como un guante—. Me sale más barato por mi trabajo pero, de todos modos, me ha costado una fortuna. Me permito estos lujos muy de vez en cuando, pero nunca me había gastado tanto en un vestido —dijo poniendo los ojos en blanco—. ¿Y tú qué vas a ponerte esta noche? —preguntó a Jill, que todavía estaba en albornoz.

—No tengo ni idea —respondió Jill quien, al contrario de Sophy, nunca había tenido el más mínimo interés en la ropa—. Ven a ayudarme.

Una vez en la habitación de Jill, Sophy echó un vistazo a la ropa que ella misma había metido en la maleta de su hermana porque no acababa de decidirse por nada. Para aquella noche solo serviría algo

especial.

—Este —dijo mostrando a su hermana un vestido de color lavanda con la parte de arriba de seda salvaje y lentejuelas bordadas—. Esta noche los impresionaremos o pereceremos en el intento.

—No me había puesto ese vestido desde que me lo regalaste —admitió Jill con un amago de sonrisa en los labios—. Oh, Sophy, estoy tan nerviosa... Esta gente tiene un nivel de vida completamente diferente al nuestro, ¿verdad? Nunca se me había ocurrido imaginar siguiera que Theodore procediera de una familia tan acomodada.

—Te llevas de maravilla con sus padres —le tranquilizó Sophy—, y parecen muy agradecidos de que hayas venido con Michael. Sé tú misma, hermanita, y no te preocupes que con estos vestidos no vamos a parecer los parientes pobres.

—Oh, Sophy —dijo Jill, pero ya sonreía abiertamente y no dejó de hablar mientras su hermana le hacía un elegante recogido.

Cuando las dos jóvenes bajaron, Ainka las estaba esperando en el vestíbulo para acompañarlas hasta el patio al que daba el salón, donde los demás estaban disfrutando del aperitivo contemplando la puesta de sol.

—¡Qué guapas estáis! —exclamó Dimitra al verlas, y Evangelos se apresuró a corroborar lo que acababa de decir su esposa.

Sophy casi no les oyó, porque ver a Andreas elegantemente trajeado había captado toda su atención dejándola casi sin respiración. Aquel hombre era impresionante, pero muy peligroso. La indumentaria formal hacía que aquel hermoso ejemplar masculino pareciera despiadado. No pudo evitar estremecerse y desear que la velada hubiera terminado ya, aunque no hubiera hecho más que empezar. Había tenido razón al desconfiar de aquel hombre.

Oyó a Andreas murmurar algo halagador a Jill antes de que Dimitra y Evangelos la hicieran sentar a su lado y empezaran a preguntarle si Michael se había quedado dormido. Así que Sophy se sintió muy rara al encontrarse allí de pie al lado de Andreas. Como antes de irse Ainka le había dado una copa de champán, Sophy trató de concentrarse en la deliciosa bebida espumosa para no prestar atención a la penetrante mirada que Andreas estaba dirigiéndole.

—Estás muy guapa. Desde luego dejas en muy buen lugar a tu profesión.

—Gracias —respondió Sophy educadamente, y dio un sorbo a su copa de champán.

Sus palabras podían parecer inofensivas a los oídos de los demás, pero a Sophy no se le escapó la crítica que había implícita en ellas, aunque se propuso no brindarle la satisfacción de darse por aludida.

—Supongo que también has escogido el vestido de Jill.

—¿Cómo? —preguntó.

Lo ojos de Sophy se encontraron con aquella mirada penetrante. Ya no le cabía duda de que estaba molesto por algo.

—Tu hermana —dijo lentamente—. ¿Me equivoco al decir que está vestida por Sophy Fearn?

—No te equivocas. ¿Acaso no te parece bien lo que lleva puesto?

—Lo que lleva puesto no es el problema —le respondió sin alterarse —, sino el motivo que hay detrás. Tu motivo, Sophy.

—Vaya —respondió Sophy con frialdad—, ya que crees tener la facultad de leer el pensamiento a la gente, explícame los motivos malvados que en tu opinión he tenido para regalar a mi hermana un vestido de diseño que ella nunca podría permitirse comprar. Un vestido, por cierto, que le regalé hace seis meses para su cumpleaños —terminó de decir triunfal.

—No estoy cuestionando tu motivo inicial —le dijo con suavidad—, que estoy seguro era regalarle a tu hermana algo que le gustara.

—Oh, gracias —dijo Sophy con sarcasmo—. Qué amable por tu parte.

—Pero la has animado a ponérselo esta noche porque consideras a mi familia como al enemigo, un enemigo contra el que hay que estar preparado en todo momento. El vestido es un modo de querernos demostrar que Jill se las ha arreglado muy bien en la vida sin nosotros. Lo mismo que quieres decir tú con el tuyo, debo añadir.

—¡Cuántas tonterías! —mintió Sophy con vehemencia fingiendo estar ofendida, pero en un tono de voz lo bastante bajo como para que solo Andreas pudiera oírla.

—¿De verdad crees que mis padres quieren hacer daño a Jill o al hijo de Theodore? ¿Tan mezquina eres al juzgar la naturaleza humana? Mis padres son gente bondadosa que nunca ha herido a nadie intencionadamente.

—Estoy segura de que tú no puedes decir lo mismo —le dijo Sophy antes de pensarse dos veces sus palabras.

Lo miró horrorizada y esperó con calma su reacción pero, para su sorpresa, no fue lo explosiva que esperaba.

—Así que es de mí de quien crees que debes protegerte y proteger a tu hermana —le dijo arrastrando las palabras.

Sophy no supo qué decir, así que se limitó a mirarlo con los ojos brillantes de ira pensando que era el hombre más odioso que había conocido en su vida.

—¿Siempre la has protegido de esta manera? —le preguntó Andreas tan bajo que le costó oírle—. Y si es así, ¿por qué la dejaste casarse con Theodore? No puede haberla hecho feliz, y desde luego Michael no tiene ni idea de lo que es un padre.

Sophy se quedó tan sorprendida, que le resultó imposible disimularlo. Por suerte Dimitra los llamó en ese momento para que se

unieran a ellos. La prontitud con la que Sophy respondió a la llamada de la anciana no pasó desapercibida a Andreas, pero la joven no había podido evitarlo. Todavía consternada, pensó que Jill había tenido razón al decir que no tenían nada que ver con aquella familia, y aún no estaba segura de entender lo que estaba pasando allí. Aquella familia era como un campo de minas.

Cuando Ainka los llamó para cenar, Sophy ya se había tomado un par de copas de champán para darse ánimo. Sabía que lo iba a necesitar para poder sobrevivir a las miradas de Andreas, que la dejaban siempre temblorosa y furiosa consigo misma por permitir que la afectara de aquella manera. Al fin y al cabo, era solamente el hermano de Theodore.

Sophy miró a su hermana y, al verla conversando animadamente con Dimitra y Evangelos como si se conocieran de toda la vida, se dijo que todo el mundo parecía relajado y a gusto excepto ella. Mientras terminaba el primer plato, una deliciosa sopa hecha con yogur, ajo y verduras frescas, se consoló pensando que las cosas mejorarían cuando Andreas se marchara a su casa, porque solo aparecería por la de sus padres de vez en cuando.

Aunque no estaba sentada frente a él, su mera presencia la ponía tan nerviosa que, de repente, se le cayó el vaso de vino, que por suerte era blanco, sobre el vestido.

—¡Oh, tu precioso vestido! —dijo Dimitra horrorizada al ver a Sophy tratando de empapar con la servilleta el líquido que había derramado sobre la parte de abajo de su vestido—. Debes limpiarlo con un poco de agua o te quedará mancha.

—No pasa nada —dijo Sophy, tan furiosa consigo misma que tenía ganas de gritar.

Con el orgullo hecho jirones, se preguntó qué estaría pensando Andreas, pero enseguida obtuvo respuesta cuando se acercó a ella y la sujetó por el codo haciéndola levantarse.

—Ven al lavabo de la planta inferior —le dijo con tono autoritario, sujetándola también por el brazo—. No tardarás nada, y sería una pena que se te estropeara un vestido tan bonito —añadió con un sarcasmo del que el resto de los comensales pareció no darse cuenta.

Sophy esperó a estar fuera del comedor para sacudir el brazo con tanta rabia, que Andreas levantó las cejas sorprendido.

—Muchas gracias, pero me las puedo arreglar perfectamente sola —le dijo secamente—. Me he encontrado en situaciones peores.

—Estoy segura de que puedes valerte por ti misma, Sophy —le dijo Andreas desde la superioridad de su impresionante altura—. Puede dar la sensación de que una ráfaga de viento va a llevarte por los aires, pero bajo esa frágil apariencia se esconde un carácter duro como el acero.

—¿También tienes algo que decir en contra? —le preguntó Sophy, segura de que era el tipo de hombre al que le gustaban las mujeres que pestañeaban con coquetería y no tenían mucho que decir.

—¿Acaso he dicho yo eso? —le preguntó fingiendo sorpresa—. Sé justa, ¿lo he dicho?

A Sophy nada le sacaba más de quicio que pensar que se estaba riendo de ella.

—No hacía falta que lo hicieras —le dijo secamente—. Eres la persona que mejor se expresa sin pronunciar palabra que he conocido.

Andreas se quedó mirándola un momento.

—Menuda arpía vas a ser dentro de unos años —le dijo con tranquilidad antes de volver a sujetarla por el brazo y hacerla entrar en un servicio que Sophy pensó era tan grande como todo su apartamento londinense—. Muy bien, ahora vamos a procurar que te limpies esa mancha.

Sophy estaba tan furiosa pensando que, a pesar de lo que había dicho de su carácter de acero, la estaba tratando como si fuera idiota, que no se dio cuenta de que Andreas estaba entrando con ella en el servicio hasta que fue demasiado tarde para protestar.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó al verle llenar de agua un cuenco.

—El agua fría es lo mejor para las manchas de vino blanco —le dijo con fingida inocencia.

—No me refiero a la mancha, como sabes muy bien —le dijo secamente—. Soy perfectamente capaz de limpiármela yo sola.

—¿Qué clase de anfitrión iba a dejarte desasistida en un momento así?

—Me gusta arreglármelas sola.

—Sophy, estás de invitada en casa de mis padres.

—¿Y qué?

—Que no voy a… aprovecharme de esa situación —murmuró con suavidad en un tono que a Sophy le pareció insultante.

—Ni por momento he pensado que fueras a hacerlo. Por supuesto que no.

Andreas se quedó mirándola y Sophy tuvo que apretar los dientes para no apartar la mirada. Había estado apoyado en la pared mientras hablaban, y lo vio incorporarse y acercarse a ella.

—Desde luego eres la más… —empezó a decir, pero no terminó la frase.

—¿La más qué? —lo desafió Sophy, fortalecida por el hecho de que no entendía de qué tenía queja si le había dado la razón, y no lo había acusado de querer aprovecharse de ella.

—Olvídalo —le dijo cortante.

—No, espera un momento —le dijo, y le sujetó de la manga para

que no se marchara—. Si tienes algo que decir, dilo.

—No importa. Estamos unidos por lazos familiares, así que tendremos que tratar de llevarnos lo mejor que podamos durante el tiempo que pases aquí. Y ahora, si quieres solucionar lo del vestido, te esperaré fuera para acompañarte de vuelta al comedor —le dijo con frialdad.

Cuando Andreas salió, Sophy se quedó mirando la puerta un rato sin reaccionar, y después se puso a limpiar el vestido. No le fue difícil quitar la mancha, y como la tela era muy fina, se secó enseguida.

Se miró al espejo y al ver lo roja que estaba lo achacó al champán, y se echó agua a la cara.

Cuando abrió la puerta del servicio, ya se sentía mucho mejor y consiguió esbozar una sonrisa.

—Lamento haberte hecho esperar —dijo a Andreas que la esperaba apoyado en la pared—, pero no habría hecho falta que te quedaras.

—No hay problema —le respondió con frialdad, y no volvió a pronunciar palabra mientras la acompañaba al comedor.

El resto de la deliciosa cena transcurrió sin novedad. Después de tomar los postres, Christina sirvió los cafés y Ainka llevó una botella de un licor griego de alta graduación y una jarra de agua fría.

Llevaban ya dos horas cenando, y Sophy estaba deseando marcharse a su habitación para no tener que seguir soportando la inquietante presencia de Andreas, pero aún tuvo que quedarse media hora más charlando con la familia política de su hermana.

A las diez y media, cuando ya sus nervios no pudieron resistir más la tensión, se levantó de la mesa.

—Perdonadme, pero tengo un ligero dolor de cabeza —dijo educadamente. Miró a todos, pero se dirigió a Dimitra—. Voy a tenerme que retirar—. Gracias por una cena tan estupenda y por vuestra cálida bienvenida —añadió con sinceridad—. Fue muy amable por vuestra parte invitarme a venir a mí también.

Evangelos y Dimitra le dijeron que, por supuesto, era bienvenida a su casa, y aunque Andreas no pronunció palabra, a Sophy no le pasó desapercibida la frialdad con que la miraba.

Lo vio ponerse en pie cortésmente cuando ella fue a abandonar el comedor, pero no se despidió como los demás. Se limitó a observarla como si fuera un científico estudiando una repelente bacteria al microscopio.

Sophy abandonó el comedor reprimiendo sus ganas de echar a correr para perderlo de vista lo antes posible.

—¡Qué hombre tan horrible! ¡Qué hombre tan horrible! —se sorprendió a sí misma murmurando una vez ya en su habitación.

Se quitó los zapatos y se tumbó sobre la cama, suspirando con exasperación. No podía permitir que Andreas la hiciera sentirse de

aquella manera. Había viajado a Grecia para ayudar a su hermana y en tan solo unas horas se había peleado con el cuñado de Jill. Había empezado con mal pie, pero con un poco de suerte, ahora que ya les había dado la bienvenida, Andreas se iría a su casa y Jill y ella podrían disfrutar de la amabilidad de Dimitra y Evangelos durante quince placenteros días.

Sin embargo, allí había algo que no encajaba. En el transcurso de la velada, la familia no había mencionado a Theodore en ningún momento.

Había dejado las puertas del balcón abierto antes de bajar a cenar, y las cortinas se movían mecidas por una cálida brisa nocturna. De repente, empezó a oír unas voces procedentes de la calle. Seguramente Andreas se marchaba ya, pero no podía distinguir bien quién hablaba porque su habitación daba a la piscina y no a la puerta principal.

Salió al balcón, y respiró el aroma embriagador de las flores que lo adornaban mientras contemplaba la luna. Se sentía inquieta aquella noche. No había mentido al decir que le dolía la cabeza, y estaba desvelada. Se masajeó las sienes doloridas lentamente.

La noche era cálida e invitaba al amor, a la pasión. Era una noche para caricias tentadoras y promesas susurradas.

De repente, sorprendida por sus propios pensamientos, se preguntó preocupada qué le pasaba aquella noche. Seguramente habría bebido demasiado vino. Se preguntó por qué estaba tan alterada, si ella no era así. Era una mujer que siempre se controlaba perfectamente.

Oyó el ruido de unos neumáticos sobre la gravilla de la entrada, y dedujo que Andreas se marchaba.

A pesar del alivio que le produjo su partida, no pudo evitar recordarlo en bañador, recién salido del agua… moreno, viril, misterioso, peligroso.

De repente, Sophy comprendió por qué estaba tan rara.

Capítulo 4

Sophy afrontó el hecho de sentirse atraída sexualmente por un hombre al que detestaba del mismo modo en que había afrontado cualquier otra cosa desagradable que le había sucedido en sus veintiocho años de vida.

Podía imaginarse la satisfacción que le produciría a Andreas enterarse, así que se encargaría de que no lo supiera nunca. Lo peor era que no había sentido nada tan fuerte en toda su vida, y tenía que ser precisamente hacia el hermano de Theodore.

Mientras paseaba de un lado a otro de la habitación, se dijo que jamás había conocido a un hombre con tanto magnetismo, y estaba asustada porque se daba cuenta de que no podía controlar lo que sentía como había hecho toda su vida. Lo sucedido a su madre, que después de haber amado y confiado en un hombre ciegamente se había visto abandonada y humillada, le había enseñado una buena lección. Dejó de pasear por la habitación y fue a darse una ducha. Mientras el agua le acariciaba la piel, pensó que lo único que le ocurría era que estaba cansada. La muerte de Theodore; tener que apoyar a Jill y las largas horas que había dedicado a su trabajo en los últimos meses la habían agotado.

No podía evitar preocuparse por Jill. Había sido siempre más una madre que una hermana para ella, y aunque siempre había tratado de ocultar su preocupación por la elección de marido que había hecho su hermana, a medida que habían pasado los años le había parecido cada vez más desacertada. Se preguntó por qué habría dicho Andreas que Theodore no podía haber hecho feliz a Jill, ni podía haber sido un buen padre para Michael. Se lo preguntaría la próxima vez que lo viera.

Cuando volvió a la habitación se tumbó sobre la cama y, tras colocarse los cojines, se puso a leer un libro que había llevado de Inglaterra. Se dijo que leería un poco hasta quedarse dormida, y así apartaría de su mente a un cierto griego alto y misterioso.

Sin embargo, una hora más tarde, estaba todavía despierta, y no podía recordar ni una línea de lo que había leído. Todo el mundo se había acostado ya, y la casa estaba en completo silencio. Encendió la lámpara de la mesilla, y se dijo que estaba muy cansada y que lo único que ocurría era que su mente parecía decidida a resolver todos los problemas del universo. Desistió de seguir durmiendo, y pensó que para calmarse podía ir a dar un paseo por los jardines o mejor aún

nadar un poco en la piscina si había bastante luz. Se llevaría el bañador, por si acaso. Hacía una noche más cálida que las de Inglaterra en verano.

Una vez tomada la decisión, se puso unos pantalones de algodón, un jersey ligero y unas playeras de lona, y se llevó consigo una toalla y el bañador. Abrió la puerta de la habitación, y se asomó con sigilo para ver si había alguien en el descansillo. Notó que se había puesto nerviosa, pero no había razón alguna porque todo estaba a oscuras y en silencio.

Una vez fuera, se dio cuenta de que había luna llena y se veía muy bien. Mientras aspiraba la embriagadora fragancia de todas las flores que la rodeaban, se sorprendió a sí misma sonriendo. Hacía años que no actuaba siguiendo un impulso. Aquello era como una aventura.

Tras llegar a la zona de la piscina, se quitó la ropa y se puso el bañador. La piscina le pareció enorme a la luz de la luna, y cuando vio que la zona que estaba debajo de los árboles estaba completamente a oscuras, sintió un súbito temor que se apresuró a apartar de su mente. Metió un pie en la parte que menos cubría, y se estremeció al darse cuenta de que estaba helada. Sabía que tardaría años en entrar en la piscina si no se metía de golpe, y cuando estaba dispuesta a hacerlo, algo, tal vez su sexto sentido, la hizo detenerse, y el corazón empezó a latirle a toda prisa mientras se esforzaba por ver algo en la oscuridad.

—¿Hay… hay alguien ahí? —preguntó, sintiéndose un poco ridícula por estar hablando sola.

Le pareció que había pasado una hora, aunque tan solo habían transcurrido unos segundos, cuando oyó la voz de Andreas.

—Soy yo, Sophy. Andreas.

Sophy oyó el ruido que hace un cuerpo en el agua al moverse y, un momento después, vio salir de las sombras a una figura oscura. En el mismo momento en que Andreas quedaba iluminado por la luz de la luna, Sophy miró hacia la silla donde había dejado la ropa que se había quitado, y se dio cuenta de lo que había ocurrido. Pensando que estaba sola, se había desnudado sin recato. Y por supuesto, él la había visto.

—¡Tú, rata inmunda!

—Eh, eh —protestó Andreas, tras pararse en medio de la piscina—. ¿Qué he hecho yo ahora? —le preguntó con aparente sorpresa.

—¿Como que…? —se dio cuenta de que no podía ni hablar, y tuvo que detenerse a tomar aire—. ¿Cómo que qué es lo que has hecho? Sabes perfectamente lo que has hecho, así que no te hagas el inocente conmigo —le dijo furiosa—. Has dejado que me pusiera el bañador delante de ti, sin advertirme de que estabas ahí. Eres asqueroso.

—No me di cuenta hasta que ya era demasiado tarde —se defendió Andreas—. Llegaste como una exhalación, te quitaste la ropa y, en

menos de dos segundos, cuando me di cuenta de que no estaba solo, ya te habías…

—¡Desnudado!

—Pues sí —dijo. Se acercó un poco más nadando—, no tengo la culpa de que seas tan… desinhibida.

—¡Yo no soy desinhibida! —le dijo furiosa. Se daba cuenta perfectamente de que estaba insinuando que no le importaba desnudarse delante de cualquier extraño.

—¿Eres una persona reprimida entonces? —le dijo con un tono compasivo que a Sophy le pareció odioso.

—¡Por supuesto que no! —le dijo, y dio un golpe en el suelo con el pie—. Y no utilices tus estúpidos juegos de palabras conmigo, Andreas Karydis —le advirtió furiosa—. Conozco tus trucos.

—Vamos mejorando.

—¿Cómo? —Sophy lo miró con desconfianza al notar el tono sarcástico.

—Me acabas de llamar por mi nombre de pila. Por supuesto, después has empleado el apellido, pero ya hemos adelantado mucho.

Sophy no podía dar crédito al descaro de aquel hombre.

—Puedes seguir diciendo tonterías, si quieres, pero sigo pensando que eres asqueroso. ¿Cómo puedes haberte atrevido a espiarme de ese modo?

—Yo no estaba espiándote, Sophy. No más de lo que tú has podido estar espiándome hace unas horas.

—¿Yo? —preguntó Sophy sorprendida.

—Desde el balcón de tu habitación —le recordó con suavidad—. Pero, claro, entiendo que tú estabas allí por casualidad, y yo debajo, también por azar. Esta noche también fue la casualidad la que quiso que yo me encontrara en la piscina, y tú… —se limitó a sonreír sin terminar la frase.

Sophy siempre se había considerado una persona que aborrecía la violencia, pero en aquel momento habría deseado matarlo.

—Ambas situaciones son completamente diferentes, y tú lo sabes muy bien —le dijo con los dientes apretados—. No tuve tiempo de dar a conocer mi presencia.

—Lo mismo me ocurrió a mí.

Cuando se puso de pie, con el agua por la cintura, se pasó los dedos por el pelo húmedo. No dejó de mirarla, pero tampoco trató de salir del agua. Tal vez suponía que ella se marcharía si lo hacía.

—Voy a volver a entrar en la casa —dijo Sophy—. No he venido a discutir contigo.

—Por supuesto que no —le dijo con suavidad—. Has venido a nadar, así que nada. Nadie te lo impide.

Sophy pensó que había algo muy importante que se lo impedía. El

bañador que llevaba puesto, aunque era muy recatado, se volvía como una segunda piel en contacto con el agua, y se le marcaban los pezones. Estaba segura de que se sentiría como desnuda bajo aquellos letales ojos grises fijos en ella.

La virilidad de Andreas resultaba aún más evidente a la luz de la luna. En vez de frío, como unos minutos antes, Sophy empezó a sentir un tremendo calor.

—La verdad es que vine aquí para estar sola —acertó a decir.

—No seas infantil —le dijo Andreas, y empezó a nadar a toda prisa hacia la parte que más cubría—. Hay sitio para los dos, y prometo no rozarte ni hablarte mientras estés nadando. ¿Satisfecha?

No, a Sophy no le convencía la situación, pero no sabía qué hacer. Todavía estaba pensándoselo cuando regresó Andreas.

—¿Asustada del lobo feroz, Sophy? —le dijo con tono burlón—. Lo creas o no ya había visto antes una mujer desnuda, así que no te preocupes que la visión de tu cuerpo, por muy bien que esté, no va a convertirme en un maniaco sexual. Estás a salvo.

A Sophy aquel hombre le parecía imposible, pero la broma salvó la situación, y en cuanto Andreas empezó a nadar de nuevo, ella se apresuró a meterse en la piscina. Al principio le pareció un poco fría, pero en cuanto hizo unos largos sin prestar atención a la oscura figura que nadaba en dirección contraria, empezó a notar la temperatura bastante agradable.

Después de un rato, a Sophy empezó a hacérsele insoportable aquel silencio.

—Pensé que te habías ido a casa —le dijo en un momento en que se cruzaron—. Hace un rato oí un coche.

—Era mi chófer que llegaba. No yo que me marchaba.

—¿También él está aquí? —preguntó Sophy, temiendo que aquel hombre con pinta de duende fuera a surgir de detrás de un arbusto.

—Mi padre tenía que examinar unos papeles esta noche, y vino a traérmelos. De paso, me trajo también ropa limpia. Así podré irme directamente a mi despacho desde aquí por la mañana —le dijo, y siguió nadando.

Sophy trató de seguir también, pero no fue capaz de coordinar las piernas y los brazos como era debido. Ver los ojos de Andreas en la oscuridad, sentir su presencia, su respiración tan cerca, le habían hecho sentir una oleada de deseo tan intensa que le resultaba imposible negársela a sí misma.

—¿No podías dormir? —le preguntó Andreas la siguiente vez que se cruzaron.

—No. Hoy ha sido un día muy intenso. Supongo que, además, extrañaba la cama.

—Yo nunca tengo problemas para dormir en una cama extraña —le

respondió Andreas con voz ronca y un cierto tono burlón.

—Apuesto a que no —murmuró Sophy para sí mientras se alejaba de él nadando. Estaba segura de que tenía una mujer en cada puerto, o más bien varias.

—Es el primer día. No te canses demasiado.

—Precisamente estaba pensando en salir —dijo Sophy, impaciente por alejarse de la perturbadora presencia de Andreas.

—Yo también —respondió él de inmediato.

Sophy no podía creerse lo que acababa de oír. Había pensado salir lo más rápidamente posible de la piscina mientras Andreas todavía permanecía en ella, y apresurarse a entrar en la casa. El bañador que llevaba puesto, aunque muy recatado, cuando estaba mojado le marcaba los pezones, y ya empezaba a sentirlos erectos a causa del frío. Salió de la piscina a toda prisa, y se envolvió en su toalla pero, para su sorpresa, Andreas siguió dentro del agua. Presa de la curiosidad, tuvo el valor de darse la vuelta para mirarlo.

—¿Qué pasa? —le preguntó, sin entender por qué permanecía todavía en el agua.

—Tengo un ligero problema —le dijo con una alegría que no confirmaba su afirmación—. ¿Sabes? Creí que iba a estar solo —continuó con una sonrisa inocente.

—¿Y? —preguntó Sophy sin entender nada.

—Pues que no llevo… bañador.

—¿Que no llevas bañador? —repitió Sophy horrorizada de haber estado metida en una piscina con un hombre… desnudo. Y no cualquier hombre, sino Andreas Karydis—. ¡No te muevas! —le ordenó al verlo acercarse al borde de la piscina con intención de salir de ella—. ¿Por qué no me lo dijiste desde el primer momento?

—Porque entonces no habrías entrado en la piscina, ni hubieras disfrutado de tu baño.

—¿Dónde tienes la toalla? —le preguntó Sophy mientras miraba nerviosa a su alrededor.

—No he traído ninguna.

—¿Cómo?

—No te preocupes, me puse un albornoz. Debe de andar por ahí —dijo señalando a las mesas y sillas, que estaban al otro extremo de la piscina, y apenas se veían con la oscuridad—. Puedes traérmelo si quieres.

—Iré a buscarlo, pero mientras tanto sécate y después tápate con ella —le dijo, inclinándose sobre la piscina para entregarle su toalla.

Sophy no se esperó a ver si la obedecía. Se perdió en las sombras en busca del albornoz. Lo encontró enseguida sobre una silla, pero se esperó un par de minutos antes de regresar donde estaba Andreas.

Lo encontró sentado en una silla, con la toalla alrededor de las

caderas y sus piernas musculosas estiradas.

—Me alegro de que lo hayas encontrado —le dijo con inocencia al verla acercarse—. Te estás quedando fría, Sophy —añadió al verla estremecerse—. Ponte el albornoz. Yo no lo necesito.

Sophy no podía creerse lo que acababa de oír. Pretendía que se pusiera su albornoz. Una prenda impregnada del aroma de su cuerpo viril. Debía de estar loco. Desde luego el estremecimiento no había sido motivado por el frío. De repente, se dio cuenta de que le estaba mirando los pechos, y vio que se le habían puesto los pezones erectos. Cruzó los brazos con la mayor naturalidad que pudo, y le dijo:

—Estoy bien, gracias. Quédate con la toalla, y déjamela en la puerta por la mañana. Voy a volver a…

—Siéntate, Sophy. Tenemos que hablar —la interrumpió Andreas.

—¿A estas horas de la noche?

—Es el mejor momento para lo que tengo que decirte —le respondió fríamente.

—No creo…

—¡Qué mujer tan testaruda! —al verlo levantarse, Sophy temió que fuera a caérsele la toalla—. ¿Quieres hacer el favor de sentarte? —le dijo irritado—. Tengo que hablar contigo sobre Theodore. Esa es la razón principal por la que me he quedado esta noche. Mi padre cree que hay cosas que Jill tiene que saber, pero por razones que comprenderás en cuanto te las cuente, te harás cargo de que a él y a mi madre les resulta difícil ser ellos quienes hablen contigo. Os lo iba a contar a Jill y a ti mañana por la mañana antes de marcharme a mi despacho, pero he creído más conveniente hablar contigo antes de manera informal, y que tú se lo cuentes a tu hermana a tu modo.

Sophy se quedó mirándolo mientras se sentaba en la silla que le había indicado pensando que, a juzgar por la expresión grave de su rostro, lo que le iba a contar debía de ser algo importante. El problema era que le costaba concentrarse en otra cosa que no fuera la cítrica fragancia masculina que notaba pegada a su piel. Haciendo caso omiso a la oleada de calor que la invadía y al cosquilleo que recorría todo su cuerpo, que nada tenía que ver con la tela de la prenda y todo con Andreas Karydis, se dijo que se agradecía el calor que daba el albornoz porque había refrescado.

Andreas volvió a sentarse; se ajustó la toalla, cosa que Sophy agradeció, y se quedó mirándola durante un par de minutos antes de hablar.

—Tienes que entender lo que voy a contarte, teniendo en cuenta el modo de vivir y pensar de los griegos hace cuarenta o cincuenta años. En aquel momento, la sociedad era muy machista, bueno tal vez aún lo sea en los pueblos pequeños, donde la sociedad es muy patriarcal y el papel que desempeña la mujer está claramente definido. Mi madre

nació en un pueblo de ese tipo del sur.

Al verlo detenerse y mirar a la lejanía, Sophy se dio cuenta de que debía de estar resultándole muy difícil contarle aquello.

—Andreas, no tienes por qué explicarme nada —dijo Sophy.

—Por desgracia no es así. Mi padre me pidió que os lo contara todo. Jill es la viuda de Theodore y no puede haber secretos entre los miembros de nuestra familia. Luego ella decidirá si se lo dice o no a Michael.

Andreas volvió a detenerse, y después continuó.

—De joven, mi madre era una mujer bellísima. En el pueblo donde vivía había un hombre que la deseaba, pero ella no quería saber nada de él. Entonces, para asegurarse de que sería su mujer, una noche esperó a que se separara de sus amigas y la violó. Tenía solo quince años.

—¡Oh, Andreas! —exclamó Sophy conmocionada. No se había esperado una cosa así.

—Ese hombre tenía dos barcos. La familia de mi madre lo consideró un buen partido, así que cuando les contó lo que había hecho, ya que mi madre, avergonzada, no le había dicho nada a nadie, decidieron casarlos de inmediato.

Sophy observó cuánta amargura le producía a Andreas todo lo ocurrido a su madre, pero se dio cuenta de que mientras lo contaba parecía más humano, más tierno. Era como si el hombre duro y despiadado nunca hubiera existido.

—Un día después de que fijaran la fecha de la boda, hubo una tremenda tormenta y varios barcos desaparecieron en el mar. En uno de ellos iba ese hombre. Mi madre se alegró porque lo odiaba, pero pronto se dio cuenta de que no se había ido por completo, de que su semilla había echado raíces y estaba creciendo dentro de ella.

—¿Theodore? —susurró Sophy aterrorizada, y se cerró más el albornoz estremecida.

—Sí, Theodore, mi hermano mayor —dijo Andreas con una dureza que sorprendió a Sophy—. Tres años después, años muy difíciles para mi madre, en los que su familia y vecinos le habían hecho pagar con su desprecio por el «pecado» que había cometido, el yate de mi padre atracó en el puerto una noche porque había sufrido una avería en el motor y necesitaba reparación. Vio a mi madre trabajando en el puerto, y fue amor a primera vista. No cesó hasta convencerla de que se casara con él y dejara atrás el pasado, excepto Theodore, por supuesto, al que mi madre adoraba a pesar del modo en que había sido concebido. Mi padre era un hombre acomodado, así que se casó con mi madre y la llevó al norte donde empezaron una nueva vida, y crió a Theodore como si fuera hijo suyo.

—Y Theodore lo averiguó todo —intervino Sophy.

—Sí, y como hijo de su padre que era descargó su cólera sobre mi madre. ¿Crees que soy injusto hablando así de él? Pues no, Sophy. Nunca nos llevamos bien, y cuando me contaron por qué se había marchado a Inglaterra comprendí la razón. La sangre de su padre corría por sus venas, y era un hombre agresivo con frecuentes accesos de ira y muy rencoroso con quienes creía que le habían hecho algo. Sobre todo era orgulloso y posesivo.

—¿Culpó a Dimitra de lo sucedido?

—Por supuesto. Una noche, mi padre y él discutieron violentamente y acabaron pegándose. Mi madre trató de separarlos, y Theodore la insultó. No ha vuelto a ser la misma desde aquella noche. Mi padre le dio el suficiente dinero para que abriera un restaurante en Inglaterra, y él se marchó sin escuchar las súplicas de mi madre para que la perdonara. ¡Perdonarla! ¡Pero si debería haber besado el suelo que pisaba!

—Lo siento, Andreas. No sé qué decir.

—No te caía bien, ¿verdad, Sophy? Dime la verdad. No podía caerte bien.

Estaba mirándola a los ojos, y la virilidad que emanaba dejó a Sophy sin respiración.

—No, no me caía bien —afirmó débilmente.

—He dado las gracias a Dios porque no hubiera nada de Theodore en su hijo —dijo Andreas—. Cuando lo vi por primera vez, me quedé impresionado de cuánto se parecía a su padre, pero por suerte su interior, que es lo que cuenta, es totalmente distinto. Puede que te parezca que soy muy duro con Theodore, pero nunca nos llevamos bien. Parte de su furia cuando averiguó la verdad se debió a que creía que yo le había arrebatado el lugar que le correspondía en la familia.

—Theodore dijo… —Sophy se detuvo, porque no estaba segura de que fuera el momento más oportuno para hacer preguntas.

—¿Sí? —le preguntó Andreas con impaciencia—. ¿Qué es lo que dijo?

—Que su familia había cortado por completo con él a raíz de su matrimonio con Jill.

—Eso no es verdad. Ya has visto a mi madre, Sophy. ¿Te parece capaz de ser tan intolerante? Mi padre, por otra parte, la adora. Haría cualquier cosa por no disgustarla. En cuanto a mí… —Andreas se detuvo un momento—. No voy a mentirte, la verdad es que tanto mi padre como yo no habríamos podido perdonar jamás a Theodore por haber causado la depresión por la que pasó mi madre cuando él se marchó. Ni siquiera si hubiera habido algún tipo de reconciliación en el futuro.

—Te creo, por supuesto —dijo Sophy—. Dimitra es tan dulce… Nunca habría sido capaz de tratar mal a Theodore.

—Es una mujer maravillosa —corroboró Andreas.

La voz de Andreas se dulcificaba al hablar de su madre. Sophy pensó en la suerte que tenía Dimitra de que la adoraran de esa manera dos hombres tan fuertes y poderosos.

—Gracias por contármelo, Andreas. Te aseguro que procuraré explicárselo a Jill lo mejor posible. Estoy segura de que no le parecerá necesario contárselo a Michael, ni ahora, ni en el futuro. Creo que será mejor que recuerde a su padre como lo hace ahora. En realidad, es una remota figura en su vida. Siempre se ha llevado mejor con Christos, el socio de Theodore.

—Mi padre ha estado en contacto con él, y le ha parecido un hombre con mucho tacto. Jill tiene suerte de poder contar con alguien como él en el restaurante.

Andreas se había quedado muy serio, y Sophy pensó en lo que debía de haberle costado contar cosas tan íntimas sobre sus padres a alguien que era casi un extraño.

—Será mejor que regrese a la casa —dijo Sophy. Se levantó y se apretó bien el albornoz al cuerpo.

Andreas se había levantado también y, al verlo de pie, a Sophy le resultó muy difícil concentrarse en nada que no fuera su cuerpo musculoso.

—Espero que cuando este tema tan desagradable quede hablado, Jill, Michael y tú disfrutéis de vuestra estancia en mi hermoso país.

A Sophy le pareció curioso que la conversación más civilizada que había tenido con Andreas transcurriera con él casi desnudo y ella envuelta en su albornoz. Respiró profundamente, y consiguió decir débilmente:

—Gracias.

—Sophy —le dijo con voz ronca y una expresión que no le había visto nunca y le hizo sentir un cosquilleo por todo el cuerpo—. ¿Te asusto? ¿Todavía te parezco una amenaza?

—Claro que no —respondió Sophy, sintiendo que el corazón se le aceleraba a mil por hora.

—Muy bien —le dijo con una sonrisa tan irresistible que Sophy pensó que debía marcharse de allí lo antes posible, pero se sintió incapaz de moverse.

Los ojos de Andreas, oscuros como la medianoche, sostuvieron la mirada de Sophy sin esfuerzo, pero cuando el rostro de Andreas se acercó al suyo no pudo evitar entrecerrarlos. Sus labios se encontraron en un beso leve, casi juguetón primero, hasta que Andreas la atrajo hacia él con una mano en la nuca mientras que con la otra le sujetaba la barbilla para poder besarla mejor. Sophy pensó que olía a noche y a agua limpia. Cuando Andreas intensificó su beso sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas. Era el beso de un hombre sensual y

experimentado, sin prisas, para que los dos disfrutaran.

Sophy no recordaba cuándo había empezado a hacerlo, pero se dio cuenta de que estaba abrazando aquellos hombros musculosos. Andreas la tenía tan apretada a su cuerpo que estaba empezando a sentir el efecto que estaba produciendo en él.

Por nada del mundo se habría separado de aquel hombre, ni habría dejado de besarlo. La presión de su pecho al estrecharla contra él, la sensualidad de sus labios, la autoridad con que se había apoderado de su boca sin plantearse siquiera que pudiera rechazarlo le estaban resultando embriagadoras hasta un punto que no podría haber imaginado nunca.

Nunca la habían besado de aquel modo, ni había experimentado unas sensaciones tan enloquecedoras. Jamás un hombre la había hecho sentirse tan húmeda y febril en sus brazos. Le daba la sensación de tener fuego en el cuerpo, y Andreas parecía saber muy bien cómo avivar las llamas.

Los pezones se le habían endurecido y le dolían. Durante su matrimonio con Matthew había pensado que no era una mujer muy activa sexualmente. El que su marido no hubiera querido hacer el amor nada más que cada cuatro o cinco semanas no le había preocupado, y sin embargo en aquel momento no reconocía su propio cuerpo. Parecía tener vida propia y haberse apoderado de su voluntad y sentido común. Le hacía sentir cosas que no había experimentado hasta entonces, y querer más, mucho más. De repente, Sophy sintió una señal de alarma en el cerebro diciéndole que estaba perdiendo el control de sí misma, un control que había cultivado con esmero durante los veintiocho años de su existencia. Ese pensamiento bastó para hacer que se separara de Andreas rápidamente.

—¡No me toques! —le dijo casi con histerismo, avergonzada de sí misma—. No me he quedado para esto. Me dijiste que escuchara lo que tenías que decirme sobre Theodore. Eso es todo.

Estaba furiosa consigo misma, más que con él, por haberse permitido perder la cabeza de aquel modo. Le parecía increíble lo que casi le había permitido hacer, ni más ni menos que a Andreas Karydis, un hombre al que había conocido hacía solo unas horas.

—Escúchame, Sophy…

—¡No te atrevas a acercarte a mí! —le advirtió, y después el pánico y la confusión le hicieron decir algo imperdonable antes de huir de él —. ¡Eres igual que Theodore y su padre! ¡Forzáis a las mujeres para conseguir lo que queréis!

Tras acusar a Andreas de un acto tan vil, Sophy echó a correr hacia la casa, sin preocuparse siquiera de recoger su ropa. La precipitación hizo que se la cayera el albornoz en su huida. Corría como si la persiguiera el diablo, que era lo que en ese momento le parecía

Andreas.

Para cuando llegó a su habitación, casi sin aliento, ya le había dado tiempo a darse cuenta de que había hecho el ridículo. Se sentó encima de la cama, temblorosa, y recordó cómo había gritado a Andreas, y lo que le había dicho. Se tumbó en la cama y se echó a llorar, preguntándose cómo podía haber sido capaz de acusarlo de ser como Theodore y aquel loco que lo había procreado. Diez minutos más tarde, con los ojos enrojecidos, se obligó a sí misma a salir de aquel pozo de desesperación.

Se dio cuenta con pesar de que tendría que pedir disculpas a Andreas por lo último que le había dicho. Había sido desagradable y cruel con él. Detestándose a sí misma pensó que, al fin y al cabo, había deseado lo sucedido tanto como él, si no más.

—Una ducha me vendrá bien —murmuró para sí mientras se dirigía al cuarto de baño—. Después me tumbaré con un paño húmedo sobre los ojos para que se me baje la hinchazón.

Mientras dejaba que el agua de la ducha le cayera sobre el cuerpo, pensó en cómo había perdido el control, ella que tenía fama en el mundo de la moda de ser una mujer de hielo. No podía creerse que Andreas Karydis la hubiera hecho cambiar tanto en veinticuatro horas.

Mientras descansaba sobre la cama con el paño húmedo tapándole los ojos, Sophy tomó una decisión: al día siguiente llamaría a su secretaria, y le pediría que se pusiera en contacto con la casa de los Karydis diciendo que su presencia era requerida de inmediato en Londres.

Se daba cuenta de que estaba huyendo, pero al fin y al cabo, Jill ya no la necesitaba allí. Parecía llevarse muy bien con Dimitra y Evangelos, así que la llamaría de vez en cuando desde Londres para ver cómo iban las cosas. Nunca había hecho algo así, pero circunstancias extremas exigían medidas extremas. Necesitaba poner todo el espacio que pudiera entre Andreas y ella.

Tras tomar su decisión, Sophy no tardó en quedarse dormida, agotada por toda la agitación emocional que había sufrido aquel día.

Capítulo 5

Al día siguiente, a Sophy la despertó la voz preocupada de su hermana mientras le acariciaba la frente con suavidad.

—Oh, Sophy, ¿aún no se te ha pasado el dolor de cabeza? Deberías habernos dicho antes que te encontrabas tan mal. ¿Quieres que te traiga una aspirina?

Tenía todavía puesto el paño sobre los ojos y se dio cuenta de que ahora el dolor de cabeza le servía de justificación para la hinchazón de los ojos. Sophy se sentó sobre la cama con el paño apoyado sobre una de las sienes y, por la manera en que la miraba Jill, se dio cuenta de que debía presentar un aspecto terrible.

—Me encuentro bien, Jill —le dijo sintiéndose culpable—. De verdad. Estoy segura de que es uno de esos dolores de cabeza causados por el calor y las horas de vuelo. Me daré una ducha, y después bajaré a desayunar contigo, ¿de acuerdo?

—Ya son más de las diez —le dijo Jill señalando el sol que brillaba en el exterior—. Te he traído una bandeja que me ha preparado Christina para ti, pero no tienes por qué darte prisa en levantarte. Quédate en la cama toda la mañana, si quieres. Evangelos y Andreas se han marchado a trabajar y Dimitra ha llevado a Michael a dar un paseo por los terrenos que rodean a la casa, así que estamos las dos solas.

—Muy bien —dijo Sophy.

Al oír el nombre de Andreas no pudo evitar enrojecer, y trató de ocultarse las mejillas con sus sedosos cabellos. Se preguntó cómo iba a volver a afrontarlo.

—¿No es precioso todo esto? —le preguntó Jill. Dejó la bandeja con el desayuno en el regazo de su hermana, y fue a abrir las puertas correderas de cristal que daban al balcón para que entrara el sol en la habitación—. No puedo imaginar siquiera qué pudo pasársele a Theodore por la cabeza para abandonar un lugar como este. Además Dimitra y Evangelos son tan agradables… Andreas también, aunque Theodore y él no se parecen en nada.

El silencio de Sophy debió de ser lo bastante elocuente, porque Jill se volvió a su hermana gemela y le preguntó:

—¿Pasa algo? ¿Qué es lo que pasa? —volvió a preguntar al ver la cara que ponía su hermana.

—Ven y siéntate. Tengo que contarte algo. O mejor aún, sal a la terraza que ahora voy yo. Estaremos más a gusto al sol.

Sophy relató a su hermana la conversación que había sostenido con Andreas, casi palabra por palabra.

—Eso explica muchas cosas —dijo Jill tras quedarse un momento mirando a los campos bañados por el sol que se extendían en la lejanía.

—Creo que sí —respondió Sophy con suavidad.

—Desde luego explica por qué se obsesionó conmigo de aquella manera nada más conocerme, al igual que su padre debió de estarlo con Dimitra. Al principio, supongo que me halagaba que alguien estuviera tan loco por mí, y en aquellos tiempos lo amé mucho.

—¿Y después? —preguntó Sophy con suavidad.

—Me daba miedo —admitió Jill en voz baja mientras se volvía para mirar a su hermana—. No quería que viera a nadie más que a él; pretendía que pensara solo en él; que hablara solo con él. Yo… incluso pensé que estaba celoso de Michael porque le quitaba parte de mi atención. Le daban… le daban ataques de celos hasta cuando hablaba por teléfono con alguien durante demasiado tiempo. Y cuando se ponía así, no había manera de hablar con él. Michael aprendió enseguida a quitarse del medio cuando veía a su padre de aquella manera.

—¿Era violento? —preguntó Sophy, suponiendo que había cosas que su hermana no le estaba diciendo—. Quiero decir que si empleaba la violencia física contigo.

—Al principio no, pero tras el nacimiento de Michael… —Jill se encogió de hombros—. Aprendí a no decir ni hacer nada que pudiera molestarlo.

Sophy se dio cuenta de que sus peores miedos no habían carecido de fundamento, y contempló el rostro de su hermana con cariño.

—¿Por qué no lo abandonaste, Jill? —le preguntó—. ¿O le contaste a alguien lo que te pasaba? A mí, por lo menos.

—Nunca me habría dejado marchar. Si hubiera intentado abandonarlo, todo habría terminado en tragedia. Tú no lo conocías, Sophy. En cuanto a por qué no dije nada… —calló un momento y se quedó mirando los jardines de nuevo—. Por muchas razones, pero sobre todo por temor a lo que pudiera ocurrir si llegara a enterarse. Ya ves, no soy como tú… No soy una luchadora. Nunca lo he sido.

—Yo no me considero una luchadora —dijo Sophy sorprendida.

—Bueno, pues lo eres —le respondió Jill con una sonrisa triste—. Por eso no le caías bien a Theodore. Sabía que eras capaz de hacerle frente.

—¡Oh, Jill! —dijo Sophy, y abrazó a su hermana—. Lamento que tu matrimonio saliera tan mal, pero por lo menos tienes a Michael, y es un chico estupendo.

—Sí, él hace que merezcan la pena todos los momentos malos que

he vivido durante los últimos siete años —dijo Jill con ternura.

Sophy y su hermana estuvieron hablando todavía un rato más, hasta que Jill se marchó a reunirse con Dimitra y Michael. Sophy se quedó muy pensativa en la terraza, preguntándose si tendría hijos alguna vez. Mientras había estado casada con Matthew nunca había sentido la necesidad de tener un hijo. Tal vez la razón hubiera sido que a Matthew la fragilidad de los bebés lo había horrorizado siempre. Ni siquiera había querido ser el padrino del hijo de unos buenos amigos suyos.

Sin embargo, a pesar de tener una impresionante constitución física y un porte de una virilidad agresiva, podía imaginarse perfectamente a Andreas sosteniendo a un bebé en sus brazos con ternura. La verdad era que enseguida se había llevado bien con Michael, y estaba segura de que sería un buen padre. Andreas con su hijo recién nacido en los brazos… Tener un bebé con Andreas Karydis…

El sonido desentonado de lo que le pareció un pavo real la sacó de sus pensamientos. Al darse cuenta de lo que había estado soñando despierta, se puso roja de vergüenza. No sabía lo que le estaba pasando desde que había llegado a aquel país, pero no le gustaba.

Se apresuró a ponerse de pie, y se dirigió al cuarto de baño. Había tomado una decisión: no huiría a Inglaterra como un conejo asustado. Tal vez Jill hubiera tenido razón al llamarla luchadora. Mientras se metía en la ducha, pensó que Andreas Karydis era un hombre como cualquier otro. Cuando lo volviera a ver le pediría perdón fríamente por las últimas palabras que le había dicho la noche anterior, y le dejaría claro que no tenía ni la más mínima intención de volver a repetir la experiencia que había causado su ataque de ira.

Después de una comida abundante al aire libre, las tres mujeres y Michael pasaron la tarde al lado de la piscina. Dimitra y Jill habían insistido en ello diciendo que, después de la noche tan mala que había pasado, Sophy debía tomarse el día con tranquilidad. Su intranquilidad la había hecho sentirse culpable, pero la alegría de su sobrino, que se lo estaba pasando en grande, había aliviado su mala conciencia un poco.

A media tarde, tras darse un par de chapuzones en la piscina, Sophy se puso una camisa blanca de algodón, a juego con una falda larga del mismo color. A pesar de haber permanecido en todo momento a la sombra, se estaba poniendo roja, lo que le dio una buena excusa para cubrirse. Pero la realidad era que temía que Andreas pudiera pasarse por allí antes de irse a su casa, y quería que encontrara a una mujer lo más diferente posible de la que había visto la noche anterior en la piscina.

Se tendió en una de las tumbonas, y contempló a Dimitra y Michael jugando en la parte que menos cubría de la piscina. Jill estaba

tumbada a su lado completamente dormida.

Aunque no recordaba ni haber cerrado los ojos, la falta de sueño le debió de jugar una mala pasada porque, de repente, se encontró despertando de un sueño profundo, y vio que el sol ya estaba poniéndose, y era Andreas Karydis y no su hermana quien estaba sentado a su lado.

Al verlo, se sentó de golpe en la tumbona, y se dio cuenta de que Andreas la miraba muy serio.

—Debo… debo de haberme quedado dormida —dijo, todavía soñolienta—. ¿Qué… Dónde están Jill y Michael?

—Son las siete. Michael ya ha cenado y su madre lo está acostando.

Andreas debía de acabar de regresar del trabajo, porque todavía vestía de traje, aunque llevaba la camisa desabrochada dejando a la vista su cuello musculoso y bronceado. Sus ojos grises parecían casi negros en aquel momento, y le brillaban un poco, delatando algún tipo de emoción. Sophy pensó que, sin duda, se trataba de la ira que sentía hacia ella después de lo ocurrido la noche anterior.

—Quiero pedirte disculpas por lo de anoche —dijo Sophy sin pensárselo dos veces—. Fui muy injusta al decir que te pareces a Theodore. No tenéis nada que ver el uno con el otro.

En un principio, Andreas no pronunció palabra, después estiró las piernas y se limitó a decir:

—Gracias. No discutiré contigo.

A Sophy no le pasó desapercibida la sequedad con que le había hablado, pero se sintió aliviada al ver que no se lo ponía más difícil.

—Anoche —dijo Sophy tratando de aparentar tranquilidad—, estaba demasiado cansada como para pensar con coherencia.

—Ya —le dijo mientras paseaba su mirada por los dorados cabellos y el cutis un poco sonrosado por el sol de Sophy que, al darse cuenta, no pudo evitar sonrojarse—. Pues yo no estaba cansado anoche y nada me impedía pensar con coherencia. Quería besarte. Había estado deseando averiguar cómo sabían tus labios desde el momento en que te vi en el aeropuerto.

Sophy se quedó mirándolo, y se puso de inmediato a la defensiva.

—Mira, Andreas, yo he venido solo para hacer compañía a Jill —dijo Sophy, aliviada al notar que su voz sonaba más firme de lo que esperaba.

Andreas la miró con dureza.

—¿Debo entender que tratas de informarme de que no piensas repetir lo de anoche?

—Así es. Lo siento —dijo aliviada de ver lo fácil que le había resultado decírselo.

Andreas la miró con incredulidad.

—No lo sientes en absoluto —le dijo con suavidad—. Llevas

luchando contra mí desde el principio.

—En absoluto —le dijo cuidadosamente—. Admito que no nos llevamos bien, pero la vida es así.

—¡Eso de que no nos llevamos bien lo dirás tú! —exclamó Andreas, enderezándose en la tumbona—. ¿No te das cuenta de la química que existe entre nosotros? El problema no es que nuestros cuerpos no se lleven bien, sino que se llevan demasiado bien, y tu mente no es capaz de asimilarlo. Tu cuerpo, Sophy, sabe muy bien lo que quiere.

Sophy no podía creerse que estuviera allí sentado, diciéndole aquellas cosas con tanta tranquilidad. Se quedó mirándolo con el cuerpo muy tenso y cara de ofendida.

—Eso es ridículo —le dijo con frialdad—. Y tú lo sabes.

—No —le rebatió Andreas—. Es la verdad, te guste o no.

—Pues no me gusta —le replicó airada—. Como tampoco me gusta que pienses que soy el tipo de mujer que anda por ahí acostándose con cualquiera.

—¿Crees que porque te besé he asumido que tú te acuestas con cualquiera? —le preguntó Andreas sin dar crédito a lo que oía.

—No… Sí. Quiero decir…. —balbuceó Sophy. Aquel hombre la confundía—. No quiero hablar de este tema —le dijo y se puso de pie, dispuesta a marcharse y así no perder la poca dignidad que le quedaba —. Voy a arreglarme para la cena. Adiós, Andreas.

—Me han pedido que me quede a cenar —dijo él con una docilidad que resultaba sospechosa—. ¿Te parece bien?

—Esta es la casa de tus padres —le respondió Sophy muy estirada —. Ni se me ocurriría siquiera sugerir que no te quedaras. Debes hacer lo que te plazca.

—Gracias, Sophy —le dijo sin disimular demasiado cuánto le divertía aquello.

Andreas se levantó también y, al notar su mano en el codo, Sophy respiró profundamente y se obligó a sí misma a no mostrar reacción alguna ante el roce de aquella mano mientras caminaban hacia la casa, aunque su contacto le estuviera produciendo un hormigueo que le recorría todo el cuerpo.

—Tengo tu ropa en el coche —le dijo Andreas con suavidad, sin mirarla mientras seguían andando—. No me pareció discreto dejarla en la piscina para no dar que pensar a los demás, teniendo en cuenta lo pronto que te habías levantado de la mesa, pero no me atreví a devolvértela anoche para no… molestarte.

A Sophy no le pasó desapercibida la ironía de sus palabras.

—Gracias —le respondió con frialdad.

—Ha sido un placer —contestó él con suavidad—. Por cierto, regresaré a mi casa después de cenar, así que si te apetece darte otro chapuzón esta noche, no dejes de hacerlo por mi causa.

—No lo haré, te lo aseguro —le dijo Sophy con una brusquedad que hizo levantar las cejas a Andreas en silencioso reproche.

Sophy se estaba aplicando los últimos toques de maquillaje cuando oyó que llamaban a la puerta de su habitación. Pensó que su hermana había ido a meterle prisa para que bajara, y gritó alegremente:

—¡Ya estoy lista, no te preocupes!

Se levantó, y al abrir la puerta, se encontró a Andreas apoyado en la pared de enfrente. A pesar de que la noche anterior ya lo había visto en esmoquin, volvió a impresionarla ver aquel cuerpo musculoso vestido con tanta elegancia. Tuvo que tomar aire un par de veces antes de poder pronunciar palabra.

—Oh, lo siento. Creí que eras Jill que venía a decirme que me diera prisa —le dijo Sophy mientras notaba cómo le ardían las mejillas.

—Tómate el tiempo que quieras —se irguió y recogió una bolsa del suelo—. Tu ropa —le dijo con cierta sorna.

Su piel bronceada y sus cabellos negros contrastaban con el color crema de la pared. Desprendía virilidad por todos los poros de su piel.

—Gracias —le dijo Sophy, enfadada consigo misma por el efecto que producía en sus sentidos—. Ya estoy lista.

Sophy dejó la bolsa que le había dado Andreas sobre una silla y, cuando se dio la vuelta, vio que estaba apoyado en el marco de la puerta. Sus ojos grises recorrieron sin prisa el cuello de Sophy, de pie a su lado con el vestido de cóctel azul claro que había escogido para la cena de aquella noche. Algo en la mirada masculina hizo que a la joven casi le costara hablar.

—¿No parecerá un poco raro que bajemos juntos? Esperaré uno o dos minutos, si quieres —sugirió.

—No quiero —le respondió Andreas. No había hostilidad en su voz, sino acaso esa sensualidad que había perturbado los sueños de Sophy la noche anterior.

—Pero podrían preguntarse…

—Sophy, mis padres y Jill tienen cosas más importantes de qué preocuparse como para que les sorprenda tanto que dos personas entren juntas en el comedor —le dijo con paciencia, haciéndola sentirse como una idiota.

Sophy asintió torpemente, y se preguntó cómo se las arreglaría Andreas Karydis para hacerla sentir siempre como una adolescente. Nada más mirarlo parecía perder por completo todo el sentido común.

Decidida a recuperar el control de sí misma, tomó su bolso de seda a juego con el vestido, y se unió a Andreas en el descansillo.

Mientras bajaban las escaleras, Sophy no pudo evitar contemplar un momento su boca sensual. El recuerdo del beso que se habían dado la

noche anterior no la había abandonado en todo el día, por más que la molestara admitirlo.

Todavía podía sentir lo que había experimentado apretada a aquel cuerpo musculoso. Incluso en aquel momento, su cercanía le producía un hormigueo que le recorría el cuerpo. Sin embargo ella a él no parecía producirle el mismo efecto, a pesar de que la noche anterior, al lado de la piscina, había admitido que se daba cuenta, igual que ella, de la poderosa química sexual que existía entre ambos.

Mientras Sophy trataba de esbozar una sonrisa que no delatara su estado de nervios ante los demás cuando estaban llegando, la única explicación que encontró fue que Andreas podía controlar mejor que ella sus emociones.

La cena fue tan buena como la de la noche anterior, y la conversación aún mejor, porque Jill tenía ya más confianza en sí misma. Christina era una cocinera excelente. Todos los platos que sirvió en la mesa eran de cocina griega y, por tanto, completamente nuevos para Sophy, pero todos le parecieron deliciosos. Dimitra fue explicando cada uno de los platos con su dulce voz, dando todos sus ingredientes y su nombre griego, así como el modo en que se cocinaban.

La especialidad de Evangelos era el vino, y por lo menos se sirvieron tres variedades diferentes, tanto de tinto como de blanco, durante la cena, antes de que Christina sirviera el café y el licor.

Sophy estaba impresionada por el estilo de vida de la familia de Theodore, lleno de lujo y opulencia. Sin embargo, ni todo el dinero del mundo había proporcionado a Evangelos la posibilidad de hacer lo que más deseaba en la vida… impedir que la mujer que amaba volviera a sufrir.

El aire era más cálido y húmedo que la noche anterior, así que todo el mundo estuvo de acuerdo cuando Dimitra sugirió que tomaran el café en el patio, donde corría una ligera brisa.

La brisa fresca y el aroma de las rosas trepadoras que cubrían toda la parte posterior de la casa hicieron maravillas en los nervios de Sophy, que se sintió más relajada mientras saboreaba su café y escuchaba charlar a los otros.

Christina acababa de llegar para servirles otro café cuando Jill dijo:

—Voy a echar un vistazo a Michael antes de tomarme el mío —y volviéndose a Dimitra añadió—: ¿quieres venir conmigo?

La noche anterior Dimitra había acompañado también a su nuera, y a Jill la había impresionado ver a la anciana contemplando ensimismada a su nieto dormido.

Cuando las dos mujeres se levantaron, Evangelos también se puso en pie, y dijo en voz baja a su hijo:

—Iré ahora a hacer esa llamada a Athos para confirmar las fechas

de embarque. No tardaré.

Y antes de que pudiera darse cuenta, Sophy se encontró a solas con Andreas en la cálida y perfumada noche.

—Relájate, Sophy. No voy a saltar encima de ti, si es eso lo que estás pensando —le dijo Andreas con suavidad.

Sophy cometió el error de volverse hacia él, y el sarcasmo que vio en su mirada la hizo ser consciente de cuánto estaba disfrutando con su confusión.

—No seas ridículo —le dijo muy digna, deseando con todas sus fuerzas que se le ocurriera una réplica contundente que lo pusiera en su sitio.

—No me digas que por un simple beso vas a odiarme eternamente —le dijo en voz baja.

Sophy pensó que, dicho de aquel modo, el hecho no parecía tener la menor importancia, pero los dos sabían muy bien que cuando sus labios se habían unido habían saltado chispas. Si ella no se hubiera apartado, quién sabía lo que podría haber sucedido en la perfumada oscuridad de la piscina.

—Estás decidida a no ablandarte, ¿verdad? Me has adjudicado el papel de mujeriego, y te resulta más fácil no saber la verdad.

—¿La verdad? —le preguntó Sophy con desconfianza.

—Esa verdad de la que tu cuerpo fue consciente desde que nos vimos por primera vez… que somos compatibles sexualmente de un modo en que pocas parejas lo son —le dijo, y la miró cómo si la desafiara a negarlo.

—Nosotros no somos pareja —le dijo, consciente de que tenía las mejillas ardiendo—. Y no sé cómo puedes decir eso cuando ni siquiera nos hemos… —se detuvo un momento antes de terminar—… acostado.

—Estoy dispuesto a probar mi teoría cuando quieras —le respondió Andreas con una sonrisa burlona en los labios mientras se echaba hacia atrás en su silla y cruzaba las piernas.

Sophy apretó los dientes.

—Muy amable, pero si no te importa declino tu generosa oferta.

Su hermoso rostro se iluminó con una sonrisa que le suavizó las facciones, y a Sophy no le gustó la sensación casi abrumadora que le produjo.

De repente, se sentó en la silla que había dejado vacía Dimitra al lado de la de ella, y la miró fijamente sin sonreír.

—Tienes unos ojos preciosos, ¿lo sabías? Son de un violeta más profundo que los de Jill. Y tu pelo es también más claro, casi plateado. La verdad es que no os parecéis tanto, después de todo.

Lo tenía demasiado cerca como para no sentirse atrapada por su aura viril, así que tuvo que hacer un esfuerzo para que le salieran las

palabras.

—¿Entonces no hay peligro de que se nos confunda? —le preguntó, tratando de apartar sus ojos de los de Andreas.

—Ninguno —le dijo, tomando una de las manos de Sophy, como si tuviera todo el derecho de hacerlo. Y cuando ella trató de apartarla, Andreas la retuvo y se aseguró de que no iba a retirarla acariciándosela con la otra—. Tienes una piel sedosa, casi transparente —susurró, y antes de que ella pudiera darse cuenta, se llevó la palma de la mano de Sophy a los labios y la besó suavemente.

Sophy sintió como si una descarga eléctrica le recorriera el brazo, y lo apartó bruscamente. Esta vez, Andreas la dejó hacerlo y se acomodó mejor en la silla de Dimitra, observando el rostro ruborizado de la joven con los ojos entrecerrados.

—Ven mañana a cenar conmigo —dijo de repente, como si el resto de la conversación no hubiera tenido lugar nunca—. Solo tú y yo. Conozco un pequeño restaurante al lado del mar que te encantará.

Sophy se preguntó si estaría loco, y se quedó mirándolo confusa.

—No, gracias.

—¿Por qué no? —le preguntó Andreas de inmediato.

—¡Simplemente no quiero! ¿De acuerdo? —le contestó, mirándolo desafiante.

—Esa respuesta no me vale. ¿Acaso me tienes miedo? ¿Crees que voy a aprovecharme de ti? ¿O tal vez es que estás asustada de ti misma?

Había dado en el clavo, pero Sophy se habría dejado torturar antes de admitirlo.

—He venido para acompañar a Jill, como tú bien sabes, y no para andar por ahí con cualquiera.

—¿Pretendes hacerme creer que no me vas a acompañar mañana a cenar por tu sentido de la responsabilidad hacia Jill? ¿Es eso? —le preguntó, aunque su expresión mostraba claramente lo que pensaba al respecto.

Sophy se quedó mirándolo, pero se libró de la vergüenza de tenerle que contestar, porque en ese momento entraron los otros. Evangelos llevaba en la mano otra botella de licor.

—Esta es una noche para beber mientras arreglamos el mundo. ¿No os parece? —dijo el anciano alegremente.

—Lo siento pero no —dijo Andreas, y se levantó sonriente—. Tengo que examinar unos papeles en casa, y Paul lleva ya un rato esperando fuera. Le había dicho que nos marcharíamos a las diez y media.

—¿Tanto trabajo y tan poca diversión? —dijo Dimitra a su hijo con una sonrisa.

—Nunca me he caracterizado por pecar de eso —respondió secamente—. Más bien parece propio de Sophy. ¿Sabéis que no quiere

cenar conmigo en Pallini, porque dice que ha venido a Grecia solo para acompañar a Jill?

Sophy no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Aquel hombre era un gusano. Los demás empezaron a decirle a coro que, por supuesto, debía ir y pasárselo bien, y no supo cómo negarse.

—No tienes por qué quedarte a hacerme compañía, Sophy —le dijo Jill con toda sinceridad—. Lo sabes muy bien.

—Por favor, Sophy, no queremos que pienses que estás aquí solo en calidad de acompañante. Si quieres quedarte, estaremos encantados de disfrutar de tu compañía, pero eres totalmente libre de salir a divertirte. Te prometemos cuidar de Jill.

Solo Evangelos permaneció en silencio, observando a su hijo.

—¿Ves, Sophy? —dijo Andreas con una sonrisa—, también tú estás aquí de vacaciones, y me harías un gran honor si me permitieras mostrarte una pequeña parte de la Grecia auténtica durante tu estancia, empezando mañana mismo por la noche.

Sophy se dio cuenta de que Andreas la había puesto contra la pared, y no le quedaba más remedio que aceptar su invitación para no crear tensiones y disgustar a los demás. Luchando para que no se le notara lo furiosa que estaba, Sophy pensó que Andreas era el hombre más astuto y falso que había conocido en su vida.

Y la prueba más flagrante de ello la tuvo cuando lo vio volverse hacia Jill y decirle con dulzura:

—Por supuesto tú también estás invitada, aunque supongo que preferirás quedarte en casa por si Michael se despierta y te reclama.

—Desde luego —se apresuró a decir Jill, tal y como Andreas había previsto.

Sophy se agachó como si fuera a abrocharse las sandalias para que no se le notara en la cara los esfuerzos que estaba haciendo para no ponerse a gritar. ¿Quién se creía que era para manipular a la gente de aquel modo? Sin duda se consideraba muy listo. Tardó más de treinta segundos en recuperar la calma y volverse a incorporar.

—¿Cuándo quieres que esté lista? —inquirió Sophy sin poder evitar que su voz sonara un poco cortante.

—¿Te parece bien las siete? —le preguntó él con tranquilidad, desplegando todo su encanto—. Por cierto a Pallini se va elegante pero informal. A no ser que desees ir a un sitio más formal.

—Pallini estará bien —le respondió Sophy mientras se preguntaba cómo reaccionaría si le tirara a la cara el café que el quedaba en la taza.

—Entonces, hasta mañana.

Sonrió a Sophy; se despidió de los otros haciendo un gesto con la cabeza; besó a su madre en la frente, y después se marchó dejando a Sophy medio conmocionada mientras escuchaba la conversación de

los otros.

Le oyó marcharse y pensó furiosa que, aunque hubiera conseguido que saliera a cenar con él la noche siguiente, aquello sería todo. Que no pensara que iba a tenerla comiendo de su mano como el resto de la gente, porque le esperaba una buena sorpresa. De repente, algo le hizo levantar la cabeza, y se encontró con la mirada pensativa de Evangelos.

Sophy esbozó una sonrisa, y se esforzó por hacer un cumplido a la belleza de los jardines. Evangelos dejó entonces de observarla, y volvió a transformarse en un atento anfitrión.

Pero una hora más tarde, cuando ya se estaban retirando, el padre de Andreas dejó que Dimitra y Jill se adelantaran.

—Te ha molestado —le dijo Evangelos en voz baja, y no hizo falta que especificara a quién se refería.

Por un momento, Sophy se sintió tentada a mentir, pero la mirada honesta de Evangelos la disuadió.

—Sí —se limitó a decir.

—¿No quieres ir a cenar con Andreas? —le preguntó sin mostrarse disgustado, simplemente algo sorprendido—. Creo que te lo pasarías bien en Pallini.

Sophy pensó un momento en lo que acababa de preguntarle el padre de Andreas. Por un lado, la idea la atraía mucho, pero le parecía tan peligroso salir con Andreas a cenar que se ponía nerviosa solo de pensarlo. Pero, por otro lado, no podía perdonarle que la hubiera manipulado del modo en que lo había hecho.

—En asuntos como ese, me gusta tomar mis propias decisiones —afirmó Sophy, consciente de que estaba evitando dar una respuesta directa.

—Sé lo persistente que puede ser Andreas cuando se le mete algo en la cabeza —dijo Evangelos como disculpándose.

Sophy pensó que la palabra persistente se quedaba corta para definirle. La expresión de su rostro debió delatarla, porque Evangelos se echó a reír.

—No le vendría mal a Andreas encontrarse con que, por una vez, no se doblegan a su voluntad —dijo Evangelos—. Está acostumbrado… —se detuvo de repente, y después dijo—: perdóname, Sophy, ¿puedo hablarte francamente?

Sophy asintió con la cabeza, y el anciano continuó.

—Mi hijo está acostumbrado a ser el perseguido más que el perseguidor, ¿entiendes lo que quiero decir? Es rico y guapo, una combinación que parece ejercer una atracción irresistible en la mayoría de las mujeres.

Sophy se quedó mirando a Evangelos, sin saber si el padre de Andreas estaba advirtiéndole sobre su hijo o todo lo contrario.

—Eso no es bueno para alguien con un carácter como el de Andreas —continuó el anciano tras una pausa—, porque produce en él un sentimiento de desdén hacia esas mujeres. Es un hombre muy inteligente y se cansa de que le digan lo que sabe que la mujer en cuestión imagina que desea oír.

Sophy asintió. Podía entender que la riqueza y los privilegios trajeran también sus propios problemas.

—No entiendo por qué me estás diciendo todo esto —le dijo Sophy con el ceño fruncido—. No tengo ni la más mínima intención de contribuir a engordar el ego de Andreas —afirmó Sophy, y tuvo que hacer un esfuerzo para no añadir que no lo haría ni aunque fuera el único hombre que hubiera sobre la faz de la tierra.

—Lo sé, querida —le dijo dándole un golpecito paternal en la espalda—. Solo trato de explicarte por qué ha tenido tan poco… tacto esta noche.

—Muy bien —dijo Sophy, aunque sin entender adónde quería llegar Evangelos con aquello.

—Una cosa más, Sophy —dijo el anciano al ver que la joven hacía amago de irse—. A Andreas también lo han herido y decepcionado, lo que unido a lo que ya te he dicho, produce un cinismo que no me gusta ver en él. Es un buen hombre, Sophy, pero un poco complicado.

Sophy pensó que toda la familia le parecía complicada. Tanto como para hacerle desear no haber acompañado nunca a su hermana. Se esforzó por esbozar una sonrisa, y dijo en voz baja:

—Mi madre solía decir… —Sophy se detuvo, dudando si seguir adelante. Después de todo, se trataba del padre de Andreas.

—¿Sí? —le preguntó Evangelos—. ¿Qué decía tu madre?

—Decía que los hombres solo se comportaban como eran de verdad con los niños o los animales de compañía. En su relación con los demás adultos siempre levantaban una barrera de protección.

—¿Tú lo crees así? —le preguntó Evangelos mirándola fijamente.

Sophy se encogió de hombros, sintiéndose un poco incómoda por estar contando cosas demasiado personales.

—No lo sé. Mi padre abandonó a mi madre al poco tiempo de nacer mi hermana y yo, así que para ella fue así tras la marcha de su marido. Imagino que es así también para un tanto por ciento de gente.

—Pues es muy triste —dijo Evangelos—. Por lo que a mí respecta, puedo asegurarte que soy yo mismo por completo con Dimitra, y creo que ella conmigo. Lo sabe todo de mí, tanto lo bueno como lo malo —le dijo con una sonrisa para aligerar un poco la profundidad de la conversación.

—Sois muy afortunados —afirmó Sophy, devolviéndole la sonrisa.

—Muchas veces la suerte se la forja uno mismo —murmuró Evangelos—. Estamos en una época en que se buscan las

gratificaciones inmediatas, pero las relaciones que merecen la pena no funcionan si no se trabaja en ellas constantemente. Ni siquiera las mejores.

Sophy se quedó mirándolo, y Evangelos se limitó a llevarla del brazo a donde estaban esperando los demás sin volver a pronunciar palabra.

Más tarde, tumbada a oscuras sobre la cama, Sophy se sintió más confusa y nerviosa que nunca. Nada parecía ir bien, pero no sabía a ciencia cierta lo que estaba preocupándola tanto.

Capítulo 6

Sophy no durmió bien. Se pasó la noche soñando cosas que no recordaba pero que la hicieron despertarse temprano cansada y alterada.

Aquella mañana, Evangelos acompañó a Jill y Dimitra de compras, y ella se ofreció a quedarse con Michael en la piscina. Como no regresaban a comer, Christina organizó una pequeña barbacoa al lado de la piscina, que tanto Sophy como su sobrino disfrutaron mucho.

Después de comer, Sophy no quería que su sobrino se metiera en el agua hasta pasada al menos una hora y media, así que lo persuadió para que se echara la siesta, tapado con una toalla, sobre una de las hamacas a la sombra de un árbol.

Poco a poco, a lo largo de la mañana, Sophy había ido relajándose gracias a la inocente compañía de su sobrino y, mientras se tomaba un delicioso granizado de limón, vigilando el sueño del niño, se sintió en paz por primera vez desde que estaba en Grecia.

Cuando llegaron los demás, tuvieron que despertarlos a los dos, y pasaron una tarde muy agradable tomando granizados y charlando mientras disfrutaban viendo lo bien que se lo pasaba Michael jugando en la piscina con un flotador con forma de ballena que le había llevado Evangelos.

La tarde transcurrió de forma muy agradable y relajada, así que cuando todos se retiraron a sus habitaciones para descansar un poco y cambiarse para la cena, Sophy se sorprendió a sí misma entonando una melodía mientras entraba en su habitación bañada por el sol.

Se dijo a sí misma que si se había sentido mal hasta entonces había sido simplemente por cansancio. Estaba llenando la bañera para darse un baño cuando Ainka tocó a su puerta para decirle que la llamaban por teléfono.

Un extraño sentimiento de pánico la invadió al pensar que se trataba de su secretaria para decirle que la reclamaban en Inglaterra por un asunto urgente de trabajo.

—¡Hola, Sophy!

Aquella voz tan sensual solo podía pertenecer a un hombre en la tierra, y de repente sintió que toda la sangre de su cuerpo le golpeaba en las sienes. Se pasó la lengua por los labios resecos antes de responder.

—¿Andreas? —preguntó como si no estuviera segura de que fuera él. No quería alimentar más su ego.

—Solo te llamo para preguntarte si todavía te viene bien quedar a las siete.

—Sí, las siete está bien —le respondió, deseando con todas sus fuerzas que no se oyeran los latidos de su corazón a través del teléfono. De repente, toda la tranquilidad de la que había disfrutado aquella tarde se había desvanecido por completo.

—Muy bien. Te veré un poco más tarde entonces.

Sophy se quedó un momento parada con el auricular en la mano, hasta que el ruido del agua de la bañera la sacó de sus pensamientos. De repente, la noche se presentaba delante de ella con la amenaza de ser un completo desastre. Mientras se quitaba el bañador no hacía más que darle vueltas a las cosas. Debería haber dicho que estaba cansada, enferma, cualquier cosa.

Intentó tranquilizarse a sí misma diciéndose que lo mantendría a distancia con fría y razonable cortesía. Le demostraría que podía controlar perfectamente la química que había entre ellos, que no la afectaba tanto su presencia.

A las siete menos diez ya se había cambiado tres veces. El primer vestido le pareció demasiado provocativo, el segundo demasiado austero, y el color del tercero no le sentaba bien a la cara.

Por fin escogió un top con tirantes de color chocolate de lentejuelas, que le pareció que le quedaba muy bien con unos vaqueros y unas sandalias de tacón. Después se recogió el cabello en un moño informal, dejándose sueltos algunos mechones sobre la cara. Como su rostro, ligeramente bronceado por el sol, tenía un color estupendo solo necesitó un poco de sombra y rímel en los ojos y un toque de brillo en los labios.

—¿Pensará que me he pasado mucho tiempo arreglándome para él? —murmuró delante del espejo—. ¿Me habré pasado o no estaré lo bastante elegante? ¿Y esas mujeres que lo persiguen? ¿Cómo vestirán ellas? Sin duda con ropa de diseño.

Se mordió el labio al darse cuenta de lo histérica que se estaba poniendo, y se dijo a sí misma que debía tranquilizarse porque no tenía por qué competir con nadie, sobre todo tratándose de Andreas Karydis.

Estaba segura de que él no estaba nervioso por la cita. Al recordar su impactante virilidad, y la facilidad con que la había besado, con que se había apoderado de su voluntad, Sophy sintió que el corazón comenzaba a latirle apresuradamente. Cuando Jill llamó a la puerta y le dijo que Andreas la estaba esperando, casi se sintió aliviada de que la espera hubiera terminado y el momento tan temido hubiera llegado.

—Estás muy guapa, Sophy —le dijo su hermana.

Evangelos les había dicho que el restaurante Pallini era muy popular entre la juventud y que, además de una cocina excelente,

tenía una pista de baile.

—¿Estás segura? ¿Cómo va Andreas? —preguntó Sophy nerviosa por no saber si estaba vestida adecuadamente para aquel restaurante.

—Elegante pero informal, como tú —le respondió su hermana, que nunca había sido muy observadora.

Cuando Sophy entró en el salón, minutos más tarde, se dijo a sí misma que Andreas estaba verdaderamente explosivo con aquellos pantalones negros de diseño y aquella camisa azul cobalto, que le sentaba como un guante a su cuerpo musculoso.

—Buenas noches, Sophy —la saludó Andreas dejando la compañía de su padre para avanzar hacia ella—. Estás muy guapa —añadió con admiración.

—Gracias —le respondió ella, consciente de estar ruborizándose.

—¿Nos vamos entonces?

Nada más decirlo, Andreas se dio la vuelta e hizo un gesto de despedida con la mano a los otros, que estaban tratando sin mucho éxito de disimular el interés que les suscitaba aquella cita.

Turbada por su presencia, Sophy siguió a Andreas hasta la limusina y, tras sonreír al impasible Paul, se subió a la parte trasera. Al entrar Andreas, el embriagador aroma de su loción para después del afeitado invadió sus sentidos.

—Pallini no está lejos —le dijo él mientras se acomodaba a su lado.

Sophy se estremeció al notar el roce de su muslo, y trató de recuperar el control desesperadamente. Tenía que conseguir a toda costa que aquel hombre no se diera cuenta del efecto que ejercía sobre ella.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Andreas tras unos minutos, cuando ya habían tomado la carretera principal.

—No mucha. Christina nos preparó una barbacoa para comer, y cometí el error de terminar todo lo que iba dejando Michael, además de lo mío.

—Me alegro —le dijo Andreas con una sonrisa que dulcificó su rostro—, porque he reservado mesa en Pallini para las nueve. Pensé que, como hacía tan buena tarde, podíamos darnos primero un paseo por la playa.

—Muy bien —respondió Sophy, aunque con desconfianza. Ese sentimiento se intensificó cuando Andreas tomó su mano.

—Voy a tomarte la mano, Sophy —le dijo con una media sonrisa al ver la cara de sorpresa que ponía ella—. Prefiero decírtelo claramente. Es probable que lo haga en la playa también, y que te lleve agarrada del hombro, como hacen un hombre y una mujer cuando salen juntos. Así que por favor, relájate y piensa que tienes una cita.

—¿Una cita? —le preguntó horrorizada—. ¿Cómo va a tratarse de una cita si eres el hermano de Theodore?

—Hermanastro —le corrigió Andreas—. Y que yo sepa eso no implica que no podamos salir juntos. Te guste o no esto es una cita y, si te relajas, estoy seguro de que hasta te lo puedes pasar bien.

—¿Quieres decir pasármelo bien contigo? —le preguntó sin pensar.

Andreas sonrió sin tomárselo a mal.

—Exactamente —se limitó a decir secamente—. Y no esperes que me vaya a disculpar por sugerir algo tan vergonzoso. Se supone que la mujer es la compañera del hombre.

Sophy trató de esbozar una sonrisa al darse cuenta de que le estaba tomando el pelo.

Tras pasar por un típico pueblecito empedrado de pequeñas plazas y casas llenas de flores, se desviaron por un camino hasta llegar a una playa de aguas color turquesa y arena blanca. Allí estaba emplazado el restaurante Pallini, una amplia casa de madera de una sola planta con un mirador pintado de color blanco. A un lado había unos enormes barriles de madera, y toda la parte delantera estaba decorada con redes de pescadores y todo tipo de caparazones de animales marinos y trozos de madera que las olas habían depositado en la playa.

La gente estaba sentada en el mirador, en el interior del restaurante, así como en las mesas y sillas que había en la arena de la playa, delante y a ambos lados del restaurante. Unas suave música de fondo se mezclaba con las conversaciones y las risas.

Las olas rompían suavemente en la orilla, y algún pájaro se mezclaba con los pocos humanos que disfrutaban de un paseo por la playa en la calidez de la tarde.

—¡Qué lugar tan especial! —dijo Sophy cuando ya Paul se había marchado, consciente de que la mirada de Andreas no se había apartado de su rostro un momento mientras ella observaba el ambiente relajado que la rodeaba—. Y parece tener mucha aceptación.

Andreas asintió y, tras tomarla de la mano, avanzaron hacia la entrada.

—Pertenece a un amigo mío de familia acomodada. Su padre estaba desesperado porque Nick no parecía tener interés en labrarse un futuro, hasta que conoció a Iona, se enamoró de ella y montaron juntos este restaurante hace diez años. Fue un éxito desde el primer día.

—Está claro que el amor de una buena mujer puede obrar maravillas —dijo Sophy burlona mientras se quitaba las sandalias para sentir la caricia de la arena en los pies.

—Obviamente —se limitó a responder Andreas.

—¿Viven aquí?

—Solo durante el verano. Tienen una hermosa casa donde pasan el invierno.

—¡Qué estilo de vida tan idílico!

—Lo es en muchos aspectos. El restaurante solo da cenas. No querían que el trabajo les robara demasiado tiempo de estar juntos. Ahora tienen una legión de camareros que les hace el trabajo. Pero el dinero no puede comprarlo todo.

Sophy enarcó una ceja, sorprendida de que Andreas se hubiera puesto tan serio de repente.

—Iona no puede tener hijos —le dijo cuando ya estaban en el mirador—. Ven, te voy a presentar a Iona y Nick. Después caminaremos un poco por la playa para que se te despierte el apetito.

A Sophy no le dio tiempo a replicar porque, de repente, oyó un grito procedente del interior del restaurante y, segundos después, apareció una mujer delgada con un hermoso pelo castaño que le llegaba por la cintura.

—¡Oh, Andreas! —exclamó echándose en los brazos de Andreas—. ¡Cómo me alegro de volverte a ver! Eres muy muy malo. Hacía meses que no venías por aquí.

—No seas exagerada, Iona —dijo un hombre delgado de pelo lacio que salió detrás de ella. Miró a Sophy y le tendió la mano—. Tú debes de ser Sophy. Yo me llamo Nick, y la que está pegada como una lapa a Andreas es Iona, mi mujer.

Después de charlar un rato con ellos, Sophy pensó que los amigos de Andreas serían el tipo de personas al que, en otras circunstancias, le habría gustado conocer más. Eran muy amables, y daba gusto ver cuánto se querían.

—Dame una botella de vino y dos copas —dijo Andreas—. Vamos a caminar un poco por la playa, pero estaremos de vuelta para las nueve.

—Son muy agradables —dijo Sophy cuando, tras dejar sus sandalias al cuidado de Iona, empezó a caminar por la playa con Andreas—. Supongo que no han hablado en griego para que pudiera entenderlos yo.

—Sí, son fantásticos, y querían que te sintieras a gusto —afirmó Andreas.

Sophy se había dado cuenta de lo diferente que era Andreas con sus amigos. Se había mostrado tan accesible, tan relajado y dulce, que le resultaba aún más peligroso por lo atractivo que lo encontraba.

Poco a poco, fueron dejando atrás el ruido de la música y las conversaciones procedentes del restaurante.

Andreas, que la había tomado de la mano y llevaba en la otra la botella y las copas, guardó silencio durante al menos un cuarto de hora mientras paseaban.

Sophy se deleitó con la belleza del paisaje que la rodeaba mientras paseaban por la playa desierta, y decidió dejar la mente en blanco, porque sabía que, si se ponía a pensar en lo a gusto que se encontraba

en aquel momento con Andreas, el pánico se apoderaría de ella.

—Aquí —dijo de repente Andreas señalando una roca que parecía cómoda—. Este es un lugar perfecto para que nos sentemos a tomar una copa de vino mientras nos contamos nuestras vidas.

Sophy se quedó mirándolo.

—No recordaba que eso formara parte de lo pactado para esta noche.

—¿De qué quieres hablar entonces? —le preguntó Andreas con una sonrisa—. Tú eliges.

—Háblame de Grecia —le dijo devolviéndole la sonrisa.

Andreas le dirigió una mirada burlona, y se puso a servir dos copas de vino, una de las cuales entregó a Sophy.

—Para conocer cosas de Grecia, podrías leer una guía turística.

Mientras contemplaba la puesta de sol, Sophy bebió varios sorbos del estupendo vino que le había servido Andreas antes de responder.

—Muy bien, entonces háblame de tu trabajo. ¿Cómo es uno de tus típicos días laborables? A todos los hombres les gusta hablar de su trabajo, ¿no es así?

—¿Cuando están en compañía de una mujer hermosa? —le preguntó Andreas, mostrando un evidente desagrado—. Me parece que te has relacionado con el tipo de hombre equivocado.

—Estás siendo difícil a propósito.

—En absoluto —afirmó, y la miró de una forma que volvió a hacerla ruborizarse—. Háblame de tu marido —le dijo muy serio—. ¿Fue bueno contigo? ¿Te hizo feliz?

Sophy no se esperaba aquella pregunta, y lo miró atónita.

—Sí, fuimos muy felices —le respondió tras recuperase de la sorpresa—. Matthew era un buen hombre y lo quería mucho.

—¿Te resulta doloroso hablar de él? —le preguntó Andreas.

—¿Doloroso? —Sophy apartó la mirada de Andreas y la fijó en el mar—. No, ya no. Pero no se merecía morir tan joven.

—Dime lo que sucedió —le pidió Andreas—. Me gustaría saberlo.

Sophy le contó todo, desde el momento en que se habían conocido en la universidad, hasta cuando había muerto en sus brazos.

—Al principio no podía creerlo —dijo Sophy—. Era mi mejor amigo y, de repente, ya no estaba a mi lado.

Andreas, que había guardado silencio mientras Sophy le contaba su historia, volvió a llenar las copas y dijo con suavidad:

—Cuando murió, ¿lo echaste de menos como amigo o como marido, Sophy?

—¿Cómo? —preguntó Sophy, demasiado atónita como para decir nada más.

—Estoy segura de que lo querías, pero nunca se puede apagar el fuego por completo con agua.

—No sé de qué estás hablando —le respondió mirándolo enfadada. No estaba segura de si estaba criticándola a ella, a Matthew, o si en realidad había crítica implícita en sus palabras.

—El agua es tranquila y permanece imperturbable ante las emociones turbulentas que arrastran a algunos hombres y mujeres. El fuego debe unirse con el fuego o, de lo contrario, se apaga. El fuego es pasión y locura. Es violento y frenético. Vida.

—No conociste a Matthew —le dijo Sophy con frialdad—. En realidad, a mí tampoco me conoces, así que no entiendo cómo puedes decir esas cosas acerca de nuestro matrimonio.

—He visto y oído cómo hablabas de él.

Sophy se quedó mirándolo un momento, y después se puso de pie, enfadada consigo misma por lo mucho que las palabras de Andreas conseguían afectarla. Tomó un sorbo de vino, y cuando él le retiró la copa de la mano, se quedó muy quieta. Andreas la dejó al lado de la suya, y la hizo volverse hacia él sujetándole la cintura.

—Estás enfadada conmigo —le oyó decir Sophy, pero sin mostrar arrepentimiento.

—¿Por qué iba a estar enfadada? —le preguntó Sophy con ironía. Le habría encantado poder darle un empujón y apartarlo de su lado, pero sabía que sus empujones no causarían ninguna impresión a aquel pecho musculoso—. Te has permitido el lujo de decirme que me casé con un hombre que no era para mí, sin haber conocido siquiera a Matthew, y preguntas si estoy molesta. Tu arrogancia no tiene límites.

—¿Preferirías que te mintiera para hacerte sentir mejor?

Sophy abrió la boca para decirle que no le interesaba que hiciera de psicólogo aficionado con ella, pero no pudo hacerlo porque Andreas se la tapó con la suya dulcemente mientras le acariciaba el cuerpo con firmeza, impidiéndola moverse, aunque Sophy ni siquiera hizo amago de intentarlo.

Exploró su boca sin prisas, con una delicadeza que decía mucho del conocimiento que tenía de las mujeres.

Embriagada por el aroma de su cuerpo y sus caricias, Sophy se encontró, sin saber cómo, abrazada a su cuello, y deseando con todas sus fuerzas que no dejara de besarla.

Ansioso por tenerla lo más cerca posible, Andreas enredó los dedos en sus sedosos cabellos, y atrajo el rostro femenino hacia el suyo cubriéndoselo de dulces besos que la hicieron gemir de placer, para volver enseguida a apoderarse de su boca y mordisquearle los labios.

Andreas respiraba agitadamente, pero su control era absoluto, y pronto la intensidad de sus besos empezó a decrecer hasta terminar apartándola de él con suavidad.

—Bueno, ya nos hemos dado cuenta de cómo podemos terminar con las discusiones que surjan entre nosotros, ¿verdad? —le dijo

mirándola con una expresión insondable.

Sophy estaba todavía tratando de recuperarse del cosquilleo que recorría su cuerpo y de aquella sensación de calor que había debilitado sus miembros pero, al notar aquella implicación de futuro en sus palabras, reaccionó al instante.

—No habrá ningún «nosotros» —le dijo con toda la firmeza que pudo—. Así que supongo que ha sido una pregunta retórica.

—Tómatelo como quieras —le respondió él con cierta frialdad, oculta tras una aparente amabilidad—, pero ahora vamos a volver a Pallini y cenaremos bien. Sonreiremos y no hablaremos de nada más controvertido que de si te parece que está rica la *moussaka*. ¿Te gusta la *moussaka*?

—Sí, Andreas. Me gusta la *moussaka*.

Si notó la frialdad en su voz no dijo nada. Se limitó a recoger la botella casi vacía y los vasos, y siguió a Sophy, que ya había echado a andar por la playa. Y esta vez no la tomó de la mano. Sophy se sintió decepcionada, muy a su pesar.

Cenaron en la terraza con vistas al mar, sintiendo la brisa marina en su rostro y contemplando la puesta del sol.

La cena fue deliciosa y muy abundante y, para su sorpresa, Sophy se lo pasó muy bien. Andreas se pasó la noche contándole cosas curiosas que le habían sucedido en las que no salía muy bien parado. La luz tenue hacía brillar sus ojos mientras hablaba, y su rostro parecía el de una estatua de bronce de facciones clásicas y perfectas.

Se lo estaba pasando muy bien, muy a su pesar. Como si le adivinara los pensamientos, Andreas se inclinó hacia ella mientras ambos tomaban café y saboreaban una copa de brandy, y le dijo con voz sensual:

—Deberías relajarte más a menudo, pero me da la sensación de que te resulta difícil. Si no fue tu matrimonio el que te hizo ser así, ¿qué fue entonces?

A Sophy le puso nerviosa su mirada escrutadora. Fue a abrir la boca para decir algo intrascendente pero, sin saber por qué, empezó a hablar de sí misma con sinceridad.

—Supongo que el modo en que me crié. Mi madre tenía que trabajar todo el día, y Jill… bueno aunque éramos gemelas siempre pareció más pequeña que yo.

—¿Y tu padre? —preguntó Andreas.

—Nos abandonó cuando Jill y yo teníamos dos meses —dijo con más amargura de la que hubiera deseado, y echó la culpa al vino de estar mostrando demasiado sus sentimientos.

—¿Tu madre no volvió a casarse?

—¿Cómo iba a hacerlo, si trabajaba de sol a sol? No tenía tiempo de salir y conocer gente. Además, a pesar de que mi padre se había

portado como un miserable, ella siempre lo amó. Aunque habría muerto antes que admitirlo.

—¿Ves a tu padre alguna vez?

—No lo conozco —dijo Sophy.

El tono de su voz y lo rígida que se puso en la silla dio a entender a Andreas que no quería seguir hablando de aquel tema.

—Por mí podría estar muerto —afirmó Sophy, y después, con una sonrisa forzada, añadió—: ¿podría tomarme otro brandy, por favor?

De repente, no quería seguir pensando. Andreas le había dicho que le costaba relajarse, y tenía razón. Se asustó al darse cuenta de las ganas que tenía de actuar desinhibidamente sin importarle las consecuencias, y se dijo a sí misma que tenía que controlar aquel sentimiento de inmediato. Como ya lo había pedido, se tomó el brandy, pero también otras dos tazas de café para que no le hiciera efecto el alcohol. Enseguida desaparecieron aquellas ganas de cometer locuras, pero pensó que haberlas sentido había sido una advertencia. Algo extraño le estaba sucediendo.

Iona y Nick se sentaron con ellos en la mesa, y se pusieron a charlar animadamente con Andreas. Ya quedaba poca gente en el restaurante, pero la banda de música seguía tocando y la pista no estaba tan llena como mientras cenaban.

—Vamos a bailar —le dijo Andreas de pie, tendiéndole la mano.

—Oh, no —dijo ella de inmediato—. No se me da nada bien bailar.

Sin hacerle ningún caso, Andreas la hizo levantarse y entrar con él al restaurante. Cuando la tomó en sus brazos, Sophy se puso nerviosa y rígida como una tabla.

—Relájate —le regañó Andreas—. Déjate llevar por la música —le murmuró con suavidad al oído, haciéndola estremecer—. No es ningún pecado ser joven y despreocupado. ¿Hay alguien especial para ti en Inglaterra? —le preguntó cuando ya llevaban unos minutos bailando.

—La verdad es que no —dijo haciendo que pareciera que tenía todo un regimiento de novios para escoger—. Es difícil hacer funcionar una relación cuando se tienen unos horarios de trabajo como los míos.

—¿Matthew encajaba en esos horarios?

—No es asunto tuyo —le dijo con brusquedad, aunque le resultaba difícil mostrarse desagradable en brazos de alguien con un cuerpo como aquel, y sintiendo su respiración en los cabellos.

—Claro que no lo es —corroboró Andreas—, pero dime, ¿encajaba?

Sophy levantó la cabeza bruscamente y lo miró indignada.

—No eres de los que acepta una negativa fácilmente, ¿verdad? Nunca había conocido a nadie a quien le gustara tanto discutir.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta —le dijo con una sonrisa —. ¿Acaso los hombres que ha habido en tu vida se han amoldado

siempre a lo que tú has querido?

—Me niego a hablar de ese tema contigo —le dijo con los dientes apretados de rabia.

De repente, para su sorpresa, Andreas soltó una carcajada.

—Desafiante hasta el final —le dijo cuando terminó de reír—. ¿No dicen que las mujeres inglesas son frías como un témpano de hielo? Pues tú tienes tanto temperamento como cualquier mujer griega de las que conozco.

Sophy le echó una mirada asesina que hizo reír a Andreas de nuevo.

—¿Se supone que eso es un cumplido al estilo griego?

Su altivez volvió a hacer sonreír a Andreas.

—¿No te gustan los cumplidos? —murmuró él con suavidad.

—No, cuando me parecen falsos.

—¡Qué desconfiada eres, cariño! —le dijo, y la apretó más contra él.

Sophy desistió de seguir discutiendo. Sabía que nunca ganaría una guerra dialéctica con Andreas, porque siempre tenía respuesta para todo. Otra de las razones que le hacían pensar que era mejor mantenerlo a distancia.

A pesar de todas sus objeciones hacia él, se daba cuenta de que hacía años que no se había sentido tan viva como aquella noche, aunque no se debía solo a Andreas, sino también a la magia de estar de vacaciones en un destino exótico, al calor y al ambiente que se le había metido en la sangre.

Sophy pensó que iban a marcharse nada más terminar de cenar, pero la velada se prolongó y al final se quedaron solo unos cuantos amigos de los dueños del restaurante y algunos clientes habituales que siempre permanecían hasta tarde. La verdad era que se lo estaba pasando muy bien, y no tenía ganas de marcharse. Cuando no estaban bailando, charlaban con Iona y Nick, que eran muy divertidos. No se había reído tanto en su vida, y le daba la sensación de conocerlos de siempre.

En un momento dado, todos los hombres, enlazados de la mano, iniciaron un baile típico griego. Las mujeres daban palmas para animarlos mientras ellos giraban y golpeaban el suelo con los pies siguiendo una música que cada vez sonaba más rápida.

Sophy no podía apartar la mirada de Andreas. Le parecía tan diferente aquella noche. Con sus amigos parecía abierto y relajado. Era como si hubiera perdido el aura de dureza y autoridad que parecía rodearlo siempre.

Pero enseguida se recordó que era el mismo hombre de siempre. Apartó la mirada de él, y dio un sorbo al refresco que acababa de pedir. Por alguna razón la fascinaba, y había sido la curiosidad la que la había llevado a aceptar cenar con él aquella noche. Había pensado que cuanto más supiera sobre Andreas, mejor sería capaz de controlar

aquello tan extraño que sentía por él. Seguramente, en su fuero interno, había deseado que aquella noche hiciera algo que pudiera desagradarla, y así dejar de sentirse atraída por él.

Turbada por aquel torbellino de pensamientos que acudían a su mente, tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para salir del vacío en el que había caído. Sabía que debía tratar de cambiar de cara, porque la danza parecía haber terminado y Andreas estaba regresando a la mesa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó muy serio en cuanto estuvo a su lado, levantándole la barbilla con un dedo—. ¿Qué ha sucedido?

—No ha sucedido nada —dijo tratando de ocultar cuánto le molestaba que se hubiera dado cuenta de que le pasaba algo.

—Has vuelto a levantar la guardia. Lo leo en tus ojos. Durante un rato, te habías olvidado de que no tenías que divertirte, ¿verdad?

—¡No digas tonterías! —le dijo molesta—. Me divierto muy a menudo.

—En realidad no es así —se inclinó hacia ella, y la besó ligeramente en los labios—. Pero haré todo lo posible para que lo sea. Te lo prometo.

Tras decir aquello, Andreas se dio la vuelta y se puso a hablar con Nick, dejándola atónita por la intensidad con que había pronunciado aquellas últimas palabras.

Sophy se preguntó a sí misma por qué se encontraba en un estado de nervios permanente desde que había conocido a aquel hombre. Le parecía increíble que solo hiciera unos días que supiera de su existencia.

Capítulo 7

Cuando el sol que entraba por el balcón la despertó al día siguiente, Sophy se sorprendió de haber dormido tan bien.

Ya eran más de las tres cuando la noche anterior se habían marchado del restaurante. Durante todo el camino de vuelta a casa Sophy había estado convencida de que Andreas intentaría hacerle el amor, pero no había sido así. Ni siquiera había tratado de besarla hasta que llegaron a casa de sus padres. Allí se había limitado a rozarle los labios, a modo de beso de despedida.

Muy a su pesar, aquella falta de pasión la había disgustado, aunque mientras subía a su habitación no cesara de repetirse que no quería tener nada que ver con Andreas Karydis, y que estaba muy contenta de que hubiera desistido de seducirla, como aquel beso de despedida tan frío había dejado en evidencia.

Se había duchado, y después en la cama había repasado la noche con minuciosidad. Por un momento había temido que aquellos pensamientos la desvelaran, pero no había tardado en conciliar el sueño.

Miró el despertador que tenía sobre la mesilla de noche, y se dio cuenta horrorizada de que eran las once de la mañana. Se apresuró a levantarse preguntándose, avergonzada, qué pensarían sus anfitriones de ella. Era la segunda vez que no desayunaba con ellos y llevaba allí solo tres días.

Se arregló a toda prisa y cuando llegó al salón se encontró con Ainka, que estaba limpiando el polvo. La informó de que se habían marchado todos a casa de unos amigos de Dimitra y Evangelos que tenían un hijo de la edad de Michael.

—Como estaba dormida, no quisieron despertarla, y me dijeron que le sirviera el desayuno en el patio. Si le parece bien, se lo llevo allí de inmediato.

—Gracias, Ainka.

Sophy desayunó al sol completamente sola, que realmente era lo que necesitaba. Así tuvo tiempo de pensar qué iba a decir a su hermana cuando la viera. Estaba segura de que Jill querría un relato detallado de lo acontecido la noche anterior.

Se limitaría a hablarle del restaurante, de los amigos de Andreas y de lo bien que se lo había pasado, pero no le contaría nada del beso ni del comentario que le había hecho después de bailar. En realidad, aquello no significaba nada, y no quería que Jill se hiciera una idea

equivocada.

De repente, se enderezó en la silla, inquieta.

—¿Por qué no me besó en el coche de vuelta a casa? —murmuró para sí.

Se había pasado todo el camino de vuelta preparando excusas para no volver a salir con él, y Andreas ni siquiera había sugerido que volvieran a quedar. Se había sentido como una idiota, y era la primera vez que se sentía así con un hombre, porque siempre, tanto en su vida privada como en los negocios, había sido la que controlaba la situación.

Enfadada con el mundo y consigo misma, se levantó bruscamente.

—Lo mejor será que dé un paseo para tranquilizarme —murmuró para sí.

Cuando regresaron los demás a la hora de comer, Sophy pudo ya presentarse ante ellos con una expresión más relajada en el rostro, aunque interiormente siguiera alterada. Mientras le contaba a su hermana lo sucedido la noche anterior, se dijo que cada día que pasara faltaría uno menos para marcharse de aquel lugar y del lado de Andreas. Lo extraño era que aquel pensamiento no le resultaba reconfortante, como hubiera deseado.

Se pasaron toda la tarde holgazaneando al lado de la piscina, mientras veían lo bien que se lo pasaban Michael y su nuevo amigo, Stevos, chapoteando en el agua. Vio a Jill dormida plácidamente sobre una tumbona y se preguntó enfadada consigo misma por qué no podía ser más como ella. Su hermana había sido capaz de vivir todos aquellos años con Theodore en un estado de relativa paz, mientras que ella sabía que no lo hubiera aguantado más de cinco minutos.

De repente, se preguntó cómo se viviría con Andreas. El pensamiento le resultó tan perturbador, que lo apartó de su mente como se aparta un insecto de un manotazo.

Tras pasarse una hora jugando con los dos niños en la piscina, les dieron la merienda, y cuando Dimitra sugirió llevar a Stevos de vuelta a su casa, Sophy subió a su habitación para ducharse y cambiarse.

Sola otra vez, se negó a admitirse a sí misma que durante las dos últimas horas no había dejado de pensar que, tal vez, Andreas se pasara por la casa de sus padres de vuelta del trabajo como había hecho otros días, y se concentró en vestirse y maquillarse con tanto esmero como si fuera a asistir a una cena de gala. Por alguna razón, le parecía importante presentar un aspecto impecable aquel día.

Acababan de empezar el primer plato, cuando sonó el teléfono y acto seguido apareció Ainka en el comedor diciendo que llamaban a Sophy.

—Hola, soy Sophy Fearn —respondió al teléfono, convencida de que era su secretaria.

—Hola Sophy Fearn —aquella voz sensual hizo que el sonido de su nombre fuera como una caricia y, muy a su pesar, Sophy se estremeció —. He venido a Atenas por negocios, y me tengo que quedar aquí esta noche. Por la hora que es, supongo que estaréis cenando, así que no te entretendré. Te recogeré mañana sobre las seis, así que estate preparada, ¿de acuerdo? Ah, y esta vez no comas mucho al mediodía.

—¿Cómo? —preguntó sin dar crédito a lo que oía—. Andreas, no me parece bien dejar a Jill sola —dijo cuando consiguió reaccionar—. Además, tampoco me parece correcto salir contigo siendo la invitada de tus padres.

—Ya hemos hablado de eso, y quedamos en que eran tonterías —dijo tajante—. Lo que ocurre es que te asusta salir a solas conmigo, ¿verdad? Admítelo.

—Ahora eres tú el que estás diciendo tonterías —mintió con vehemencia.

—Bueno, pues demuéstralo saliendo mañana por la noche conmigo —se apresuró a decirle.

—No —insistió Sophy tajante, pensando que no tenía por qué darle más explicaciones.

—Confirmado entonces. Te recojo a las seis —dijo, y colgó el teléfono.

Había colgado. Por un momento Sophy no fue capaz de reaccionar, y se quedó mirando al vacío mientras le llegaba el murmullo de las conversaciones procedentes del comedor. Había colgado después de obligarla a aceptar una cita a la que se había negado tajantemente. Esperó a que se le quitara un poco el rubor de sus acaloradas mejillas para regresar al comedor. Nada más verla, Jill enarcó las cejas, preguntándole en silencio quién la había llamado.

—Era Andreas —dijo, notando que Dimitra y Evangelos dejaban de comer un momento sorprendidos.

—¿Ah, sí? —dijo Jill que no solía caracterizarse por su discreción—. ¿Y para qué te ha llamado?

—Solo para decir que había tenido que ir a Atenas en viaje de negocios —dijo Sophy con la mayor naturalidad que pudo, esperando que su hermana no siguiera preguntando.

—Ah, sí, el contrato Tripolos. Ya te había hablado de él, ¿te acuerdas, cariño? —estaba diciendo Evangelos a su esposa, pero Sophy sospechó enseguida que lo hacía porque se había dado cuenta del bochorno que estaba pasando y trataba de echarle una mano—. Andreas es un hombre de negocios brillante —continuó diciendo Evangelos, dirigiéndose ahora a ellas también—. Sin él me sentiría perdido, pero a veces creo que trabaja demasiado.

—Eso es porque no lo espera nadie en casa —dijo Dimitra maternalmente—. Le he dicho muchas veces que necesita una esposa.

Ya es hora de que siente la cabeza.

—¿A lo mejor por eso no se ha puesto a buscarla todavía? —le preguntó Evangelos con una sonrisa.

—Cree que soy una madre muy exigente —dijo Dimitra sin rencor, mirando con cariño a su esposo—, pero conozco a mi Andreas y sé que nunca podrá enamorarse de esas hermosas criaturas descerebradas que se echan a sus brazos. Nunca podrán ser el tipo de esposa que necesita.

Mientras seguían comiendo Sophy pensó que Dimitra había querido decir con sus palabras mucho más de lo que había dicho en realidad. Como habían llegado tan tarde la noche anterior, se preguntó, horrorizada, si pensaría que ella era una de aquellas mujeres que había mencionado, de las que se echaban en brazos de su hijo, y casi se atragantó con un trozo de pimiento. ¿Qué dirían entonces si supieran que había quedado con él al día siguiente para cenar?

Ainka había llevado ya una deliciosa selección de postres, pero a Sophy se le había quitado el apetito. Mientras se tomaba el café, pensó en la redacción de la nota que enviaría a Andreas, informándolo de que, de ninguna manera, volvería a salir a solas con él.

Dimitra sugirió que salieran al patio a tomar café, y cuando iba a levantarse de la mesa, sintió una mano en su codo.

—¿Sophy? —le dijo en voz baja mientras su marido y Jill abandonaban el comedor.

—¿Sí? —preguntó Sophy esforzándose por esbozar una sonrisa.

Suponía que Dimitra iba a decirle unas cuantas palabras de advertencia sobre Andreas y lo comprendía. Al fin y al cabo, uno de sus hijos se había casado con una chica inglesa y lo había perdido para siempre. Era normal que prefiriera que el otro se casara con lo que estaba segura que los padres de Andreas denominaban una «buena chica griega», que conociera su cultura y tuviera su misma forma de vida. Lo que significaba que cualquier tipo de relación con ella, aunque fuera transitoria, no era de su gusto.

—Andreas quiere volverte a ver, ¿verdad? —le dijo Sophy, y enseguida añadió—. Oh, perdóname, querida, por hablarte de esta manera sobre un asunto que no es de mi incumbencia. Pero solo quería decirte que…

—¿Sí? —le preguntó Sophy, sospechando por el tono de voz de Dimitra que lo que quería decirle no era lo que había pensado.

—Mi hijo no es lo duro y despiadado que parece. Su frialdad es un caparazón que ha tenido que construirse para triunfar en los negocios. Tú le gustas, y te aseguro que no le gusta mucha gente. Usa a las mujeres que son lo bastante necias como para echarse en sus brazos, pero nunca permite a nadie llegar al hombre que es él en realidad, y ese hombre te aseguro que es bueno. A lo mejor puedes pensar que no

hablo con objetividad porque soy su madre, pero te aseguro que necesita paz y felicidad como todo el mundo.

—Dimitra —le dijo Sophy con suavidad—. En este momento, no estoy buscando ningún tipo de relación.

Dimitra asintió.

—Ya me lo imaginaba, pero… —Dimitra se encogió de hombros, dejando inconclusa la frase—. Bueno, no importa —dijo sonriendo—. Por favor no le cuentes a Andreas nuestra conversación. Se enfadaría mucho conmigo.

—Claro que no —respondió Sophy, sin estar muy segura de qué había querido decirle la madre de Andreas.

Sospechaba que Dimitra había querido averiguar si Sophy tenía la intención de convertirse en una de las «mujeres» de Andreas. Su comentario acerca de esas mujeres que eran lo bastante necias como para echarse en los brazos de su hijo le había parecido una advertencia. Sophy estaba segura de que había habido muchas, por eso no se comprendió a sí misma cuando a la pregunta de Dimitra en voz baja de si iba a volver a ver a Andreas, respondió:

—Me ha pedido que salga a cenar con él. Me recogerá mañana a las seis.

Sophy decidió que esa vez no iba a agobiarse pensando qué se iba a poner. Tras ducharse, abrió el armario y escogió un sencillo vestido de color azul pastel y lo combinó con una chaqueta de algodón en el mismo tono. Se secó el pelo y, tras maquillarse, decidió que ya estaba lista para bajar a charlar con Jill y Michael hasta que llegara Andreas.

—Muy bonito —le dijo su hermana al verla llegar al patio, donde estaba dando de merendar a Michael—. Sí, estás muy guapa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sophy, que había notado enseguida el tono de preocupación con que le había hablado su hermana.

—Nada. No pasa nada —respondió Jill alegremente, pero al ver la cara de incredulidad que ponía su hermana, añadió en voz baja—: no te impliques mucho, Sophy. Recuerda que es el hermano de Theodore.

—Hermanastro, Jill —le corrigió Sophy—. Recuerda que solo comparten madre, y Dimitra es adorable —añadió, sin entender por qué estaba defendiendo a Andreas.

—Ya sé que Dimitra y Evangelos son encantadores, pero… —Jill se detuvo bruscamente y movió la cabeza como lamentando no encontrar las palabras adecuadas.

—No te preocupes —le dijo Sophy, apretándole una mano con cariño—. Solo vamos a salir a cenar, y ya le he dejado muy claras las cosas. Sabe perfectamente que no ando buscando ningún romance. No es mi tipo.

—Andreas no encaja en ningún tipo de hombre —murmuró Jill con tristeza.

Las dos mujeres se quedaron mirándose un momento, pero no pudieron seguir intercambiando confidencias porque, de repente, al oír una voz profunda procedente del interior de la casa se dieron cuenta de que el protagonista de su conversación había llegado antes de tiempo.

Sophy sintió que le daba un vuelco el corazón, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo a su encuentro. Se levantó lentamente y, tras despedirse de su hermana, entró en el salón, donde Andreas parecía estar hablando de negocios con su padre. Al verla, se quedó mirándola con tanta intensidad, que Sophy sintió que el corazón empezaba a latirle a toda prisa, aunque trató por todos los medios de mostrarse tranquila.

Evangelos se despidió diciendo que iba a ver a Jill y a su nieto, y salió por donde había entrado Sophy, dejándolos solos en medio del salón.

—Ayer te eché de menos —le dijo, mientras le acariciaba la barbilla con un dedo.

Llevaba puesto un traje de verano gris pálido de corte impecable, camisa blanca y corbata gris ambas de seda que le daban todo el aspecto de hombre rico y poderoso que en realidad era.

Sophy parpadeó abrumada por tan perturbadora presencia, mil veces más perturbadora que todos los pensamientos que había tenido en las últimas veinticuatro horas.

—Apenas me conoces —le dijo tratando de mostrarse tranquila, aunque el corazón le latía a toda velocidad—. Así que no entiendo cómo puedes haberme echado de menos.

—El tiempo siempre es relativo —le dijo, inmovilizándola con su mirada letal—. Si no, ¿cómo se explica que conozcas a gente de toda la vida y no representen nada para ti, y sin embargo haya personas que se conviertan en alguien muy importante en tan solo unos minutos?

Sophy no supo qué contestar, así que no dijo nada.

—¿Estás lista? ¿Ya te has despedido? —le preguntó Andreas unos minutos después.

—No puedo volver a llegar tarde, Andreas —le advirtió con firmeza antes de salir—. Me parece poco respetuoso para con el resto de las personas que viven en la casa.

La miró con dureza a la cara, bajando después la mirada hasta sus pies.

—¿Dónde están? —le preguntó sorprendido.

—¿El qué? —preguntó Sophy mirándose los pies.

—Tus zapatos de cristal. ¿No es lo que calza Cenicienta? Bueno, no

te preocupes, irás al baile de todos modos —le dijo burlón.

—¡Muy gracioso! —se quejó Sophy, pero no pudo evitar echarse a reír.

—Vamos —le dijo tomándola de la mano—. Tengo mucha hambre.

Ya en la entrada de la casa, a Sophy le sorprendió que en vez de estar Paul con la limusina, hubiera un fantástico deportivo.

—¿Dónde está Paul? —preguntó Sophy. Se sentía más segura si el chófer iba con ellos.

—Conduje yo al aeropuerto ayer, y hace solo unas horas que he regresado. No te preocupes, soy un buen conductor.

Sophy apretó los dientes, y permitió que la ayudara a subirse al coche. El interior era todo de piel, y el salpicadero parecía sacado de una película de James Bond. Cuando Andreas se sentó a su lado, Sophy tuvo la impresión de que estaba demasiado cerca. Tuvo que tragar saliva para no empezar a moverse inquieta en su asiento.

—¿Dónde… dónde vamos? —le preguntó mientras el coche salía de la finca a toda velocidad—. ¿Está lejos?

—Sorpresa.

—¡No me gustan las sorpresas!

—Pues, trata de hacer que te gustan —le dijo suavemente.

Sophy no pudo seguir discutiendo con él. Tenía bastante con intentar no marearse. Andreas conducía tan rápida y despiadadamente como vivía, y más de una vez Sophy se encontró a sí misma diciéndose que, si por un milagro llegaban a su destino sanos y salvos, tomaría después un taxi para regresar a casa. Sin embargo, diez minutos después, se dio cuenta de que se había relajado y estaba disfrutando del viaje.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó de repente Andreas con una expresión en la cara que no dejaba duda de que había sido consciente en todo momento del nerviosismo de Sophy, y había disfrutado con ello—. La primera vez no siempre es la mejor.

Sophy se sintió indignada. Aquel hombre era un bárbaro y, desde luego, no pensaba responder a aquellas palabras con doble sentido.

—Estoy bien —le dijo alegremente—. ¿Estamos llegando?

—Quedan cinco minutos.

Fueron diez los minutos que tardaron en atravesar unas puertas de hierro forjado que se abrieron y cerraron automáticamente a su paso. Tras recorrer un camino flanqueado por árboles, llegaron a la puerta de una preciosa casa de piedra con el tejado rojo.

—Esta es tu casa —le dijo Sophy con tono acusador—. ¿Verdad?

Andreas paró el motor del coche, y se echó hacia atrás pasando un brazo por la espalda de Sophy.

—¿Te importa? He estado fuera cuarenta y ocho horas y necesito cambiarme y relajarme un poco. La mujer de Paul cocina mejor que

cualquier chef que conozco, así que cenaremos muy bien.

—¿Paul y su mujer viven contigo? —le preguntó un poco más tranquila, aunque sabía que no debía fiarse. Aquella era la guarida del lobo.

—Tienen su propia casa dentro de la finca. Así que estarás bastante a salvo, Cenicienta —le dijo burlón.

—Nunca había pensado lo contrario —le respondió Sophy.

La irritó que fuera capaz de leerle el pensamiento y sobre todo el brillo burlón que vio en sus ojos negros antes de bajarse del coche.

—Mentirosilla.

Sophy hizo como que no le había oído, y trató de bajarse del coche sola, pero se dio cuenta de que los asientos eran tan bajos que necesitaba ayuda. Al sujetar la mano que le ofrecía Andreas, no le pasó desapercibida la piel dorada que se dejaba ver bajo de las mangas de la camisa. Para cuando puso los pies en el empedrado que daba acceso a la casa, su rostro ya estaba tan rojo como las rosas escarlata que adornaban el porche en forma de arco.

La casa estaba completamente oculta por los árboles, pero al rodearla, Sophy se dio cuenta de que daba al mar.

—¿Tu casa tiene vistas al mar? —le preguntó.

—Sí, el jardín termina en una playa —le dijo como si tal cosa.

—¡Qué maravilla! —exclamó Sophy, a la que siempre había encantado el mar.

—Ven a verlo.

Andreas tomó la mano de Sophy al tiempo que la puerta principal se abría y los recibían Paul y su mujer. Tras llevar a cabo las presentaciones, Andreas la hizo entrar en la casa y fue informándola de que tenía cinco habitaciones con baño dentro, y que la planta de abajo estaba dividida en un despacho grande, cuarto de baño, cocina, comedor y un enorme salón que daba a unos jardines escalonados que, tal y como había dicho Andreas, terminaban en una playa privada de arena blanca.

—¿Verdad que es bonito? —le preguntó Andreas a su lado mientras Sophy contemplaba atónita la belleza de la vista.

—Increíble. Es como tener el paraíso en la tierra.

—La costa está salpicada de propiedades como esta, pero muy alejadas las unas de las otras —le dijo Andreas—. Y la playa está siempre vacía.

—Ya, por eso estás habituado a bañarte desnudo —se le había escapado, pero no le había costado nada imaginarse su cuerpo musculoso en el agua.

Andreas le dirigió una sonrisa pícara.

—Sí, por eso me baño desnudo —le dijo con suavidad, y después se inclinó a besarla.

Apenas le rozó los labios, pero Sophy sintió que una oleada de placer le recorría el cuerpo. Olía a flores, a sol, a mar y a algo muy masculino que hacía que deseara con todas sus fuerzas acariciarle los hombros musculosos y enredar los dedos en sus negros cabellos para así obligarlo a besarla hasta que la hiciera perder el sentido.

—Ven a sentarte. Alethea te traerá algo de beber —le dijo Andreas.

Le hizo bajar las escaleras que daban al jardín, y la llevó bajo la sombra de una jacaranda, donde había una mesa y unas sillas.

—Además de ser mi chófer, Paul prepara los mejores cócteles de Grecia —aseguró Andreas—. Le pediré que te traiga uno mientras yo voy a darme una ducha. No tardaré.

Sophy se sentó y estuvo disfrutando de la hermosa vista, del aroma que desprendían las flores y de la calidez del sol vespertino mientras saboreaba unos de los cócteles de Paul, tan delicioso como había dicho Andreas.

Cuando regresó, a Sophy le costó un poco de tiempo poder articular palabra. El pelo húmedo, cayéndole rizado sobre la frente, le daba un aire juvenil a su rostro de facciones perfectas, y lo convertía en pura dinamita.

—¿Te ha sentado bien la ducha? —consiguió poder decir.

—Desde luego —le respondió Andreas, que se había puesto una camisa y unos pantalones negros que le sentaban muy bien. Sophy apartó la mirada de él para que no notara la excitación que se había apoderado de ella, y tomó un sorbo de su cóctel para darse ánimos.

Andreas se sentó a su lado, estiró las piernas y, tras terminarse un cóctel de dos sorbos, volvió a llenarse la copa de la coctelera, y cerró los ojos dejando que el sol le acariciara el rostro.

—Me gustaría que me dejaras enseñarte un poco de mi país mientras estás aquí —le dijo muy bajito y sin moverse—. Algo de la Grecia antigua.

Sophy miró el hermoso rostro de facciones cinceladas que tenía delante y le costó poder articular palabra.

—Muy amable por tu parte, pero no es necesario.

—¡No me respondas de una manera tan inglesa! Hay unos sitios maravillosos cerca de aquí, y para visitarlos solo tendremos que dormir fuera de casa una o dos noches. No puedes marcharte de Grecia sin visitar sitios como Salónica, Pella o Meteora, y están cerca de aquí.

Sophy no había oído nada más después de lo de quedarse a dormir fuera de casa.

—Eso es imposible —dijo después de respirar profundamente—, y tú lo sabes. No podría marcharme contigo a ningún sitio.

—¿Por qué? ¿No querías que te hablara de Grecia? Pues te la mostraré, que es mucho mejor, ¿no te parece?

—No, teniendo en cuenta a Jill, por no mencionar tu trabajo.

Andreas abrió los ojos, y se incorporó en su asiento.

—Soy el jefe, así que me puedo tomar unos días libres si me apetece —le dijo con suavidad—. Además, sé de buena tinta que a Jill y Michael va a invitarlos el padre de Stevos a pasar unos días en su yate. Si Jill sabe que estás ocupada, no se sentirá mal por marcharse.

—Jill no me ha dicho nada sobre ese viaje —objetó Sophy, que se sentía dolida por saber menos que Andreas sobre lo concerniente a su hermana.

—Tal vez no lo sepa todavía —le dijo Andreas—, pero el padre de Stevos trabaja para mí, y me dijo que tenía la intención de invitarla. A mí me pareció una buena idea.

Sophy se quedó mirándolo con la sospecha de que pudiera haber sido suya y no del padre de Stevos la idea de aquel pequeño crucero para su hermana. Pero le pareció muy presuntuoso por su parte pensar que pudiera haber hecho algo así para conseguir estar con ella.

—De todos modos, no puedo irme sola de viaje contigo —le dijo con firmeza.

—Claro que podrías hacerlo —le discutió con suavidad.

—¿Qué pensarían tus padres?

—¿Que soy el anfitrión perfecto? —sugirió con suavidad.

—¡Ja! —exclamó Sophy sin tomarlo en serio.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Sabes muy bien lo que he querido decir —dijo Sophy, que empezaba a perder la paciencia al ver lo obtuso que estaba mostrándose a propósito—. Parecería que… —se detuvo al darse cuenta de que sonreía burlón. No podía creerse que estuviera riéndose de ella. Apretó los dientes, y continuó— que somos algo más que amigos.

—Tendremos habitaciones separadas —se apresuró a decir Andreas—, y me encargaré de que todo el mundo lo sepa, aunque no entiendo por qué dos personas adultas tienen que dar ningún tipo de explicación.

—Porque yo no soy de la clase de mujeres que se acuestan con hombres a los que apenas conocen, y no quiero que tus padres piensen lo contrario —respondió muy tensa.

—Muy bien, pues el mejor modo de conocer a alguien es pasar tiempo con él. Visitaremos sitios juntos, comeremos juntos, estaremos juntos todo el tiempo. Siempre bajo las condiciones que tú pongas. Eres la hermana de Jill y compartimos un sobrino, así que tenemos que ser agradables el uno con el otro. ¿No te parece?

—Es el peor argumento que he oído en mi vida —le dijo con sarcasmo para que no pensara ni por un momento que no sabía lo hipócrita que estaba siendo—. No puedo creerme que intentes utilizar

a un niño inocente para salirte con la tuya.

—Ni yo tampoco —le dijo sin ningún remordimiento—. Eso muestra a los extremos que me has hecho llegar. Deberías estar avergonzada de ti misma —la reprendió.

—¿Que yo debería estar avergonzada de mí misma? —preguntó Sophy sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Dime que vendrás, Sophy.

Andreas se levantó de repente, y la hizo ponerse a ella también de pie. Su acento griego hacía aún más sensual su voz. La besó apasionadamente, y cuando sus labios se separaron, Sophy se dio cuenta de que le faltaba el aire y las piernas le temblaban. Con la caída de la tarde, la temperatura se había vuelto más agradable y las gaviotas volaban sobre ellos, lanzando sus gritos melancólicos al viento. Ya nada parecía real, solo Andreas…

—Olvidémonos unos días de la realidad de la vida —le susurró contra la boca mientras le acariciaba los labios con la lengua—. Serán unos días dorados que no olvidaremos jamás.

Volvió a besarla, hasta que ella le respondió. Entonces, sus manos siguieron la suave línea del cuello femenino hasta llegar a los pechos de Sophy. Allí la dulce tortura de sus caricias continuó hasta que sus pezones tomaron vida. Solo entonces siguió hasta la curva de su esbelta cintura.

—Solo unos días —volvió a murmurar, y continuó besándola sin prisa la frente, las sienes, los párpados, las mejillas, hasta hacerla desear con todas sus fuerzas que la besara apasionadamente en la boca.

Sophy sintió que la sangre corría veloz por sus venas llevando a todo su cuerpo las increíbles sensaciones que Andreas estaba haciéndole experimentar con sus besos y sus caricias.

Lo sintió temblar mientras la apretaba aún más contra él y la besaba apasionadamente, y notó la dureza de su masculinidad apretarse a la suavidad de su feminidad a través de la fina tela de su vestido de verano. Pero, de repente, como si se hubiera dado cuenta de que estaba a punto de perder el control de sí mismo, Andreas la apartó un poco antes de besarla por última vez con pasión.

—Por favor, Sophy. Di que sí —le suplicó, entonces.

Sophy abrió los ojos, temblorosa por la oleada de sensaciones que él había encendido en su cuerpo y con la cabeza dándole vueltas.

—Andreas…

—Di que sí —le suplicó, mirando con los ojos brillantes el rostro encendido de Sophy—. Te prometo que no va a pasar nada que tú no quieras.

—¿Lo prometes? —le preguntó Sophy mirándolo con las pupilas dilatadas por el deseo—. ¿Tendremos habitaciones separadas, y no

pasará nada entre nosotros?

—Si es eso lo que quieres.

—Lo es.

—Pues así será.

Capítulo 8

Qué dices que has hecho? —casi gritó Jill, que normalmente no levantaba la voz. Sophy se alegró de haber esperado a que estuvieran a solas para hablarle del viaje que iba a hacer con Andreas.

Dimitra y Evangelos se habían llevado a Michael a los establos de unos amigos suyos, pero a Jill no le gustaban los caballos y había preferido quedarse en casa.

—He dicho que iré a hacer un poco de turismo con Andreas durante un par de días —repitió Sophy con calma—. Eso es todo. Le he dejado claro que no vamos a compartir habitación si es eso lo que te preocupa.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Acaso el sol te ha derretido las neuronas? —preguntó Jill, mirando a su hermana con los ojos muy abiertos.

Sophy había pensado lo mismo nada más dejarla Andreas en casa la noche anterior. Al verlo alejarse en su limusina se había vuelto a convertir en casi un extraño para ella. Sin embargo, no lo había visto así en su casa, donde había pasado una velada maravillosa, casi mágica. No se arrepintió de lo que había prometido hasta que no se quedó sola viendo alejarse el coche.

—Tú eres la que siempre me ha impedido hacer locuras —continuó Jill—. Esto no es propio de ti, Sophy. Y menos con un hombre como Andreas.

Sophy sabía que su hermana estaba en lo cierto. De hecho, tenía un nudo en el estómago, y estaba tan nerviosa que no había podido dormir más de dos horas la noche anterior.

—Solo serán un par de días —dijo, más para tratar de convencerse a sí misma que a su hermana—. No significa nada.

—Estoy segura de que para Andreas no —afirmó Jill, pero enseguida se arrepintió al ver expresión de dolor que se dibujaba en el rostro de su hermana—. Lo siento, hermanita, pero no quiero que te hagan daño. Andreas es… Bueno, es uno de esos hombres que lo tienen todo. Las mujeres lo adoran y estoy segura de que acostumbra a tener relaciones de corta duración y que no impliquen ningún compromiso. Apuesto a que quiere que tú hagas lo mismo y sé que no eres así. El problema es…

—¿Qué? —preguntó Sophy al ver que su hermana callaba—. ¿Qué ibas a decir?

—El problema es que eres muy diferente de la imagen que das —

dijo Jill afligida, al tiempo que tomaba las manos de su hermana entre las suyas—. El abandono de nuestro padre y el modo en que lo vivió mamá te afectó mucho más que a mí, porque tú te encargabas de protegerme y cuidarme. Como consecuencia, siempre has necesitado tener todo bajo control, y por eso has salido con un determinado tipo de hombre: tranquilo, callado, sin pretensiones. Agradable y cariñoso.

—Bueno, eso no tiene nada de malo.

—Andreas no encaja en esa categoría ni remotamente.

Sophy se quedó mirando a su hermana unos instantes, y después tomó un sorbo de café.

—Lo sé. Lo sé muy bien —repitió en voz baja.

—Es obvio que ha habido química entre vosotros desde el primer día. Hasta sus padres se han dado cuenta —le dijo Jill con suavidad—, pero mientras para Andreas eso ha sucedido probablemente… —calló de repente, ruborizándose un poco.

—¿Cientos de veces? —preguntó Sophy muy tensa.

—Pues posiblemente sí, y tú no eres como él. Ellos no te conocen, pero yo sé que, si estás actuando de este modo, es que te ha llegado muy adentro. Te hará daño, te destrozará, y ni siquiera será consciente de ello, Sophy. ¿No te das cuenta?

Sophy no dijo nada porque estaba escuchando en boca de su hermana lo que su propia conciencia le decía.

—¿Si te digo que procuraré mantenerlo a distancia y que no me implicaré emocionalmente con él, te quedarás más tranquila? —preguntó Sophy a Jill.

—Solo si lo dijeras de verdad, y no para tranquilizarme. De todos modos, he visto el modo en que os mirabais.

—Te lo prometo, Jill. Quiero ir a ese viaje. Nunca me he sentido tan viva como en los últimos días, y tengo ganas de divertirme un poco por una vez. No haré ninguna tontería, y Andreas ya sabe que no voy a acostarme con él. Solo quiero estar a su lado unos días.

—Si con eso pensabas que ibas a hacerme sentir mejor, no lo has conseguido.

—Ya verás lo bien que te sientes cuando te inviten a hacer un crucero en el yate del padre de Suevos. Mientras tanto yo estaré haciendo turismo con uno de los hombres más atractivos que puedan existir. Nunca nos lo habríamos imaginado cuando veníamos en el avión, ¿verdad?

—¡Oh, Sophy! —dijo Jill con preocupación—. Ten cuidado.

Dos días después, Sophy salió de la casa con su maleta y se dirigió hacia donde estaba esperándola Andreas en su deportivo descapotable. Al verlo, pensó que parecía un millonario de los que aparecían en las

películas.

—Buenos días —le dijo con un beso en la boca. Después, Andreas la ayudó a meter la maleta en el coche—. Eres la viva imagen del verano —añadió al mirar con aprobación los pantalones blancos de algodón y la camisa de seda del mismo color que vestía. Sin maquillaje, Sophy no aparentaba más de veintiún años.

—¿Ah, sí? —preguntó ella alegremente, decidida a vivir los días que tenía por delante de la manera más relajada y despreocupada posible —. Pues tú no —le dijo tras observar con la nariz arrugada el cuerpo musculoso de Andreas completamente vestido de negro.

—Gracias a Dios. Venga, al coche.

De aquel modo tan alegre empezaron los días más felices que había vivido Sophy hasta entonces. Iniciaron su periplo en Salónica, la segunda ciudad más importante de Grecia, donde pasearon por la acrópolis para continuar después de comer hacia Pella y visitar su museo, famoso por sus mosaicos antiguos. En un elegante hotel de esta ciudad pasaron la noche, y fiel a su palabra, Andreas la despidió a la puerta de su habitación, aunque con un beso tan apasionado, que después a Sophy le costó mucho conciliar el sueño.

Así los días felices se sucedieron. Charlaron y rieron juntos. Se acariciaron y saborearon a placer, pero siempre dentro de los límites que había impuesto Sophy, que sentía que estaba conociendo a Andreas mejor de lo que había conocido a nadie en su vida. El problema era que cuanto más lo conocía menos parecía entenderlo.

Cuando él le sugirió, la tercera noche, que ampliaran su viaje turístico unos días más, Sophy no puso objeción alguna. Llamó a su hermana para comunicárselo, le preguntó por su crucero, y para cuando se hubo reunido con Andreas en el coche, ya la había borrado de su mente.

Visitaron los espectaculares monasterios bizantinos de Meteora, los olivares de Amphissa y muchas cosas interesantes más, pero la noche del cuarto día Sophy se echó a llorar desconsolada en cuanto se quedó sola en su habitación. A las dos de la mañana, incapaz de dormir, salió al balcón. La única explicación que encontraba a su desasosiego era el hecho de que al día siguiente terminaban aquellos días idílicos y regresaban a la realidad de la vida. Pronto, se encontraría de nuevo en Londres trabajando con el mismo ritmo frenético de siempre. Le encantaba su trabajo pero, por alguna razón, en aquel momento veía su vida anterior como algo muy lejano.

A pesar de que sabía que había sido ella quien había impuesto unas condiciones antes del viaje, se preguntaba por qué Andreas no había intentado hacerle el amor. Al fin y al cabo, era el tipo de hombre que tomaba lo que quería sin importarle en absoluto los demás. Por supuesto, lo habría rechazado, pero no entendía su… control. Solo

podría significar que hubiera conseguido dominar lo que sentía por ella, y sin embargo sus besos eran tan apasionados…

Andreas se alojaba en la habitación contigua. Se preguntó qué pasaría si llamaba a su puerta, y le suplicaba que le hiciera el amor. Había tenido ese tipo de impulsos todos los días que llevaban viajando juntos, pero había conseguido dominarlos. Andreas había explotado en su vida con la fuerza de un misil nuclear. Nadie la había afectado de aquel modo. No se reconocía a sí misma.

Aunque la noche era muy cálida, sintió un escalofrío, y volvió a meterse en la habitación. Estaba a punto de cerrar las puertas del balcón, cuando oyó que se abrían las de la habitación contigua. Tan solo separaba ambos balcones un delgado muro de ladrillo blanco, así que oyó suspirar a Andreas mientras se sentaba en una de las sillas. El tintineo de los hielos le hizo adivinar que tenía un vaso en la mano. Al pensar que tampoco él podía dormir, y que tal vez fuera porque pensaba en ella, sintió un hormigueo por todo el cuerpo y el corazón empezó a latirle a toda prisa. Ya que los dos estaban despiertos podía decirle que se tomaran una copa juntos antes de acostarse.

—Pero, ¿y si una cosa nos lleva a la otra? —murmuró Sophy para sí —. Bueno, no es un crimen. Lo deseo, lo necesito esta noche. Me muero por sus caricias.

De repente, se sobresaltó. Sophy acababa de darse cuenta de que no se trataba solo de un deseo físico. Se había enamorado de Andreas Karydis. Bueno, no estaba segura, porque lo que sentía no se parecía en nada a lo experimentado en su tranquilo matrimonio con Matthew, pero se había sentido atraída por él desde la primera vez que lo había visto, y llevaba también desde entonces luchando contra ese sentimiento.

—¡Oh, no! —susurró, y enseguida se tapó la boca temiendo que pudiera haberla oído Andreas.

No podía haber sido tan estúpida como para haberse enamorado de Andreas Karydis. Era el tipo de hombre que siempre había detestado: arrogante y muy atractivo. Además, a pesar de lo bien que se lo habían pasado juntos en los últimos días, no le cabía la menor duda de que podía ser egoísta y despiadado cuando quería.

Se apartó con cuidado de las puertas del balcón, dejándolas entreabiertas para no hacer ruido al cerrarlas, y se puso a buscar unos calmantes en su bolsa. La falta de sueño y el llanto le habían provocado un dolor de cabeza que había empeorado en los últimos minutos. Decidida a no volver a pensar en nada, se tomó un par de calmantes y se metió en la cama. Haciendo esfuerzos para no volver a llorar, trató de animarse pensando que a la mañana siguiente seguramente se sentiría mejor.

—Estás pálida, ¿te encuentras bien? —le preguntó Andreas a la mañana siguiente al verla llegar a la mesa donde la estaba esperando para desayunar.

—No, no, estoy bien —respondió Sophy muy tensa, a pesar del tono de preocupación que mostraba la voz de Andreas—. La cama es muy incómoda.

—Ya te dije que era mejor que buscáramos un hotel más moderno, pero tú insististe en que preferías este porque te parecía pintoresco —le dijo con cariñosa indulgencia

—No estoy quejándome. Me limito a responder a tu pregunta —le respondió Sophy cortante.

Al notarlo, Andreas se puso muy rígido y entornó los ojos, pero al observar la palidez del rostro de Sophy, se limitó a decir muy bajo.

—Te he esperado antes de pedir. Me gustaría tomar croissants y después un desayuno inglés completo. ¿Qué quieres tú?

Sophy se dirigió a la camarera que acababa de acercarse a su mesa.

—Croissants y café para mí solamente, por favor.

Se daba cuenta de lo maleducada y brusca que estaba siendo, pero el estúpido juego sexual que había entre ellos tenía que terminar. Sobre todo donde más importaba, que era en su cabeza.

Jill estaba en lo cierto. Estaba obsesionada con Andreas y él probablemente ni siquiera se había dado cuenta. Cuanto más estaba con él, más profundos eran sus sentimientos, y no sabía cómo iba a terminar aquello. Seguramente en una breve aventura que lamentaría después toda la vida. La había perseguido porque la deseaba físicamente, y ella había caído en sus brazos como todas las demás mujeres. Lo que lo había atraído de ella era que le había parecido inalcanzable. Nada más. Lo mismo le había ocurrido a su madre con su padre y él había acabado abandonándola.

—Muy bien, ¿qué ha sucedido? —le preguntó Andreas en voz baja.

—No sé a qué te refieres.

—No trates de negarlo —le dijo Andreas con firmeza aunque sin levantar en ningún momento la voz—. Eres una mujer diferente a la de los últimos días. La Sophy que tengo delante es la misma que me miró con tanto desagrado en el aeropuerto. Creía que ya habíamos dejado eso atrás.

—No seas tonto. ¿Cómo te pude haber mirado del modo en que dices si ni siquiera te conocía? ¿Y qué puede haber sucedido desde anoche?

—Eso no lo sé, pero estoy intentando averiguarlo —respondió Andreas con suavidad.

—No hay nada que averiguar —respondió Sophy, pensando que se encontraban en una situación horrible y toda la culpa la tenía ella—.

Tendrás que creer en mi palabra.

—¿Pretendes hacerme creer que eres la misma chica alegre de los últimos días? —le preguntó con sarcasmo.

Sophy lo miró con tristeza.

—Las vacaciones han terminado —se limitó a decir—. Es hora de… de regresar a la normalidad.

—¿A la normalidad? —preguntó Andreas. Se inclinó hacia ella y la sujetó por la muñeca—. ¿Y cuál es tu definición de normalidad, Sophy? En esta relación nada es normal.

—Por favor, Andreas —suplicó Sophy—. Me estás haciendo daño.

—No sé qué puede haberte ocurrido en el pasado para que te hayas vuelto tan desconfiada. Me pediste tiempo y te lo he dado, pero te comportas como si anoche hubiera tratado de forzarte en vez de haberme pasado la noche dándome duchas frías y paseando de un lado a otro de la habitación hasta el amanecer. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Nada. No quiero nada de ti. Te recuerdo que este viaje fue idea tuya.

Al oír aquello, Andreas la soltó y se quedó mirándola fijamente.

—Tienes razón —respondió con suavidad, tras un incómodo silencio.

En aquel momento, la camarera llegó con el café y los croissants, y de manera premeditada o casual uno de sus abundantes pechos rozó el hombro de Andreas al dejar el desayuno sobre la mesa. —Le gustas —dijo Sophy cuando la camarera se hubo marchado. Parte de ella no podía creerse que hubiera expresado sus pensamientos en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó Andreas, paralizado—. ¿A quién le gusto?

—A la camarera —respondió Sophy.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Quería que te fijaras en ella.

—Bueno, pues no lo ha conseguido —afirmó. Después sirvió café para los dos, pero de repente se levantó bruscamente—. Maldita sea, no voy a seguir sentado aquí cuando lo que quiero es hablar contigo, y sé que en este lugar no puedo hacerlo.

Dicho lo cual, tiró del brazo de Sophy y la sacó del restaurante. No dijo ni una palabra mientras la llevaba hasta una pequeña plaza y la hacía sentarse en un banco.

—No me gusta tener la sensación de haberme perdido algo, así que explícate —le dijo entonces.

Al ver lo enfadado que estaba, Sophy deseó poder regresar al día anterior, en que todo era de color de rosa.

—Quiero irme al hotel —le dijo muy tensa—. Ahora mismo.

—Primero vamos a hablar con claridad ¿Qué te pasa, Sophy? Me deseas tanto como yo a ti, me doy cuenta cada vez que te toco, y sin

embargo sigues rechazándome. Has estado casada, así que no se trata de inexperiencia. ¿Acaso me tienes miedo?

Sophy se dio cuenta de que tenía que hacerle ver que no podía haber nada entre ellos, pero que para ello tendría que contarle la verdad, o al menos parte de ella.

—Sí.

—No lo comprendo —le dijo Andreas sorprendido—. ¿Qué he hecho yo para que me temas?

—No es lo que has hecho, sino cómo… cómo eres.

Sophy pensó que Andreas iba a montar en cólera, pero en cambio se limitó a preguntarle con suavidad.

—¿Y cómo crees exactamente que soy?

—El tipo de hombre al que… le gustan las mujeres, y al que las mujeres persiguen siempre. Hay algo en ti… bueno no es exactamente culpa tuya —terminó débilmente—, pero no quiero ser una de tantas. Algunas mujeres pueden sobrellevarlo, pero yo no.

—Vamos a hablar claro —le dijo muy enfadado—. Lo que quieres decir es que soy un mujeriego, un donjuán que piensa con la bragueta.

Al oírle hablar con tanta claridad, Sophy lo miró asustada.

—No, no estoy diciendo eso. Solo que sería algo muy normal para ti…

—Que me fuera con otras. Porque supongo que será eso lo que quieres decir. O sea que eso es lo que has estado pensando de mí, incluso durante los últimos días, que soy uno de esos hombres que tiene una mujer diferente para cada día de la semana. Será mejor que regresemos al hotel —le dijo, levantándose de repente—. Como tú bien has dicho, las vacaciones han terminado.

—Por favor, Andreas, no te lo tomes así.

—¡Y cómo quieres que me lo tome! Me has puesto la etiqueta de mujeriego desde el primer momento, y no me gustan las etiquetas. Si un hombre me hubiera dicho la mitad de lo que tú me has dicho, le habría partido la cara.

Sophy se levantó también del banco, consternada. Sabía que tenía razón, y no podía alegar nada en su defensa.

—Por favor, Andreas, no te pongas así. Pensaba que podíamos ser amigos.

—¿Amigos? —le dijo con sarcasmo—. Sabes muy bien que no existe ninguna posibilidad de que seamos amigos, Sophy. Tiene que ser todo o nada.

Se dio la vuelta y echó a andar hacia el hotel, dejándole claro que ya no tenían nada más que hablar. Sophy se limitó a seguirlo en silencio.

No le hubiera deseado el viaje de regreso ni a su peor enemigo. Andreas condujo a toda velocidad, y sin dirigirle la palabra en ningún

momento. Las veces que trató de disculparse, la cortó en seco.

Cuando llegaron a la casa de los padres de Andreas, Sophy tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar al pensar lo feliz que había sido cuando se había marchado unos días antes, y lo desgraciada que se sentía en aquel momento. Sobre todo porque sabía que toda la culpa era solo suya.

Al entrar en la casa, Ainka les dijo que los demás habían salido, y desapareció escaleras arriba.

—Será mejor que no vuelva a molestarte en lo que te resta de estancia aquí. Tengo mucho trabajo, así que no le extrañará a nadie que no vuelva a venir por aquí.

—Gracias por… hacer de guía conmigo —dijo Sophy en voz baja.

Andreas la miró con dureza, pero al ver que estaba a punto de echarse a llorar, se quedó paralizado.

—¡Diablos! —dijo de repente, y tiró de Sophy hasta llevarla al salón. Después cerró la puerta tras de ellos—. Esto es de locos, ¿sabes? Primero me insultas, y después me miras de ese modo. ¿Qué demonios te ocurre?

—Nada —respondió Sophy.

Se había pasado todo el camino de vuelta rezando para que le diera otra oportunidad de explicar lo inexplicable y, ahora que la tenía, volvía a sentir miedo. Lo que ocurría era que, por mucho que luchara contra sus sentimientos, amaba a Andreas más de lo que había amado a nadie en su vida.

—¿Cómo que nada? Te derrites con mis caricias. No me creo que te hayas sentido así antes. Escucha —le dijo tomándola en sus brazos—, hace muchos años me iba a casar con una chica llamada Larissa, pero me enteré de que me engañaba. Tras romper con ella pensé que nunca iba a volver a querer a nadie como la había querido a ella, hasta que te conocí a ti, y me di cuenta de que había encontrado el amor de verdad.

—¡No! —exclamó Sophy—. Tú no me amas.

—Sí. He salido con otras chicas después, pero siempre hemos tenido claro que aquello no iba a ninguna parte.

—Pensaste que amabas a Larissa, pero ahora dices que no fue así —dijo Sophy muy pálida—. Dentro de un tiempo, cuando aparezca alguien más joven y hermosa que yo, me dirás a mí lo mismo. Además, apenas nos conocemos —terminó con desesperación.

—He sabido que estábamos hechos el uno para el otro desde el principio. Me di cuenta aquella noche en la piscina. Y a ti te pasó lo mismo.

—¡No! —exclamó Sophy. Trató de soltarse, pero Andreas no la dejó—. No te deseo. Te desprecio —le hizo afirmar el miedo con crueldad.

—¿Que me desprecias? Nunca podrías responder así a mis caricias si

me despreciaras.

Y como para probar su afirmación la estrechó contra sí y la besó salvajemente. Cada beso fue más apasionado que el anterior hasta que Sophy dejó de luchar contra él, y le respondió con la misma pasión. Andreas entonces empezó a acariciarla por debajo de la blusa, y Sophy comenzó a gemir. Una oleada de calor le recorrió el cuerpo hasta hacerla sentir que se derretía, y que no era capaz de discernir quién llevaba la iniciativa y quien seguía al otro. De lo único de lo que estaba segura era de que quería más.

—¿Lo ves, Sophy? ¿Ves cómo me respondes? Esto es real, Sophy —le dijo al verla abrir los ojos y mirarlo como mareada—. Te deseo porque te amo. ¿Lo entiendes?

Sophy hubiera deseado creerle con todas sus fuerzas, pero no se atrevía. No podía dejar de recordar lo caro que había pagado su madre haber amado a un hombre con toda el alma. No podía permitir que la consumiera ninguna pasión. Prefería ser capaz de controlar sus sentimientos y tener una relación tranquila como la vivida con Matthew.

De repente, vio claro lo que tenía que hacer. Se apartó de él y trató de recuperar la calma.

—Lo entiendo —le dijo—. Yo también te amo, pero precisamente por eso no puedo estar contigo, Andreas.

Al oírla, Andreas trató de acercarse a ella, pero Sophy levantó las manos indicándole que no lo hiciera.

—Por favor, escúchame. Tra… trataré de explicártelo, y entonces te darás cuenta de que no tenemos ningún futuro.

Le habló de la infancia tan difícil que había tenido, de cuánto habían sufrido por el abandono de su padre, y de la aversión que el comportamiento paterno le había creado respecto al tipo de hombre que representaba.

—Mi hermana dice que no he superado lo de mi padre, y tal vez tenga razón. La verdad es que soy como soy, y no puedo cambiar de repente. Estoy segura de que si estamos juntos lo estropearé todo, que no seremos felices por mi culpa, incluso si…

—¿Qué ibas a decir?

—Incluso si no fueras como mi padre. ¿No lo ves, Andreas? ¿No te das cuenta de que no puedo confiar en ti? Me consumirían los celos, y no puedo vivir así.

—Así que has decidido refugiarte en tu isla para que nada te haga daño, ¿verdad? Para vivir una vida sin riesgos que acabará por marchitarte, por apagar tu verdadero yo. El miedo te convertirá en una mujer solitaria, y aun así no podrás huir de mí porque, aunque me apartes de tu cuerpo, no conseguirás nunca sacarme de tu mente. Las cosas ya no podrán volver a ser como antes de venir aquí.

—Puedo intentarlo. Al fin y al cabo seré yo la que sufra.

—¿Todavía no te das cuenta de que cuando tú sufres, sufro yo también? Te has convertido en parte de mí, y eso no va a cambiar aunque huyas.

—Un día encontrarás a otra persona —nada más decirlo, Sophy se dio cuenta de lo insultante de su afirmación.

—Gracias —le respondió Andreas cortante.

A Sophy no se le ocurrió nada más que decir. Se miraron largamente hasta que Andreas rompió el silencio.

—Veo que ya has tomado una decisión, así que solo me queda decirte adiós.

Sophy se sintió morir de dolor, pero sabía que no podía decirle que lo amaba y confiaba en él.

—Adiós.

Andreas le dirigió una mirada penetrante, y se marchó dejando a Sophy sumida en la más absoluta desolación.

Capítulo 9

Al día siguiente, durante la cena, Sophy se enteró de que Andreas había partido a Norteamérica en viaje de negocios. Lejos de sentirse aliviada, la invadió la desesperación. Solo le había contado a Jill lo ocurrido, así que trató por todos los medios de mostrarse tranquila y alegre ante los demás el resto de la semana.

Por fin, llegó el día de la partida que, curiosamente, amaneció lluvioso. Era la primera vez que veía la lluvia desde su llegada a Grecia, y Sophy pensó que aquel cielo gris era el reflejo de como se sentía ella por dentro.

Dimitra los despidió en la casa con lágrimas de los ojos, haciéndoles prometer que los volverían a visitar en Navidad. Esa vez fue Evangelos quien los llevó al aeropuerto en el elegante Mercedes para delicia de Michael que, sentado a su lado, no paró de charlar con su abuelo en todo el camino.

Evangelos aparcó el coche y colocó las maletas en un carro, pero cuando el grupo entraba en el edificio de la terminal, de repente el anciano se detuvo.

—¿Qué demonios…? —le oyeron murmurar antes de volverse hacia ellas—. Mirad allí, ¿no es ese Andreas?

Sophy se dio cuenta de que, en efecto, era él. Sintió ganas de salir corriendo, pero no estaba segura de si para huir de él o hacia él. Sin embargo, se limitó a permanecer donde estaba, mirándolo acercarse a ellos. Parecía tranquilo y seguro de sí mismo.

—Pero si tú estabas en Norteamérica —dijo Evangelos—. ¿Cuándo regresaste? ¿Estás seguro de que ya han terminado las negociaciones?

—Aterricé hace media hora y regreso dentro de dos. Y no, las negociaciones no han terminado todavía, pero tenía aquí unas negociaciones más importantes que resolver. Sophy y yo nos vamos a dar un paseo, así que esperadnos tomando café.

—El avión despega dentro de dos horas y Sophy tiene que facturar —empezó a decir Evangelos, pero calló al darse cuenta de que estaba hablando para el aire, porque Andreas ya se alejaba, llevando a Sophy sujeta por un brazo.

—¿Qué… qué estás haciendo? —susurró Sophy con voz temblorosa cuando consiguió recuperar el habla.

—Cancelar reuniones, atravesar medio mundo en avión para ir tras una mujer que me ha vuelto loco desde que la conocí —respondió Andreas secamente sin mirarla—. Tenía que verte antes de que te

fueras para aclarar ciertas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Sophy con lágrimas en los ojos.

Habían salido del edificio, y se encontraban en una pequeña zona de aparcamiento reservada. Andreas se detuvo, y la abrazó besándola con pasión y ternura a la vez. Sophy pensó que volver a estar en sus brazos era como sentirse en el paraíso y en el infierno a la vez. En el paraíso porque era el sitio donde más deseaba estar, y en el infierno porque sabía que aquello no podía durar.

—¿Qué cosas? —preguntó Sophy.

—Para empezar, que tengo la intención de seguir haciendo esto. Inglaterra no está tan lejos, y el avión me permitirá poder estar contigo casi todos los fines de semana.

Sophy se quedó mirándolo boquiabierta, porque no se esperaba lo que acababa de oír.

—No puedes hacerlo —dijo cuando recuperó el habla.

—Claro que puedo —afirmó Andreas con energía—. Y lo voy a hacer.

Sophy trató de separarse, pero él no la dejó.

—Andreas, esto es una locura. Ya te dije todo lo que tenía que decir…

—Ya lo sé —murmuró Andreas, trazando el dibujo de sus labios con el dedo—, y te escuché, pero no pienso permitir que arruinemos nuestras vidas por culpa de una figura del pasado con la que no tengo nada que ver. Me doy cuenta de que puede llevar tiempo convencerte —dijo con una sonrisa—, pero tengo todo el tiempo del mundo.

—No quiero volver a hablar de esto…

—Soy yo el que estoy hablando ahora —le recordó con tranquilidad —. He pensado mucho estos días. Mi padre supo que mi madre era la mujer de su vida nada más verla, y yo me parezco mucho a él. No pienso darme por vencido, Sophy. Hazte a la idea.

—El caso de tus padres fue diferente —objetó Sophy—. No tiene nada que ver con el nuestro.

—Escucha Sophy. Sé que me amas, pero tienes que conocerme mejor. Tómate el tiempo que quieras, pero te advierto que no voy a darme por vencido. Ya verás como acabarás por confiar en mí. Quiero que seas mi esposa y la madre de mis hijos.

Al oírlo, Sophy sintió una oleada de amor por Andreas tan intensa, que tuvo que respirar profundamente para poder articular palabra.

—¿Y qué ocurrirá si no consigo olvidar el pasado y confiar en ti?

—No tienes que olvidar el pasado —le dijo Andreas acariciándole el rostro—. Solo tienes que conquistarlo, y lo podemos hacer juntos.

—Te cansarás de esperar —dijo Sophy.

—Nunca —le aseguró Andreas con una sonrisa que le derritió el corazón.

—Me tengo que ir —dijo Sophy asustada por la seguridad en sí mismo que parecía mostrar.

—No pasa nada —dijo Andreas que se había dado cuenta de inmediato de lo que le ocurría—. Iré a verte el fin de semana. Iré a verte todos los fines de semana, ¿de acuerdo?

—Andreas, esto es una locura —dijo Sophy con voz temblorosa.

—El amor es una locura, cariño —le respondió Andreas.

—Solo estamos prolongando la agonía —objetó Sophy—. Yo no soy como tú crees. Cuando todo empiece a ir mal, no voy a meter la cabeza en la arena.

—Nada va a ir mal. Solo tienes que ser valiente, y sé que no te falta coraje para enfrentarte a la vida.

Sophy lo miró, y por primera vez sintió menos aprensión.

—Ahora debes embarcar en ese vuelo, así que regresemos con los demás. Seguro que se comportan con mucho tacto.

—¿Y qué vamos a decirles? —preguntó Sophy con ansiedad.

—La verdad.

—Y cuál es la verdad?

—Que estamos saliendo juntos —le dijo muy quedo—, que te amo con toda mi alma y voy a casarme contigo, cueste lo que cueste.

—Diez meses más tarde, Sophy y Andreas se casaban en Grecia la mañana de un soleado día de primavera.

Andreas se había pasado casi más tiempo en Inglaterra que en Grecia hasta conseguir convencer a Sophy de que se casara con él. Ella había aceptado en navidades, aunque nada más regresar a Inglaterra ya había tenido la certeza de que no podía vivir sin él. Sin embargo, aquellos meses de reflexión habían sido necesarios para que, con la ayuda de su amado, olvidara los fantasmas del pasado.

—Cariño, estás preciosa —susurró Andreas al verla llegar al altar vestida con un hermoso vestido color marfil de seda salvaje y un velo de encaje tan delicado como las alas de una mariposa.

Sophy lo miró con adoración. Le sonrió feliz y segura de su amor y dijo el sí quiero con una voz tan clara y firme que a Jill se le llenaron los ojos de lágrimas al oírla.

El banquete, digno de una boda real, tuvo lugar en unas carpas instaladas en los jardines de la casa de Evangelos y Dimitra.

La fiesta duró hasta altas horas de la madrugada, pero Andreas se escapó con su mujer mucho antes.

Iban a pasar la primera noche de casados en casa de Andreas, antes de partir hacia el Caribe de luna de miel. Cuando Sophy cruzó el umbral de la casa en brazos de su marido, se dio cuenta de que Alethea había cubierto de pétalos de rosa el vestíbulo para darles la

bienvenida. El delicado perfume invadió sus sentidos y, llevada por un impulso, Sophy tiró de su marido hacia el jardín, en dirección a la playa.

Había luna llena y la temperatura era muy agradable. Las olas rompían suavemente en la orilla, acariciando la arena perlada.

—Ya creía que no nos íbamos a quedar nunca solos —dijo Andreas con voz sensual, y Sophy se estremeció.

En la casa se había quitado ya los zapatos, el velo y la diadema de cristal. La etérea luz de la luna llena iluminaba su pelo rubio y su vestido blanco con un hermoso tono plateado haciéndola parecer parte de la noche.

—Estás tan hermosa —le dijo Andreas, estrechándola en sus brazos —. Me da la sensación de que si te aprieto demasiado te vas a romper.

—No me romperé —le aseguró Sophy—. Quiero que me hagas el amor aquí mismo, al aire libre, con las estrellas por testigo en esta noche en la que la brisa es tan dulce como la miel.

—¿Desnudos? —le preguntó Andreas burlón—. Desde luego, se te está quitando la timidez ¿eh?

—Sí —le dijo mirándolo a los ojos muy seria—. Estoy empezando una nueva vida, una vida de verdad.

Andreas la desvistió muy despacio, hasta dejarla solo con la espectacular ropa interior en la que Sophy se había gastado una pequeña fortuna. Lo vio mirar con deseo el liguero y el provocativo escote, y no sintió timidez, sino un amor inmenso hacia él. Notó cómo le temblaban las manos ligeramente cuando, arrodillado frente a ella, empezó a desabrocharle primero un liguero y después el otro, deslizando las medias de seda por sus piernas casi con reverencia. Después, tomó uno de sus pies y lo llenó de ardientes besos. Cuando le quitó la última prenda, Sophy temblaba ya de deseo, y tras acariciarle los pezones con suavidad haciendo que cobraran vida, sintió que ya estaba húmeda y lista para él.

Al verlo desnudo delante de ella, Sophy contempló con admiración aquel espléndido cuerpo masculino tan excitado. A pesar de cuánto la deseaba, Andreas la acarició y saboreó largo rato antes de tumbarla sobre la ropa que se habían quitado. Sophy sufría de deseo. En su mente no había espacio para nada que no fuera su marido, y lo acogió en su cuerpo con unos gemidos quedos de los que no fue consciente en ningún momento, pero que provocaron una oleada de contracciones dentro del cuerpo de Andreas mientras trataba de controlar su pasión hasta hacer alcanzar a Sophy el máximo de su deseo.

Aquello era tan diferente de lo que había experimentado con Matthew, que Sophy se sintió como si fuera la primera vez que hacía el amor. Aun así, Andreas siguió disfrutando y haciéndola sentir placer. Pospuso el momento cumbre hasta que ya Sophy sintió que su

cuerpo no podía seguir conteniendo tanto placer, y estaba a punto de romperse en millones de pedazos. Al notarlo, Andreas ya no se contuvo más, y ambos entraron juntos en un mundo de intensas sensaciones donde no existía nada más que ellos dos.

Cuando Sophy regresó de ese universo paralelo, donde había estado durante unos instantes, notó los apresurados latidos del corazón de Andreas sobre su cuerpo. Se miraron con adoración y él la abrazó más fuerte. Le acarició el cabello con ternura, y le llenó la cara de besos mientras susurraba palabras de amor contra su piel. Sophy pensó que en aquel momento tenía todo lo que podía haber deseado en su vida, y más.

—Eres lo único que me importa en este mundo —murmuró Andreas después de un rato—. Lo sabes, ¿verdad? Eres todo lo que necesito y voy a necesitar siempre. Ninguna otra mujer podrá llegar a mi corazón. Te amaré hasta la eternidad.

—Lo sé —le dijo Sophy con dulzura mientras lo acariciaba—. Lo sé, amor mío.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

